

Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente

Reconocimiento de validez oficial de estudios de nivel superior según acuerdo secretarial 15018, publicado en el Diario Oficial de la Federación del 29 de noviembre de 1976.

Departamento de Filosofía y Humanidades
MAESTRÍA EN FILOSOFÍA Y CIENCIAS SOCIALES



Vejez y amistad.

Una aproximación a la fragilidad humana desde la antropología del límite

Tesis que para obtener grado de
Maestro en Filosofía y Ciencias Sociales

Presenta: **RICARDO MORALES PÉREZ**

Directora: **DRA. CRISTINA CÁRDENAS CASTILLO**

Tlaquepaque, Jalisco. Febrero de 2024.

Dedico esta reflexión a

mis abuelos:

Francisca Díaz, Margarita Ramírez

Leonel Morales, Heriberto Pérez;

así como a mis amigos en su vejez:

Leopoldo Núñez, Ken Krall.

Agradezco a quienes se interesaron en leer mis reflexiones y las nutrieron con sus valiosos comentarios:

Alejandro Guerrero, Rafael Moreno

Agradezco especialmente a quien me acompañó en todo el camino de esta reflexión con su paciencia, dedicación y sabiduría:

Dra. Cristina Cárdenas Castillo.

ÍNDICE

	Páginas
INTRODUCCIÓN	3
CAPÍTULO 1: <i>EL VIEJO Y EL MAR</i>, UNA REFLEXIÓN DESDE LA VEJEZ	9
CAPÍTULO 2: LA ANTROPOLOGÍA DEL LÍMITE Y LA VEJEZ	36
La fragilidad en la base	39
Acercándonos al límite	44
Despejando lo meramente negativo del límite	47
Límite y vejez	49
Ser-en-el-límite	53
La indigencia	55
Indigencia y vejez	58
CAPÍTULO 3: AMISTAD EN LA VEJEZ, COMUNICACIÓN QUE ACOMPAÑA LA INDIGENCIA	65
Amistad y vejez	68
<i>El viejo y el mar...y su amigo</i>	80
Un viejo en resistencia	81
El viejo y el amigo en mutua resistencia	85
REFLEXIONES FINALES	93
FUENTES DOCUMENTALES	105

INTRODUCCIÓN

Crecí en un ambiente familiar donde la presencia de mi abuela era signo de respeto y estima; ese ambiente me introdujo en una significativa relación con ella, desde un trato que agradezco por el cariño experimentado, y por las primeras inquietudes que se gestaron en mí intentando comprender lo que implica llegar a la vejez; tengo el recuerdo vivo de colocarme junto a ella y hacerle preguntas sobre ciertos acontecimientos de su vida, mismos que yo ya conocía, pero que volvía a preguntar no solo por el gusto de escuchar esas interesantes historias e imaginarlas, también por el deseo de observar el entusiasmo con que mi abuela contaba sus anécdotas; sus recuerdos de lo vivido transmitían una alegría que se mezclaba con la nostalgia propia de aquellas experiencias, las cuales contenían otro tiempo y otras fuerzas; también me tocó verla llorar repetidas veces, en una especie de frustración que le hacía reprocharse a sí misma su fragilidad, su disgusto ante aquello que siempre hizo y ahora ya no podía hacer.

Tiempo después pude estar entre algunas comunidades indígenas tseltales, tsotsiles y choles del Estado de Chiapas, México, donde me percaté del papel tan relevante que tenían los ancianos en la organización y decisiones de la vida familiar y comunitaria a la que pertenecían. Me llamó la atención la forma en la que estaban involucrados con el resto de su comunidad, reconociendo la estima que ellos gozaban, y que no era muy lejana a la que palpé en mi núcleo familiar, solo que ahora se extendía a un nivel comunitario, al resto de la sociedad de la que eran parte, lo cual me hacía pensar que la enemistad del anciano con su propia fragilidad —que yo presuponía—, en este contexto, tenía otro tenor, pues percibía que estas personas enfrentaban su situación actual con apertura para vivir esta etapa de la vida y para relacionarse con los otros. Esta experiencia pronto fue confrontada por lo que pude presenciar durante casi dos meses en el área de geriatría del Hospital Civil de Guadalajara. Ahí me percaté de distintas situaciones que padecían las personas ancianas, y que en su mayoría tenían que ver con enfermedad, abandono, pobreza y soledad. En ese lugar pude palpar la profunda necesidad que tenían los ancianos de ser escuchados o de tener alguien cerca para conversar, cosa que ya antes había notado en el trato con mi abuela, pero que ahora se acentuaba con más fuerza y bajo condiciones más adversas.

Más tarde, los primeros efectos de la pandemia por covid-19 evidenciaron la vulnerabilidad a la que estaban expuestas las “personas de edad”,¹ no sólo por el riesgo de un virus que en principio parecía afectar más fuertemente a los ancianos, también por la realidad de sistemas sanitarios que mostraban el deficiente acceso a la salud que tenía esta parte de la población (que en realidad no representaba una auténtica prioridad). Además, las primeras muertes registradas en varios países de Europa, principalmente en asilos, fue reflejo de la gran cantidad de ancianos que poblaban estos espacios, en una evidente distancia o separación con ambientes familiares o con el resto de la sociedad. Tomar conciencia de estos acontecimientos y de las experiencias personales ya relatadas, me acrecentó el deseo de comprender la vejez más allá de lo que había visto, así como de explorar formas de vinculación entre las personas ancianas y aquellos que, sin serlo, se reconocían afectados por su situación de vida, y tenían el deseo de comprender más la ancianidad. De este modo se fue acentuando el interés por abrir la presente investigación, reconociendo que alrededor de esta etapa de vida había una importante referencia a la fragilidad que incomodaba la existencia propia y ajena y que merecía mayor atención y profundidad.

La maduración de mi interés fue impulsada por algunos autores que también se habían ocupado de la vejez, como Cicerón y Simone de Beauvoir.

¿Por qué Cicerón y Simone de Beauvoir? Porque ellos, con una clara distancia de época que necesariamente conlleva una marcada diferencia contextual, quisieron ocuparse de la situación de los ancianos, esfuerzo que ha resonado a lo largo de la historia y que los vuelve un referente importante a la hora de aproximarse a la vejez. Las variaciones entre un autor y otro me interesaban, y como no quería que mi trabajo se limitara a trazar un panorámico histórico lineal de estas concepciones, opté por elegirlos buscando una visión amplia, de alguna manera transversal, de diferentes maneras de concebir la vejez. Casualmente sus trabajos en torno a esta realidad fueron realizados a la misma edad, ambos tenían 62 años y se empezaban a sentir más cercanos a esta etapa de vida, de ahí que sus esfuerzos reflexivos

¹ Utilizo la expresión “personas de edad” en la conciencia de que es un eufemismo corriente en nuestra sociedad que evita llamar a las cosas por su nombre, en este caso sería personas ancianas; “personas de edad” la utiliza Simone de Beauvoir en su obra *La Vejez* (junto a otras expresiones como “sexagenarios”), y aunque el término conlleva una carga social y cultural que puede explorarse más desde distintos aspectos, en este trabajo sólo lo empleamos como una forma distinta de referirnos a las personas en su vejez, sin ahondar en el uso o desarrollo de dicha expresión, anotando, además, que el énfasis de este trabajo no está en el establecimiento de un parámetro de orden cronológico, como el que podría insinuarse en dicha expresión.

no sólo trataban de interpelar a la sociedad de su tiempo respecto al trato dado a los ancianos, además, intentaban ser una forma de seguir comprendiéndose en los albores de su propia vejez.

En principio, la inmersión más espontánea a sus planteamientos permitió reconocer la valiosa diferencia de enfoques, Cicerón era una puerta a la cultura helénica y romana, Simone de Beauvoir transmitía una sólida búsqueda documental de carácter etnográfico que abarca diversas culturas y periodos históricos; sus esfuerzos nutrieron la convicción de que la mirada en torno a la vejez, en cada época y contexto, sigue abierta a una comprensión que no se agota. Posteriormente, profundicé en los aportes de la obra de Simone de Beauvoir, debido a su énfasis más realista y existencial sobre la experiencia de personas en su ancianidad (a través de varios testimonios recopilados), a la perspectiva femenina tan necesaria incorporar en toda reflexión, así como a las valiosas referencias que hace sobre la amistad en la vejez, destacando en este mismo aspecto otra coincidencia en ambos filósofos: una importante vinculación entre vejez y amistad. Las contribuciones de ambos pensadores animan y contribuyen sobremanera en el desarrollo del presente trabajo y en esta investigación se privilegian sus reflexiones, aun sabiendo que otros filósofos también han abordado el tema.

Así pues, Cicerón y Simone de Beauvoir ayudaron con sus reflexiones a ubicar los diversos enfoques desde los que puede abordarse este tema, así como a esclarecer prejuicios tremendamente marcados sobre la ancianidad, revelando la necesidad de hacerlos conscientes para acercarse a una mejor comprensión de esta etapa. Después fueron apareciendo otros pensadores que permitieron, por un lado, transmitir desde la literatura, un ejemplo de vejez permeado por la fragilidad y por la huella que puede dejar el amigo en la persona anciana y, por otro, una propuesta filosófica que escruta la constitución humana desde la fragilidad y, al hacerlo, permite reenfocar a la luz del límite otras posibilidades de comprenderse a sí mismo y al otro (más compasivamente), y de vincularse desde esa raíz frágil que nos afecta y emparenta a todos. De esta forma el escritor Ernest Hemingway y el filósofo Ricardo Peter también contribuyeron sobremanera en el desarrollo de este trabajo, inspirando preguntas claves que acompañaron la presente reflexión: ¿hay algo más en aquella fragilidad que acompaña la vejez o en el reconocimiento de los límites que parecen imponerse con más fuerza en las “personas de edad” ?, ¿qué sería aquello capaz de no dejar escapar el

calor que vitaliza la existencia de los ancianos? Luego de aproximarme a una respuesta que evoca la riqueza y penuria de una constitución humana frágil pero posibilitada para la experiencia de cercanía con el otro, para la amistad, indagué la importancia de este vínculo desde la siguiente sintonía: si la amistad es una experiencia fundamental para el ser humano en cualquier etapa de su vida ¿por qué parece (se torna) más difícil, y a su vez necesaria, en la etapa de vejez?

Antes de continuar, se hace necesaria una aclaración. Esta investigación tiene un enfoque prioritariamente antropológico, desde el cual se desea comprender al ser humano en la vejez, y aunque reconocemos que esta etapa de vida también está inserta en una innegable y necesaria realidad sociológica que afecta al anciano, se ha optado por presentar solo un panorama que refleje algunas de las realidades que vive la “persona de edad” en este ámbito, y que tienen que ver con la pobreza, abandono, salud, empleo, violencia, entre otras tantas circunstancias que en el presente trabajo sólo se esbozan, sin la pretensión de ser un análisis sociológico exhaustivo en la exposición de datos o estadísticas, pues esta información (tan sujeta a cambios y realidades sociales distintas) ya está presente en otras instancias que cualquier persona puede, si lo desea, consultar de acuerdo a su interés. La elección de ofrecer sólo algunas referencias que sustenten el marco sociológico (como las fuentes que se incluyen al hablar de la situación de los ancianos en la pandemia por covid-19), no estriba en la indiferencia o negación de esas situaciones, sino en la convicción de apostar por un esfuerzo reflexivo que se detenga más en otras necesidades que también se consideran básicas, y que afectan sobremanera a la persona en su vejez, y nos referimos a la vital necesidad que tiene el ser humano frágil y limitado de vincularse, de acompañarse mutuamente compartiendo la vida con sus alegrías y tristezas, vinculación que puede llegar a ser una relación de amistad y que se cree, en la vejez, merece gran atención por su complejidad, necesidad e importancia en la vida del anciano.

A continuación, se presenta una breve aproximación que describe el contenido de cada capítulo de esta reflexión.

En el primer capítulo se concentra el panorama de lo que puede ser la experiencia de una persona en su vejez, teniendo como inspiración la historia que transmite Ernest Hemingway en su obra *El viejo y el mar*, y que muestra una trayectoria personal capaz de reflejar la

fragilidad humana desde la ancianidad, en su negación o asunción, y que pone en camino de comprensión sobre esta etapa de vida, para el propio anciano y para aquellos que, no siéndolo, se sienten emparentados, compasivamente, en una humanidad frágil. Sin ser este capítulo un análisis exhaustivo sobre las diversas problemáticas que pueden vivirse en la vejez a nivel biológico, psicológico, social y económico, sí pretende reflejar cómo estas dimensiones del ser humano no dejan indiferente a la persona en su vejez, al contrario, el desconcierto y la afectación que provocan en ellos, les sacude en lo hondo de su realidad existencial, pues deja ver no sólo la vulnerabilidad del ser humano en sus inagotables necesidades, también evidencia la riqueza y penuria de una fragilidad que guarda la palpitante necesidad del otro, como un anhelo constante y profundo que abre una puerta para vincularse compartiendo la frágil condición humana; todo ello lo trasluce el anciano pescador a lo largo y ancho de su historia, de ahí que la reflexión del primer capítulo se nutra del aporte de una trayectoria que esboza elementos comunes a la vejez, que acercan a mirar nuestra humanidad, y desde ella, a nuestros ancianos, con otros ojos.

En el segundo capítulo se presenta una propuesta filosófica denominada *antropología del límite*, la cual profundiza la constitución ontológica y existencial del ser humano desde la innegable realidad del límite (expresión de la fragilidad).² Esta antropología nos permite entrar en diálogo con la vejez, gracias al esfuerzo constante que hace en reenfocar lo frágil del ser humano desde una perspectiva que no únicamente se coloca en la negación o la carencia, sino que indaga la consistencia y afirmación que también compete al ser humano y que lo invita a reconocerse, en la ancianidad y en cualquier etapa de la vida, sostenido por esa fragilidad que le constituye, le recuerda su vulnerabilidad de cara al otro y las posibilidades que esa misma fragilidad abre para acompañar y ser acompañado en la vida. El límite en el ser humano (palpado ampliamente bajo el rostro de necesidad) puede hacerse consciente, pero esta conciencia de la necesidad lleva consigo la inagotable incomodidad del saberse necesitado, en un desconcierto que permea la existencia completa, y que la *antropología del límite* llama indigencia; al profundizarla, en las manifestaciones o formas en que afecta al ser humano, y al ponerla en relación con la vejez, la reflexión de este segundo capítulo se encamina hacia las posibilidades que el ser indigente tiene para enriquecer su

² La caracterización detallada de esta propuesta se desarrolla a lo largo del capítulo.

existencia, entre las cuales, la de la amistad, sin ser todavía desarrollada en este capítulo, ya se vislumbra en su necesidad y dificultad, como consecuencia de un ser constitutivamente limitado e indigente, llamado a mirar su vejez desde la fragilidad que se comparte cuando no se niega ni se ignora.³

En el tercer capítulo, con los aportes que ha brindado la *antropología del límite*, se da seguimiento a la intensa necesidad que tiene el anciano, y todo ser humano, de compartir su indigencia con el otro (que no es otra cosa que acompañarse desde la fragilidad). Este seguimiento se muestra desde el impulso que la indigencia provoca al hombre y que lo lanza a la comunicación, la cual es capaz de alcanzar en el encuentro constante y profundo la experiencia de ser amigo, vínculo que en una etapa de vida como la vejez desvela, además de su vital necesidad, las dificultades que la persona anciana experimenta en sus relaciones de amistad (fruto de su propia constitución limitada y de la realidad societal que se le impone), y que pretenden indagarse en este capítulo a la luz de los testimonios que Simone de Beauvoir recopila en su obra *La vejez*, los cuales nos aproximan a una comprensión de lo que en la ancianidad puede significar este vínculo. Al final del tercer capítulo se retoma la historia de *El viejo y el mar* para enfatizar que la fragilidad que acompaña a la persona en su vejez queda abierta a compartirse desde un vínculo como el que tuvieron el anciano pescador y el muchacho, es decir, desde una relación de amistad que acerca al otro en mutua vulnerabilidad, poniéndose en camino de experimentar ambos el sostenimiento desde esa fragilidad que en sus entrañas guarda las alegrías y tristezas que no pueden ser evitadas por el ser humano, pero sí acompañadas.

Mirar la vejez desde un lente que intenta profundizar la fragilidad humana, y que suplica una mayor comprensión que desvele la necesaria compasión por el hombre, se vuelve un auténtico desafío para el propio anciano, y para todos aquellos que, también sabiéndose frágiles y por ello humanos, apuestan por alcanzar al otro, en una cercanía que busca compartir nuestros límites y posibilidades, y que en algunos casos puede llamarse amistad, remanso posible para la existencia del anciano y para todo aquel que se reconoce vulnerable.

³ Me refiero a la tendencia actual a parecer joven cueste lo que cueste, a maquillar los signos de envejecimiento.

CAPÍTULO 1

EL VIEJO Y EL MAR, UNA REFLEXIÓN DESDE LA VEJEZ

Una de las novelas más importantes de la literatura contemporánea puede ubicarse en la obra del escritor norteamericano Ernest Hemingway, concretamente en el libro titulado *El viejo y el mar*.⁴ Esta novela breve es un referente importante dentro de las creaciones literarias de Hemingway, pues en ella deja ver la madurez de su pluma, así como la necesidad de expresar, con sencillez y belleza, las situaciones de la vida cotidiana que ha presenciado, en las que se ha involucrado y que no dejan de ocupar su ingenio creativo; es esta misma cotidianeidad la que intenta compartir en su obra, desde la impronta de una habilidad que combina inquietudes personales y sociales, distintos escenarios geográficos recorridos, y rostros contemplados, con elementos narrativos propios de un escritor que palpa sobremanera la sobriedad atrayente, pues sabe lo que quiere contar y cómo hacerlo, llevando al lector por un recorrido literario que no sólo fascina, también impulsa a reflexionar sobre distintos ámbitos de la humanidad compartida.

El viejo y el mar, por su claridad y concisión narrativa, así como por la fuerza y brevedad de cada diálogo, parece sugerir lecturas más allá de lo dicho, es decir, aquello que no se ha expresado desde la pluma, es capaz de encontrar lugar en la interpretación del lector con la misma intensidad de aquello que sí ha sido contado. Pero ¿por qué una obra que a simple vista pudiera pasar inadvertida ante la sencillez de su protagonista y la brevedad de la historia, logró ocupar un lugar importante dentro de la literatura, al punto de servir de plataforma para que su autor pudiera consagrarse como uno de los escritores más notables de América? Las respuestas podrían apuntar en distintas direcciones, sin embargo, en este trabajo se pretende privilegiar aquella razón existencial que aproxima a la experiencia de la persona anciana y a lo que su contexto vital evoca en cada lector, pues, aunque la vejez sea un tema poco célebre, no deja de resonar en nuestras vidas con una atracción tan ambivalente que se ignora o silencia, tanto como advierte o grita su presencia innegable entre nosotros. Y es precisamente

⁴ Ernest Hemingway, *El viejo y el mar*, Fontamara, México, 2005.

ese elemento atractivo el que puede llevar a muchas personas a resonar o sentirse interpeladas con una novela como esta.

Publicada en 1952, *El viejo y el mar* nos narra la historia de Santiago, un anciano y experimentado pescador quien luego de una larga vida consagrada a las pericias del mar, se ve envuelto en una mala racha que contabiliza 84 días sin pescar algo. El viejo —como suele ser llamado a lo largo de toda la historia— ha tenido por alumno y compañero de pesca a Manolo, joven que desde su niñez gustó de acompañar al viejo en las aventuras del mar, hasta que, ante la mala suerte de su mentor, sus padres decidieron prohibirle que continuara acompañando a Santiago; el joven se incorpora a otro bote pesquero que parece tener más éxito en el oficio, sin embargo, no deja de anhelar la presencia de su amigo. El muchacho visita diariamente a Santiago, y en cada uno de sus encuentros suele auxiliarlo con algo de alimento o enseres necesarios para la pesca. La historia tiene como escenario las cálidas aguas que forman la Corriente del Golfo, así como la emblemática capital cubana que es bañada por esas mismas aguas. Es en esta región del Atlántico donde el viejo pescador disputa un combate que lo pone no sólo delante de un gran pez (por el que podría romper su prolongada mala racha), también se encuentra de cara a su más honda realidad existencial, estar anciano y solo, en una inmensidad marina que además de sacudir su bote, también alcanza a cimbrar su profunda necesidad del otro, del amigo, lo cual no hace más que dar cuenta de la fragilidad que lo habita.

El protagonista de esta novela expresa algunas de las realidades más crudas de la humanidad, pobreza y soledad,⁵ dentro de un contexto circunstancial en el que ambas realidades también afectan a una persona que está experimentando la vejez. Por tanto, estamos ante el reflejo de situaciones que, también enunciadas a la luz de la literatura, desvelan el acontecer de aquellos ancianos que pueden vivir esta etapa de su vida envueltos en una marcada indiferencia social que los separa de los otros, o con profundas carencias en las necesidades más elementales como salud, alimentación o vivienda.

⁵ La soledad es una experiencia radical en la vida humana. En este trabajo nos basamos en la constatación de su presencia a todo lo largo de la existencia, sin emprender su reflexión filosófica, que puede constituir el foco central de otro trabajo de investigación, especialmente si se pone en relación con los malestares de las sociedades actuales.

El contexto que nos ofrece *El viejo y el mar* sobre la situación de las “personas de edad” no es lejano a la realidad de nuestras sociedades contemporáneas, pues a pesar de la distancia de época y cultura, la población anciana, en la actualidad, sigue padeciendo problemáticas similares que dibujan una clara urgencia de apostar por una atención más efectiva a sus necesidades elementales,⁶ pero sin dejar de lado una comprensión más genuina de la vejez, es decir, más afectiva, a través de la cual pueda acogerse la hondura existencial de los ancianos, pero siendo capaz de reconocer que, aunque dicha necesidad existencial puede tomar un rostro diferente en cada etapa de la vida, no deja de converger en una humanidad compartida que implica a todos en sus posibilidades y límites. Por tanto, la ancianidad no puede mirarse como ajena, se trata de un asunto humano llamado a interpelar a cada sociedad y época desde distintos frentes. Y una novela como la ofrecida por Hemingway puede aportar importantes elementos reflexivos que nutran la comprensión buscada.

Esta obra nos ofrece el entrecruce de la ancianidad y la amistad como realidades que parecen tener una fuerte implicación, y ante esto podríamos preguntar ¿por qué Hemingway quiso conducir la historia del viejo a través de un susurro de añoranza que trasluce el fuerte vínculo de amistad que hay entre Santiago y Manolo? Podemos aproximarnos a decir que la amistad encarna una de las necesidades más vitales para una etapa como la vejez, o que la experiencia intergeneracional de los amigos es una valiosa complementariedad, es decir, un remanso mutuo entre personas capaces del cuidado por el otro.

La comprensión de la vejez atraviesa no sólo la situación de los ancianos, sino la de todo ser humano que también se reconozca frágil y limitado; esta convicción es la que nos permite sentirnos emparentados entre nosotros, y por ello, también responsables de la situación de las “personas de edad” en esa etapa de vida. Comprender la vejez no sólo implica aproximarse teóricamente a la situación de los ancianos, sobre todo, exige una proximidad interpersonal que combata la tendencia de la sociedad contemporánea a negar o desaparecer todo rastro de vejez o fragilidad. La exigencia de esa comprensión nos abre también a una realidad afectiva capaz de acoger la necesidad del ser humano que clama encuentro y comunicación, y que puede expresarse en una forma de vinculación como la de ser amigo. La experiencia de

⁶ En general se reconocen como necesidades elementales el alimento, el abrigo, la vivienda, la salud, la compañía y el afecto.

amistad no sólo se enraíza en la estructura constitutiva del ser humano frágil, por la que es fiel a su misma humanidad, también se alimenta y fortalece del encuentro continuo y amoroso desde el que se acompañan los amigos. Por tanto, vincularse en amistad en cualquier etapa de vida, incluida la vejez (entre ancianos o en una forma intergeneracional), es una forma de resistir a la tendencia social que margina a los viejos, de ahí que también sea una apuesta no sólo por combatir la brecha entre unos y otros, sino un modo tremendamente humano de acompañarse por el camino de la fragilidad. Habrá otras formas de mirar, comprender y acompañar la vejez, pero este trabajo apuesta por la amistad como una vinculación vital que no deja indiferente a los ancianos (tal como dan cuenta Simone de Beauvoir en los testimonios que recopila y Hemingway en su obra), y menos a quienes desean caminar junto a ellos.

*Si no puedo pescar con usted me gustaría servirlo de alguna manera.*⁷

Los padres del joven le han prohibido que continúe navegando con el viejo, no quieren que la mala suerte de Santiago perjudique el desempeño de Manolo en las actividades del mar; la respuesta del muchacho ante el mandato de sus padres no solo manifiesta obediencia y sujeción familiar, también deja ver su deseo de continuar nutriendo el vínculo que ya tiene con su amigo, se trata de una actitud que ante la prohibición de continuar disfrutando de aquella actividad común como la pesca, se abre al servicio, a la posibilidad de seguir estando presente para el otro desde las distintas esferas del encuentro. Lo interesante es destacar cómo la relación de ambos parece que está sustentada en un rito común por el que se ha ido acrecentando la estima, es decir, se ha cultivado una actividad que nutre y enriquece a los dos e implica disfrute mutuo, y en la que se ve fortalecida su amistad. Sin embargo, existe una barrera importante para que el trato fluya desde una dinámica cotidiana (acostumbrada), el joven tendrá que ingeniárselas para estar cercano al viejo, y en esa cercanía servirlo en lo que considere necesario; esta primera “barrera” o “muro” que vemos impuesto en la relación que nos plantea la novela de Hemingway, toma rostro en una dinámica familiar, y a pesar de la fuerza que conlleva una exigencia en estos terrenos (como la edad o dependencia de los padres), podríamos detenernos en el hecho mismo de que haya una “distancia” entre una persona anciana y los otros (pudiendo ser todos aquellos que no se encuentren en una etapa

⁷ Ernest Hemingway, *El viejo y el mar*, p. 9.

de vejez). Dicha “distancia”, vista desde las características de nuestra sociedad contemporánea, atraviesa fácilmente la esfera familiar, pues al poner la mirada en la dinámica social actual se reconoce que el peso de esta especie de “muro” no radica principalmente en la prohibición hecha por los padres para que sus hijos se encuentren con las personas ancianas, ni que haya una exigencia de lejanía por la mala suerte que los mayores podrían acarrear a los más jóvenes en sus trabajos personales, como *El viejo y el mar* lo transmite. El asunto parece estar en la dinámica estructural de la sociedad misma, donde se generan tendencias que acentúan una marcada separación con las “personas de edad”, con mayor o menor grado de conciencia, y que desemboca en un encuentro nulo, donde la proximidad no alcanza a los ancianos.

Esta especie de “brecha” o “fisura” que impide la cercanía con las personas mayores podría estar construida por distintas realidades: la aceleración de una sociedad regida por las nuevas tecnologías y medios de comunicación, en la que poco están interesados o involucrados la mayoría de los ancianos; las dinámicas voraces de productividad donde se margina el trabajo que escapa a los niveles de la “mayor utilidad” o a los estándares de las “edades más productivas”; los asilos que se vuelven una especie de “cotos” que además de señalar la delimitación de un área supervisada o el tipo de residentes que habitan ese espacio,⁸ siempre peligran ante la posibilidad de convertir aquellos lugares en “islas” incapaces de comunicarse con el resto de la sociedad, y aquellas personas que dejamos de ver y tratar, es decir, aquello con lo que perdemos genuina comunicación, corre el riesgo de parecernos ajeno o extraño;⁹ el ausente ejercicio donde se escrute y desenmascare los prejuicios que se expresan en torno a la ancianidad y que contribuyen a desacreditarla o idealizarla; el auto-alejamiento por el que los ancianos optan como consecuencia del temor a lo nuevo, a la pérdida de las seguridades depositadas en sus hábitos; así como la seductora exaltación del poder como rasgo predominante de una sociedad que prefiere asentarse sobre los modelos heroicos y poderosos, llegando a olvidar que toda sociedad realmente humana no puede negar su dimensión de fragilidad ni la experiencia de lo limitado. Todas estas realidades en menor o

⁸A veces estos lugares también se vuelven casas donde se tiende a homogenizar a los ancianos, siendo que estos pueden compartir una misma edad, pero no necesariamente los mismos intereses o necesidades.

⁹El hecho de enunciar el riesgo de que estos lugares se conviertan en zonas separadas del resto de la sociedad no niega ni desestima el que también pueden ser espacios donde se ofrezca una genuina atención o que logren ser para algunos ancianos un espacio de mucha vitalidad. Sin embargo, el énfasis está en la distancia o poca comunicación que puede darse con esos espacios y, por tanto, con las personas que ahí viven.

mayor grado propician ese “muro” entre las personas ancianas, y quienes aún no experimentan esta etapa de vida.

Las palabras del joven, “Si no puedo pescar con usted me gustaría servirlo de alguna manera”, son una aceptación de los límites, pero al mismo tiempo, expresan una disposición a otras posibilidades de encuentro, no se niegan aquellos obstáculos que pueden establecer una cierta distancia con el otro, en este caso con el viejo pescador; pese a ellos se percibe la clara determinación de no renunciar al trato con la otra persona, al cariño y conocimiento que se espera seguir nutriendo. Por su parte, también Santiago parece aceptar las limitaciones que los padres del joven han establecido, estas condiciones de relación lo llevarán a nuevas travesías en soledad.

En otro tiempo había habido una desvaída foto de su esposa en la pared, pero la había quitado porque le hacía sentirse demasiado solo el verla [...].¹⁰

El viejo percibe la soledad que la realidad parece haberle impuesto, no sólo la palpa en su pequeña choza, por la añoranza de la persona con quien compartió una vida de pareja, ahora también puede experimentar la soledad en su labor pesquera, en aquel trabajo que durante algún tiempo había ejercido en compañía de Manolo. Y es que, así como Santiago, las personas ancianas van enfrentándose a una cadena de pérdidas que el propio tiempo y las circunstancias imponen. Llegar a la vejez supone para muchos ir dejando en el camino importantes personas, cónyuges, familiares, compañeros de trabajo, amigos, entre otras tantas presencias que pudieron significarles fuertes vínculos afectivos. Estas ausencias pueden fortalecer más el sentimiento de soledad, y aunque algunos todavía pueden contar con familiares cercanos como hijos o nietos que los acompañen en la vejez, la soledad puede acechar en cualquier momento, incluso estando rodeado de aquellos que, pudiendo estar cerca de una persona anciana, pueden actuar con indiferencia o rechazo hacia ella, factores que fácilmente refuerzan ese sentimiento de soledad.

En más ocasiones Santiago dará cuenta de ese sentirse solo, ya que su círculo de amistades o relaciones afectivas no parece ir más allá de la amistad que tiene con Manolo, y en este sentido, resulta importante destacar cómo en la vida de este anciano pescador, que también

¹⁰*Ibidem*, p. 11.

ha experimentado importantes pérdidas, no se destacan otros vínculos fuertes, como los que pudiera tener con aquellos contemporáneos con quien comparte su misma o parecida edad, y es que así como ya lo observó Simone de Beauvoir, parece que “La relación de los viejos entre sí es ambigua. Se complacen en estar juntos en la medida en que tienen recuerdos y una mentalidad semejante [...] Pero también son espejos unos para otros, y no les es agradable verse: los signos de senilidad que descubren les irritan”.¹¹

Esta característica de ambigüedad en las relaciones que nos ofrece la filósofa francesa da la pauta para reflexionar cómo la dinámica de afinidad que suele propiciar la unión de unos individuos y otros no suele ser un rasgo único de las “personas de edad”, a cualquiera puede complacerle estar junto a alguien con quien se comparten experiencias y gustos comunes. Sin embargo, resulta muy interesante la segunda perspectiva que tiene que ver con el hecho de ser espejo que refleja las propias limitaciones, pues si en realidad esta tendencia a incomodarse está en el disgusto que evocan los signos de senilidad compartida, de fondo subyace una enemistad con el propio límite, y esta enemistad, además de evidenciar cierta inconformidad o disgusto consigo mismo, coarta el horizonte de relaciones de la persona anciana, dando lugar a una vejez que fácilmente puede ser atrapada por la experiencia de la soledad como consecuencia de la huida al debilitamiento de la senilidad, en sí mismo y en el otro, que termina siendo anuncio de lo que ahora ya no se puede hacer o tener, y que en otro tiempo sí se hacía o tenía.

La experiencia de Santiago en la soledad que ahora vive en sus labores pesqueras denota otros matices: “No recordaba cuánto tiempo hacía que había empezado a hablar solo en voz alta cuando no tenía a nadie con quien hablar. En los viejos tiempos, cuando estaba solo, cantaba; a veces, de noche, cuando hacía su guardia al timón de las chalupas y los tortugeros, cantaba también”.¹² En los otros tiempos también se había sentido solo, pero cantaba, ahora ya no lo hace, y no porque no tenga voz para hacerlo, sino que opta por otras formas de manifestar su estado. La preferencia por hablar en voz alta, además de evocar añoranza de personas, momentos o habilidades del pasado, puede traslucir también una clara necesidad de comunicarse, de echar de menos el contacto o la conversación con alguien más. Esta

¹¹Simone De Beauvoir, *La vejez*, Hermes, México, 1983, p. 566.

¹²Ernest Hemingway, *El viejo y el mar*, p. 24.

nostalgia de los viejos tiempos, de la compañía vital, y de las mayores posibilidades de acción, rondan la vida de la persona anciana, cual gran pez próximo a un tremendo combate.

*Pudiera dejarme ir a la deriva —pensó—, dormir, y echar un lazo al dedo gordo del pie para despertar si pican. Pero hoy hace ochenta y cinco días y tengo que aprovechar el tiempo.*¹³

El viejo expresa que necesita aprovechar el tiempo, y ese aprovechamiento se dirige al hecho de poder pescar algo, pero ¿cuál es el motivo de prisa o urgencia para capturar un buen pez?, ¿por qué no dejarse ir a la deriva un día más y solo dormir? Tal vez por la propia exigencia de corregir su mala racha, reencontrar su autonomía y volver a sentirse un buen pescador como en otros tiempos (autopercepción), o la presión externa sobre aquello que los otros pudieran pensar sobre su actividad pesquera (sociedad), es decir, jugarse su buena o mala reputación en el contexto que le rodea, o simplemente pudiera tratarse de la premura ante una fuerte necesidad económica (sostenimiento), pues al atrapar un buen pez también puede darse una significativa venta que dé beneficio económico a Santiago. Por tanto, puede verse cómo estos tres factores: autopercepción¹⁴ modelada por el límite, la sociedad con sus dinámicas de percepción y estigmatización de la persona bajo sus criterios dominantes, y las necesidades básicas de sostenimiento personal que permitan una vida digna, siempre juegan un papel de suma importancia en la forma en que la persona se planta y conduce en el mundo, aunque los aspectos de afectación pueden ser distintos según la realidad de cada sujeto, por ejemplo, a algunos niños o adolescentes que tengan resueltas las necesidades básicas de sostenimiento gracias a la actividad laboral de sus padres, podría parecerles indiferente esta búsqueda para cubrir las necesidades vitales, mientras que para alguna persona anciana cuya manutención depende solo de sí mismo, y para quien las oportunidades de trabajo son menores, sea por los criterios de contratación predominantes o por las limitaciones que el mismo anciano experimenta como consecuencia del desgaste natural de sus fuerzas —envejecimiento—, cobra otro matiz la urgencia por resolver la carencia o necesidad.

¹³ *Ibidem*, p. 25.

¹⁴ Sabemos que el término tiene una carga psicologista, pero no pretendemos reducir la reflexión a esa perspectiva. Precisamente por esa razón se evita el uso del concepto de identidad en la vejez. El abordaje antropológico intenta ofrecer elementos que influyen en cada anciano desde la mirada de sí mismo, de los otros (sociedad), y del límite sobre él. Tampoco se busca dilucidar la identidad del viejo, sino comprenderlo en sus luchas con su propia fragilidad. En este sentido, queremos reforzar la idea de que no hay nada inmóvil en el modo de irse comprendiendo a sí mismo.

El viejo y el mar nos abre a la posibilidad de reconocer estos tres factores afectando la vida del anciano pescador y de cualquier persona anciana que los experimenta desde las realidades de la sociedad de la que es parte, pues estos tres elementos siempre están afectándose mutuamente, porque “La involución senil de un hombre se produce siempre en el seno de una sociedad; depende estrechamente de la naturaleza de ésta y del lugar que en ella ocupa el individuo en cuestión”.¹⁵ Y no sólo la involución senil es parte de este entrecruce societal, también “El factor económico mismo no se puede aislar de las superestructuras sociales, políticas, ideológicas que lo cubren”,¹⁶ pues su presencia afecta directamente la calidad de vida de cada anciano y la forma en que este se mira a sí mismo o dirige sus acciones. De ahí que el protagonista de esta novela tenga suficientes razones para no permanecer quieto en su barca, él necesita aprovechar su tiempo, pescar algo, ponerse en acción.

Justamente entonces, mientras vigilaba los sedales vio que una de las varillas verdes se sumergía vivamente. [...]—Lo cogerá -dijo el viejo en voz alta— [...] No lo cogió, sin embargo. Se fue y el viejo no sintió nada más. —No puede haberse ido —dijo—. [...] Luego sintió un suave contacto con el sedal y se sintió feliz. [...] Era feliz sintiendo tirar suavemente y luego tuvo sensación de algo duro e increíblemente pesado. Era el peso del pez [...].¹⁷

Ha llegado el momento del combate, el anciano se enfrenta a un gran pez, mientras que el pez también se enfrenta a una persona audaz y hábil que intenta capturarlo. La lucha entre ambos durará tres días, este tiempo será la ocasión para descubrir o probar la resistencia, debilidad, esfuerzo, agotamiento, soledad, añoranza, así como todo aquello que evidencie la asunción de la vida con sus riesgos, es decir, con sus posibilidades y límites en cada contexto específico.

El pez se resiste a ser capturado, opta por alejarse cada vez más, su estrategia parece la de confundir y desaminar a su atacante, se empeña en no dejarse ver, en principio prefiere la profundidad y lejanía que el mar le permite, tira hacia abajo para exceder o romper el sedal, y se aleja decidido a atraer a su enemigo hacia terrenos más inseguros que pudieran hacerlo desistir ante la distancia de un puerto seguro. Después se dejará ver. Su visibilidad podrá ser

¹⁵ Simone De Beauvoir, *La vejez*, p. 46.

¹⁶*Idem.*

¹⁷Ernest Hemingway, *El viejo y el mar*, pp. 25 y 26.

tan fugaz como imponente. Santiago, por su parte, tampoco renuncia a su objetivo, deja que el pez consuma el sedal, pero no sin tensar cada vez un poco más cuidando no romperlo, le resultan inquietantes las dimensiones del animal, así como el cansancio y debilitamiento que empieza a experimentar. Su experiencia al navegar (leyendo los signos de la naturaleza) no lo hacen perder orientación a pesar de la distancia del puerto. Sabe que tiene que comer, y contará con algunos peces para alimentarse, sin embargo, también experimenta el desgaste y la inapetencia, fruto del prolongado esfuerzo y de la repugnancia que le genera ingerir ciertos peces crudos. En realidad, Santiago y el pez se asemejan mucho en la perseverancia mostrada, y es que hay una lucha porque ambos se han empeñado en persistir en la pelea. Luchan por la vida. Resisten.

Si nos arriesgáramos a hacer una analogía entre los elementos o acciones que aparecen en *El viejo y el mar*, concretamente en la aventura marina de Santiago, y los factores que ya antes hemos señalado, podríamos imaginar lo siguiente:

El mar como símil de la sociedad, aquella inmensidad que parece abrazar todo lo que se coloca sobre sí, ese escenario oceánico que alberga la diversidad de individuos, el lugar donde se encuentran tanto como extravían sus habitantes, el espacio de la convivencia, la solidaridad, de la depredación o la crueldad. Y el viejo es inevitablemente afectado por esta pluralidad marina de la que es parte, pues “Sentía compasión por las aves; especialmente por las pequeñas, delicadas y oscuras golondrinas de mar que andaban siempre volando y buscando, y casi nunca encontraban, y pensó: ‘Las aves llevan una vida más dura que nosotros, salvo las de rapiña y las grandes y fuertes. ¿Por qué habrán hecho pájaros tan delicados y tan finos como esas golondrinas de mar, cuando el océano es capaz de tanta crueldad?’”¹⁸ La sociedad, como analogía del mar también puede albergar esa crueldad y fuerza en sus variadas estructuras, sin embargo, no deja de ser conformada también por la finura y delicadeza de aquellas personas que se conmueven, y que al hacerlo logran acercarse mucho a la vulnerabilidad de otras especies como las aves o peces, tal y como lo evoca el viejo, quien “sentía una gran atracción por los peces voladores que eran sus principales amigos en el océano”.¹⁹

¹⁸ *Ibidem*, p. 18.

¹⁹ *Idem*.

El bote o barca puede representar las necesidades básicas de sostenimiento, ¿qué haría una persona en la sociedad, en el mar, si no tiene un buen sustento que le permita no solo estar a flote sino navegar por las diversas corrientes marinas, siendo expresión de la vitalidad y al mismo tiempo propiciándola como vehículo que acerca el alimento?; “[...] los botes iban en silencio, salvo por el rumor de los remos. Se desplazaron después de haber salido de la boca del puerto y cada uno se dirigió hacia aquella parte del océano donde esperaban encontrar peces”.²⁰ Porque si se satisface lo básico puede haber capacidad para afrontar otro tipo de necesidades. El bote del viejo, y el de toda persona anciana necesita ser cuidado, dotado de lo necesario para evitar el apresurado deterioro, cualquier avería de la barca en el mar pone en riesgo la vida de aquel a quien sostiene, se requiere darle un mantenimiento continuo para asegurar su duración o buen estado. La travesía del viejo por el mar empieza colándose en su barca, sabiéndose sostenido; no todo pescador o persona dispone de una embarcación, y si la tiene no necesariamente está bien equipada. No todo anciano cubre sus necesidades básicas, y es que ir por el mar sin embarcación, o con ella, pero con las fuertes exigencias del mar, siempre será un riesgo, mayor o menor, según la naturaleza de cada sociedad, así como las posibilidades de la persona para obtener lo necesario.

El diálogo que el viejo recurrentemente tiene con el gran pez podría ser analogía de la autopercepción de su persona, y es que nuestras palabras en voz alta o baja esbozan algo de lo que pensamos de nosotros mismos, esa mirada hacia sí siempre está en relación con lo de fuera, pues lo externo siempre influye y afecta lo interior, de ahí que el viejo se dirija en distintas ocasiones al pez para dar cuenta de su sinceridad y anhelos: “Me gustaría demostrarle qué clase de hombre soy. Pero entonces vería la mano con calambre, que piense que soy más hombre de lo que soy, y lo seré. Quisiera ser el pez —pensó— con todo lo que tiene frente a mi voluntad y mi inteligencia solamente”.²¹ Este diálogo consigo, pero proyectado hacia afuera, es capaz de mostrar el descontento, la desazón con lo que se es y con los achaques que ya se experimentan. Las palabras del viejo dejan ver la fuerza de los otros en la autopercepción, así como el deseo por demostrar algo, sea fuerza, audacia o poder, incluso, afán por ser otro, como una especie de renuncia a sí mismo o a la realidad actual que

²⁰ *Idem.*

²¹ *Ibidem* p. 38.

le acompaña, pues no sólo “A los 20, a los 40 años pensarme vieja es pensarme otra”,²² como lo reflexionaba De Beauvoir, también esa percepción de otredad invade la propia realidad de la ancianidad. Sin embargo, la experiencia de diálogo que nos trasmite el viejo también aporta otros elementos para vislumbrar que la mirada sobre nosotros mismos no es algo fijado, sino que puede irse moldeando, ajustando, puede transformarse en algo más cercano a la realidad: “Quizá no estoy tan fuerte como creo [...]”;²³ “Se acomodó confortablemente contra la madera y aceptó sin protestar su sufrimiento.”;²⁴ “Soy un hombre viejo y cansado”.²⁵ Estos otros rasgos que expresa Santiago denotan el peso que el gran pez ha ejercido sobre él, su presencia y diálogo mutuo tiran hacia un lado u otro, hacia la fragilidad negada o hacia la fragilidad asumida.

Este poner en relación analógica algunos elementos o acciones presentes en la novela de Hemingway, con aquellos factores que juegan un papel importante en la experiencia de la ancianidad, sin ser una análisis exhaustivo o profundo de tipo psicológico, sociológico o económico sobre las personas ancianas, sí nos permite ofrecer cierto panorama de la realidad experimentada por muchas personas en esta etapa de la vida, y el hecho de hacer uso de la literatura, en concreto de esta novela, seleccionando solo algunos rasgos de la trama, también es la expresión de la apertura de la temática, pues esta queda abierta a otras interpretaciones que opten por diferentes elementos simbólicos que espontáneamente permitan otra comprensión de la ancianidad, pues la literatura, como cualquier otra expresión artística, nos deja a la mano un vehículo para jugar con los límites de la razón, abriéndose a otros medios que sigan interpelando sobre una realidad que necesita ser más enunciada, asumida y comprendida afectivamente, esto es, mirar la ancianidad en sí y en otro, más compasivamente.

Sintió que el hierro penetraba en el pez y se inclinó sobre él y lo forzó a penetrar más, y luego le echó en peso encima todo su peso. Luego, el pez cobró vida, con la muerte en la entraña y se levantó del agua, mostrando toda su gran longitud y anchura y todo su poder y belleza. Pareció flotar en el aire sobre el viejo que estaba en el bote. [...] El viejo se sentía

²² Simone De Beauvoir, *La vejez*, p. 11.

²³ Ernest Hemingway, *El viejo y el mar*, p. 15.

²⁴ *Ibidem*, p. 38.

²⁵ *Ibidem*, p. 56.

*desfallecer y estaba mareado, no veía bien. Pero soltó el sedal del arpón y lo dejó correr lentamente entre sus manos en carne viva [...].*²⁶

El viejo ha vencido al pez, ha sido una lucha agotadora, a muerte, y sus manos en carne viva son la muestra evidente de ese desgastante combate, el gran peso del pez también ha recibido el peso y coraje del viejo, su fuerza administrada y direccionada en el arpón puede ya no ser la misma de otro tiempo, pero es capaz de concentrarse en un objetivo, con la impronta de una astucia que se cultivó desde la constancia que da el oficio. A pesar del agotamiento, el viejo aún cuenta con cierta fuerza. Está a punto de desfallecer, pero resiste, se siente mareado de tanta exigencia física, mental, y existencial, pero sigue en movimiento, su vista se torna disminuida pero no perdida, va adelante, se siente con una tarea por continuar. La energía que estuvo desplegándose por tres arduos días, y que parece llegar a su fin con la muerte del gran pez es capaz de enfocarse en otra dirección o camino, ahora el de regreso a casa. El viejo sabe que no va a regresar igual, y eso lo anima, el esfuerzo y desgaste tiene un rumbo, se dispone a emprender la vuelta al hogar, seguramente con la ilusión de compartir la alegría de haber roto su mala racha en la pesca, con el joven y con aquellos que pudieran admirarse de su gran captura.

Ha intentado asegurar el pez en su pequeña barca, lo sujetó a un costado y se dirigió a puerto, “No necesitaba brújula para saber dónde estaba el sudoeste. No tenía más que sentir la brisa y el tiro de la vela”.²⁷ Pero las sorpresas y riesgos no demoraron en aparecer, pronto el rastro de sangre que teñía las inmensidades del mar sirvió de alarma para aquellos insaciables depredadores marinos, los tiburones ansiosos de comida. Santiago fue atacado en varias ocasiones por peligrosos grupos de tiburones, y en cada aproximación violenta que recibía el viejo hacia su pez, su barca y su persona, perdía algo. Cada manada de tiburones que investía al viejo se llevaba alguna parte del pez, de la energía del viejo, y de los instrumentos marítimos que tenía para navegar y que también en ese momento servían para defender su pez y a sí mismo; “[...] ahora llegaban hasta la proa y cometían uno tras otro y todos juntos,

²⁶ *Ibidem*, p. 55.

²⁷ *Ibidem*, p. 57.

arrancando los pedazos de carne [...] Finalmente vino uno contra la propia cabeza del pez y el viejo se dio cuenta de que había terminado”.²⁸

Estas circunstancias que enfrenta el viejo en medio del mar tienen la evidente huella de la violencia, y el viejo la ha padecido, así como muchos ancianos que también sufren el aguijón de lo violento en sus múltiples formas, como el de los prejuicios que identifican la vejez con la decrepitud y la muerte, en su aspecto “negativo”, o con la sabiduría y serenidad casi “angelical”, en su rasgo “positivo”, pero no por ello desprovisto de violencia, pues en ambos casos parecen despojar a las personas ancianas del movimiento natural de la vida, es decir, de aquella espontaneidad que no tiene por qué encasillar o descarnar el devenir de la existencia humana en razón de lo que pareciera ser un imaginario colectivo “común” (pero anclado en el prejuicio), sino que es capaz de desplegarse desde la acogida y la asunción de las bondades, limitaciones y novedades que alberga toda etapa de vida. Son estos mismos prejuicios los que no sólo afectan a los ancianos desde fuera, también desde sí mismos cuando, al ser generalizados con tanta fuerza en la sociedad que habitan, terminan por asumirse desde una internalización que es auto violenta. Y podríamos decir que este tipo de violencia estereotipada no se enraíza tanto en el descaro evidente de desproveer a los ancianos de los recursos necesarios en torno a la salud, alimentación o vivienda (que también padecen), sino en la violencia simbólica²⁹ y a veces casi imperceptible que se va colando en la sociedad y que termina siendo una ‘conspiración silenciosa’ que se necesita romper, como ya lo advertía De Beauvoir al enunciar las motivaciones que la llevaron a redactar su obra *La vejez*, oponiéndose al descarte e invisibilidad que parecen sufrir las “personas de edad”.

El rastro de la violencia, sea por fuerzas externas a la persona o por la fuerza de sí mismo capaz de autodestrucción, también agota, desgasta, va arrancando a pedazos las posesiones, las seguridades, es capaz de dejar las manos en carne viva como evidencia del dolor o afectación. Y acerca a pensar que todo se ha terminado, sin embargo, aunque la violencia nos

²⁸ *Ibidem*, p. 69.

²⁹ Aunque en el presente trabajo no se profundicen las manifestaciones de esta forma de violencia simbólica, parece importante advertir su presencia en distintos ámbitos de la vida, como en las expresiones populares o culturales que desde cierta inconciencia algunas sociedades acogen, por ejemplo, la quema del viejo en fin de año, canciones populares como “Mi viejo”, o dichos coloquiales que suelen enunciarse cuando alguien se equivoca en algo o tiene una apariencia de más edad, “ya dio el viejazo” “ya chochea” “le cayeron los años encima”. Resultaría interesante detenerse en lo que albergan estas expresiones culturales, pues su uso inconsciente en la sociedad pondría contribuir a la violencia hacia los ancianos.

hiere o dañe, pueden dibujarse posibilidades de resistir, de abrirse a una resistencia que no parte de la fragilidad negada sino de la indiscutible fragilidad asumida que se vuelve impulso por conservar la vida, por dirigirla a nuevos rumbos de vitalidad que direccionen a la persona a pesar de que todo parezca acabado, pues Santiago “Ahora sabía que estaba firmemente derrotado y sin remedio y volvió a popa y halló que el cabo roto de la caña encajaba bastante bien en la cabeza del timón para poder gobernar”.³⁰

Aquello roto, herido, puede encajar bastante bien con otros elementos cercanos que permiten gobernar la barca de nuevo, darle dirección, el viejo se acerca a la popa y se percata de la novedad en medio de tanta experiencia adversa, ve una posibilidad de acoger el timón, y dirigir su bote ahora que tiene otra densidad, que está más ligero. Santiago “[...] gobernó el bote para llegar a puerto lo mejor y más inteligentemente posible. Sólo notaba lo bien y ligeramente que navegaba el bote ahora que no llevaba un gran peso amarrado al costado”.³¹ Ante esta aparente derrota, podríamos preguntar ¿qué hace al viejo dirigirse a puerto con tanta determinación, con esa fuerza que parece no detenerse sino aferrarse al retorno? Podríamos decir que es el deseo de regresar a casa y encontrar el descanso que tanto anhela, y esta motivación sin duda expresa de fondo el deseo de vida a través de la recuperación de fuerzas, además de ello, también podríamos aventurarnos a pensar que esa determinación de llegar a puerto también puede estar animada en el recuerdo de aquel fugaz pensamiento que llegó al viejo justo antes de que su pez fuera devorado por completo, y que lo hacía dirigirse a casa luego de varios días de lejanía. “Espero que nadie se haya alarmado. Solo el muchacho pudiera preocuparse, desde luego. Pero estoy seguro de que habrá tenido confianza. Muchos de los pescadores más viejos estarán preocupados. Y muchos otros también —pensó—. Vivo en un buen pueblo”.³²

El saberse importante o valioso para el otro, y tener la certeza de que la propia presencia puede ser anhelada, siempre puede ser motivo de aferrarse a la vida. El viejo sabe que hay quien se preocupa por él. Y aunque quizá la relación con los más viejos no sea de vínculos afectivos fuertes (por la posibilidad antes apuntada de evadir los rasgos de senilidad compartida) sí hay conocimiento entre aquellos con los que se ha compartido el oficio, y tal

³⁰ Ernest Hemingway, *El viejo y el mar*, p. 69.

³¹ *Idem*.

³² *Ibidem*, p. 67.

vez existe también el trato amable que hace reconocerse parte de un mismo pueblo y preocuparse por ese miembro de la comunidad que falta. Santiago reconoce que es el muchacho quien principalmente se habrá alarmado por su ausencia, e intuye que Manolo también tendrá la confianza de que regrese, pues conoce al amigo, sabe de su gran experiencia y audacia en el mar. La añoranza del otro, del amigo, del muchacho, ha sido manifiesta recurrentemente por el viejo, ha parecido una especie de grito existencial que no puede ser ignorado.

Ojalá estuviera aquí el muchacho —dijo en voz alta—.³³

Detenerse en esta expresión resulta tremendamente necesario: ¿cómo no situarse en la constante y expresa petición del viejo? Es esa especie de grito que no sólo es asistencial sino existencial, y por tanto portador de una petición que desvela la ineludible huella tan honda y propiamente humana, la de la fragilidad, reconocida en esa continua tendencia al otro, desde la conciencia de una necesidad comunicativa que muestra el anhelo por la presencia o cercanía de los otros y que es incapaz de abandonar a la persona, por el contrario, la acompaña durante toda la vida. Y Santiago atestigua esa peculiaridad humana, lo hace desde la experiencia de lucha que pone frente a sí sus fuerzas y límites, realidades que no son ajenas a la presencia del *alter*; y menos cuando este otro se ha convertido en amigo. El viejo manifiesta siete veces el deseo de que el joven le acompañe (con igual o similares palabras), y en cada ocasión ofrece un rasgo capaz de traslucir detalles de su necesidad.

- Ojalá estuviera aquí el muchacho —dijo en voz alta—. Voy a remolque de un pez grande y yo soy la bita de remolque.³⁴ El viejo es jalado por el gran pez, parece llevado a una dirección en la que no quisiera ir, pero se arriesga con tal de lograr su objetivo, y al hacerlo, experimenta ese jalón que necesita contrapeso, él se ha vuelto una especie de censor que intenta administrar la distancia entre sí y el pez, con ello puede intuir que no será una tarea fácil, de ahí que ante estas primeras maniobras, por las que puede pronosticarse el necesario uso de más manos y la destreza que pudiera tener más de una persona contra ese imponente pez, el viejo inmediatamente piensa en ayuda, en otras manos y cabeza que le auxilien en la

³³ *Ibidem*, p. 27.

³⁴ *Idem*.

contienda empezada. Esta primera petición parece colocarse más del lado de la ayuda práctica que puede dar el joven y que hace al viejo extrañarle.

- *Ojalá estuviera aquí el muchacho. Para ayudarme y para que viera esto. 'Nadie debiera estar solo en su vejez —pensó—. Pero es inevitable'*.³⁵ Esta segunda mención ya no parece colocarse solo en los terrenos de la ayuda, ahora el viejo también revela el deseo de compartir lo que sus ojos ven, no se sitúa en la mera asistencia sino en el compartir mutuo, desea expandir su mirada más allá de sí mismo y dar lugar a una participación que incluya al otro, pues el viejo puede imaginar que el muchacho estaría interesado en adentrarse en esa experiencia y vivirla juntos, en compañía. La petición de Santiago denota el reconocimiento de su realidad inmediata, la experiencia de sentirse solo y viejo, en medio de una aventura que quiere compartir, este “nadie debiera estar solo” se vuelve un deseo revelador y profundo que, al palparlo, Santiago no quisiera que el resto de las personas ancianas tuvieran que experimentar, sin embargo, parece inevitable, o al menos ese énfasis aligero de resignación es el que expresa el viejo en esta segunda petición. Sus palabras podrían hacernos reflexionar que ese “nadie debiera estar solo” no es únicamente exigencia para una etapa de la vida, es decir, no sólo los ancianos no merecen estar solos, nadie que tenga la huella de la fragilidad, como inevitable apertura a los otros, debería ser condenado a la soledad. Ante ello, se podría decir que el viejo recuerda a la humanidad un deseo que es capaz de ser compartido por todos, la no soledad, por tanto, su petición va más allá de la vejez, pues es para la vida misma en cualquier etapa, de ahí que pueda ser expresión de una necesidad común capaz de nutrirse desde la compañía intergeneracional. Y la amistad de Santiago y Manolo es ejemplo de ello.

Podríamos imaginar que el muchacho, al compartir la huella de una vida frágil, también podría anhelar la presencia de Santiago o de cualquier otra persona con la que mantenga un vínculo afectivo fuerte, o que incluso podría ser presa de la soledad a pesar de su juventud, pues la necesidad del otro siempre está presente, tornándose en una inagotable necesidad que, a pesar de nunca ser colmada del todo, queda abierta al remanso de la amistad, de la compañía de unos a otros, de la ayuda mutua.

— *Ojalá estuviera aquí el muchacho*— dijo en voz alta y se acomodó contra las redondeadas tablas de la proa, y sintió la fuerza del gran pez en el sedal que sujetaba contra sus hombros,

³⁵ *Ibidem*, p. 29.

*moviéndose sin cesar hacia no sabía dónde: hacia donde el pez hubiese elegido.*³⁶ Su expresión es antecedida por el recuerdo de una experiencia del pasado, en la cual el viejo, con ayuda del muchacho, logró enganchar a su bichero un pez aguja e ingeniárselas para izarla a su bote; en medio de esta captura, Manolo y Santiago se percataron de la respuesta que tuvo la aguja macho ante la captura de su pareja, pues en la lucha por sobrevivir que emprendió el pez que había sido enganchado, se torna sorpresiva la actitud del otro pez, éste siempre se mantuvo cerca de la aguja atrapada (no se despegó del bote), estuvo acompañándola el tiempo que duró la captura total, incluso, cuando había sido totalmente capturada, el macho dio una especie de salto en el mar para lograr ver dónde había quedado su pareja, o quizá simplemente intentó despedirse.

Estas formas de comportamiento de algunas especies animales pueden no sólo conmover, también interpelan, a pesar de que se cree que “El animal vive en la mera “vecindad” a otros animales, pero no en la proximidad. El animal no tiene próximo. No hay un tú en el basto horizonte de la necesidad”,³⁷ hay ciertos animales que con su forma de proceder (que en ocasiones lleva a imaginar algo más allá del mero mecanismo instintivo) también nos acercan a reflexionar sobre nuestra propia experiencia de proximidad a los otros, es decir, a esa realidad del ser humano que, por tener la conciencia de un tú (al que se necesita y se tiende), lo hace distinguirse de una mera necesidad velada. Y de esto parece darse cuenta el viejo, el recuerdo de este acontecimiento lo hace reconocer su necesidad en los albores de su vulnerabilidad, el viejo se conmueve ante el comportamiento de unos peces que, a pesar de lo conmovedor de su conducta no palparon la hondura del límite, por el contrario, el viejo sí, él experimenta la fuerza de la desvelación, la que por un lado enfatiza esa distancia imprevisible con el *alter* —que escapa a cualquier tipo de control— (el límite), y por otro lado, la humana añoranza de la compañía, porque “El encuentro del propio límite fija la aparición de lo antropológico. Aquí comienza el hombre a diferenciarse del animal”.³⁸ De esto ha tomado conciencia Santiago, el recuerdo de esas agujas marinas potencializan de nuevo ese “ojalá estuviera aquí”, dando lugar a pensar que aquellos indicios de resignación que el viejo había expresado en la petición anterior, desde lo inevitable que resulta el estar

³⁶ *Ibidem*, p. 30

³⁷ Ricardo Peter, *Honra tu límite. Fundamentos filosóficos de la terapia de la imperfección*, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, 2018, p. 37.

³⁸ *Ibidem*, p. 38.

solo, vuelven a revelarse ante una huella evidente en el viejo, quien en esos momentos es jalado por el pez hacia lo incierto, que parece estar a merced de un animal, y desconoce hacia dónde podría ser conducido, sin embargo, no desconoce su fragilidad, la palpa desde la conciencia de su necesidad existencial.

- *Me gustaría que el muchacho estuviera aquí. 'Pero el muchacho no está contigo', pensó. 'No cuentas más que contigo mismo [...]'*.³⁹ Ese ojalá característico de las ocasiones anteriores ahora se han transformado en una expresión que sigue sincerándose con la necesidad, ahora el “ojalá” es sustituido por un “me gustaría que”. Y es que el afecto, (la fuerza del vínculo con el otro) lleva a ampliar las formas de manifestar la añoranza, las palabras cambian, pero sin dejar de apuntar a esa estructuración humana que se caracteriza por la apertura inquieta. Al mismo tiempo, Santiago se para en el peso cierto de su realidad, el otro no está ahí, con él, y como consecuencia hay una contestación, una respuesta desde el pensamiento, desde lo racional que se aferra a conclusiones rápidas y derivadas de sus deducciones lógicas, porque “La razón no se concentra en la realidad limitada del hombre”,⁴⁰ o al menos no privilegia ese descender a la profundidad o posibilidades que abre lo limitado, parece que la propensión del pensamiento humano tiende a respuestas que refuerzan el sí mismo, y que evaden o luchan con un saberse vulnerable y necesitado. Esta parece la tendencia de Santiago, la de abrirse al deseo asumido de que le gustaría la presencia del otro, pero ante la imposibilidad del hecho por las circunstancias del momento, es llevado a concluir que el ser humano no cuenta más que consigo mismo. Pese a ello, es bueno aclarar que no se trata de negar la realidad, en eso Santiago parece tener claridad, pues él está solo en la inmensidad del mar, pero sí se trata de advertir que el hecho de bastarse a sí mismo puede condenar al aislamiento. Sin embargo, la experiencia de Santiago, con sus continuas añoranzas, nos hacen ver otro camino que es importante no ignorar, pues donde parece que se renuncia a la proximidad, ésta vuelve a gritar su necesidad.

— *Ojalá estuviera aquí el muchacho y tuviese un poco de sal— dijo en voz alta.*⁴¹ Santiago se ocupó un buen rato en observar un pajarito que llegó a su bote y que, luego de estar por un momento en la popa, fue a posarse sobre el sedal que el viejo tensaba poco a poco para

³⁹ Ernest Hemingway, *El Viejo y el mar*, p. 31.

⁴⁰ Ricardo Peter, *Honra tu límite...*, p. 53.

⁴¹ Ernest Hemingway, *El viejo y el mar*, p. 34.

atraer hacia sí al gran pez. El pequeño pájaro no solo ha captado la atención del viejo haciéndolo compadecerse de él (por el cansancio que aparenta), también le ha llevado a solicitar su compañía y ofrecer su amistad, “—Quédate en mi casa si quieres, pajarito — dijo—[...] estás con un amigo”.⁴² De repente, tanto el viejo como el pajarito fueron sorprendidos por el abrupto movimiento del pez, que lanzó a Santiago violentamente cerca de la proa del bote, y que lo forzó a aferrarse del sedal al punto de ser herido por éste debido a la fuerza del movimiento, mientras que el pajarito, ante la salvaje sacudida prefirió emprender el vuelo y alejarse de la zona. Antes de percatarse de la huida de su fugaz compañero, el viejo también advierte la herida que ahora tiene, observa la sangre que está emanando de su mano, e inmediatamente se empeña en buscar con la mirada al pájaro, pero pronto reconoce que ya no está, así que no le queda más que ocuparse de su reciente herida para poder continuar la tarea con el pez. En este contexto aparece la petición de Santiago, vuelve esa añoranza que experimenta ahora herido, pide compañía, y un poco de sal que palie el sangrado de la mano lastimada. “Era solo un roce del sedal lo que había cortado su carne. Pero era en la parte con que tenía que trabajar. El viejo sabía que antes de que esto terminara necesitaría sus manos, y no le gustaba nada estar herido antes de empezar”.⁴³ Y aunque Santiago no quiere estar herido, reconoce que esta herida ha sido fruto de una “distracción” en el otro, en este caso, un ave, “[...] quizá sea que estaba mirando el pájaro y pensando en él”,⁴⁴ tal vez, esa aparente distracción nos hace rescatar otro tipo de atención, la que relaciona a la persona anciana con otros seres vivos.

Podemos extraer y enfatizar del contexto en el que aparece esta quinta petición, la cercana relación que el viejo tiene con los animales. Santiago es muy sensible al trato con las aves y peces que le rodean, y en general, puede resaltarse a lo largo de toda la historia la importante conexión que él tiene con la naturaleza, pues es alguien que ha mantenido un vínculo fuerte con este medio natural, donde evidentemente el mar (y las especies marinas) han tenido significativo protagonismo. Y así como Santiago, también muchas personas ancianas experimentan un fuerte arraigo a ciertos espacios naturales que les permiten estar en contacto con algunas especies animales o con elementos de la naturaleza que los vitalizan, por

⁴² *Ibidem*, p. 33.

⁴³ *Ibidem*, p. 34

⁴⁴ *Idem*.

ejemplo, aquellos ancianos que gustan de la cercanía con la tierra a través de la agricultura, tal y como ya lo advertía tiempo atrás Cicerón en el contexto de la sociedad romana de su época, “puedo citar el nombre de muchos romanos rústicos, procedentes del campo, vecinos, familiares míos, quienes jamás están ausentes de las faenas propias del agricultor, como la siembra, la siega, o la recolección de los frutos”,⁴⁵ y recalca lo siguiente “Aunque la edad nos impide gozar de otros placeres gozamos el deseo de poder cultivar el campo hasta los últimos momentos de la vida”.⁴⁶ De estos gozos se nutre el acontecer de la vida,⁴⁷ gozos que podrían o no seguir experimentándose en la vejez, siempre y cuando no les sean arrebatados por la sociedad misma, o por las consecuencias del debilitamiento natural de sus fuerzas, porque, aunque los efectos del envejecimiento sean una causa importante que distancia a los ancianos de estos espacios, este hecho también se mezcla con varios factores que pueden ser protagonizados por distintas fuerzas, pues también pueden ser despojados o trasplantados de escenarios significativos, llegando a padecer desorientación, “un anciano brutalmente trasplantado, aunque sea a casa de sus hijos, está desorientado y a menudo desesperado; uno de cada dos de esos desarraigados muere en el curso del año”.⁴⁸ Santiago, y su cercanía con el medio natural, nos permiten reflexionar sobre estas situaciones de desarraigo de las que no dejan de ser presa los ancianos de nuestra sociedad actual, el hecho de ser trasplantados a espacios no deseados, por los motivos que fueran, no deja de desorientar o lastimar, por ello, fijar la atención en estos hechos que padece la población anciana, nos puede acercar a una sensibilidad más fuerte, como la que desarrolló el viejo en su trato con su medio natural y como la que desarrollan los ancianos en sus escenarios vitales.

Santiago no tiene cerca ni a Manolo ni sal para poner en su herida, pero sí tiene una gran cantidad de agua salada a su alrededor, opta por sumergir unos momentos su mano en el mar para que disminuya la sangre de su herida, y vuelve a concentrarse en su tarea.

⁴⁵ Marco Tulio Cicerón, *De la vejez*, Tal-Vez, Madrid, 2005, (Colección Clásicos), <https://omegalfa.es/downloadfile.php?file=libros/de-la-vejez-bilingue.pdf>. Consultado 20/X/2021, p. 13.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 26.

⁴⁷ Aquí hemos enfatizado la cercanía con el medio natural, y en este sentido la realidad de algunos ancianos que habitan un entorno más rural; sin embargo, no podemos dejar de apuntar la realidad de la población anciana citadina, la cual puede, por un lado, encontrar esos espacios vitales en lugares propios de la ciudad donde encuentran gusto, o en aquellos hobbies o actividades que les vitalizan desde la actividad placentera y la convivencia.

⁴⁸ Simone De Beauvoir, *La vejez*, p. 562.

- *Si el muchacho estuviera aquí, podría frotarme la mano y soltarla, desde el antebrazo, — pensó—. Pero ya se soltará.*⁴⁹ No renunciar a la captura del gran pez ha llevado al viejo a exigirse demasiado en muchos sentidos, y ahora las consecuencias más evidentes son las del agotamiento físico, este cansancio se refleja a través de los continuos calambres que Santiago experimenta en su mano izquierda y que no dejan de preocuparle. Antes de expresar la añoranza del joven y lo que este pudiera hacer para mitigar sus malestares corporales, resulta interesante apuntar el diálogo que el viejo entabla con su cuerpo, “—¿Cómo te sientes, mano? —Preguntó a la que tenía calambre, y que estaba casi rígida como un cadáver—. Ahora comeré un poco para ti”.⁵⁰ Y aunque el viejo decida enfocarse en ingerir algo de alimento para mejorar su situación física, no puede negar que su estado actual es fruto de un sobreesfuerzo, se ha violentado, ha exigido a su cuerpo las arduas faenas que no son retribuidas por el descanso o la alimentación necesaria, así que ahora padece las consecuencias en su mano, “Después de todo abusé mucho de ella de noche cuando era necesario soltar y unir los varios sedales”.⁵¹

El monólogo al que ha llegado Santiago deja ver los diversos modos en que percibe y se relaciona con su cuerpo (o con las manifestaciones físicas que en éste se dan). Y es que la relación de las personas ancianas con su corporalidad puede evidenciar otros rasgos de violencia que se manifiesta en el disgusto, generado por las consecuencias naturales del propio organismo en esta etapa de vida, o bien, por las exigencias sociales en las que se dibuja la exacerbación del cuerpo desde los rasgos de la fuerza y la belleza físicas, y derivan en estereotipos que niegan o rechazan los cuerpos diferentes. Así, las personas ancianas experimentan el peso violento de perspectivas personales y sociales que se enfrentan con las modificaciones corporales vividas; esta constatación nos permite mirar en Santiago el disgusto que le generan los calambres en su mano, es decir, esa relación con su cuerpo que parece ejemplificar las exigencias antes apuntadas. “Detesto el calambre —pensó—. Es una traición del propio cuerpo. Es humillante ante los demás tener diarrea producida por

⁴⁹ Ernest Hemingway, *El viejo y el mar*, p. 37.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 35.

⁵¹ *Ibidem*, p. 36.

envenenamiento de ptomaínas o vomitar por lo mismo. Pero el calambre lo humilla a uno, especialmente cuando está solo”.⁵²

Santiago se siente humillado, y esta afectación es consecuencia de la relación experiencial con su propio cuerpo, a la que se suma la soledad que le vuelve a invadir en ese momento. Ante ello podríamos preguntar ¿por qué Santiago percibe que la humillación que le produce la situación actual de su cuerpo se vuelve más especial cuando está solo? Sin agotar las posibles respuestas podría señalarse el hecho de que somos cuerpos en relación, nuestra fragilidad no puede negar las consecuencias de la presencia o ausencia de los otros, el cuerpo que somos reclama no sólo reconocimiento completo de sí mismo, también la presencia y el reconocimiento de los otros con quienes compartimos la existencia. El viejo pescador no quisiera padecer la debilidad de su cuerpo ni la soledad en medio del mar, y aunque no pueda deshacerse de esta realidad actual, sí puede ser sincero con lo que siente y piensa, se enfrenta a su realidad con la expresa añoranza que no ha olvidado, y que ahora lo acompaña con ese rasgo de esperanza en que su cuerpo, pese a su estado actual, le responderá de nuevo.

- *Si el muchacho estuviera aquí mojaría los rollos de sedal —pensó—. Sí. Si el muchacho estuviera aquí. Si el muchacho estuviera aquí.*⁵³ En estos momentos el gran pez se aferra a tirar con fuerza del sedal, se distancia del bote a mayor velocidad y comienza a realizar continuos brincos sobre el agua como anunciando la angustia o desesperación que parece tener, y que desquita con los impactos al mar cada vez que cae en él. La desesperación del pez también desafía a Santiago, se trata de un combate que lo sigue lastimando pero al que se aferra con todas las fuerzas, ya que vuelve a dar cuenta de la perspicacia que posee en este oficio y que le permite vislumbrar el actual comportamiento del pez, pues sus movimientos no lo tomaron del todo por sorpresa: “La velocidad del sedal desollaba sus manos pero nunca había ignorado que esto sucedería y trató de mantener el roce sobre sus partes callosas y no dejar escapar el sedal a la palma y evitar que le desollara los dedos”.⁵⁴ El viejo se protege, la peligrosa situación lo lleva a afinar cada vez más su destreza, al punto de ingeniárselas para

⁵² *Ibidem*, p. 37.

⁵³ *Ibidem*, p. 49.

⁵⁴ *Idem*.

que el engrose de la piel propio de sus callos le ayude a aminorar el filoso impacto del sedal que también amenaza con desollar sus dedos.

En este contexto aparece la última versión explícita que el viejo hace de su anhelo, hay una solicitud de ayuda muy breve y concreta: ‘que el muchacho esté para que le apoye a mojar los sedales’, en este sentido su petición está motivada por un deseo de ayuda que aminore su esfuerzo físico, a su vez, su grito también podríamos imaginarlo como un reclamo a su situación frágil y en soledad, pues no hay duda de que las heridas del viejo han tenido consecuencias más perjudiciales por enfrentarse a una ardua tarea en la que no ha estado otro que le apoye o alterne en el trabajo, Santiago asumió la desgastante faena frente al pez en completa soledad. Y “si el muchacho estuviera aquí”, podría imaginarse otro escenario, pero Manolo no está, así que no queda más que afrontar esa situación. Ésta es la última y única ocasión que las conocidas palabras del viejo son recalcadas como una especie de pequeño mantra que invoca una y otra vez el apoyo, la relación; sus palabras son desvelación de la necesidad del otro, son añoranza, solicitud, experiencia del prójimo: “si el muchacho estuviera aquí”, “si el muchacho estuviera aquí”, “si el muchacho estuviera aquí”.

Cuando entró en el puertecito las luces de la Terraza estaban apagadas y se dio cuenta de que todo mundo estaba acostado. [...] No había nadie que pudiera ayudarle, de modo que adentró el bote todo lo posible en la playa. Luego se bajó y lo amarró a una roca.⁵⁵

Santiago está en tierra firme, vuelve a respirar los aires familiares de su pueblo, y se dispone a caminar hacia su hogar. Avanza con profundo cansancio, requiere de pequeñas pausas para tomar impulso y seguir. En uno de esos descansos logró reconocer la evidencia de su esfuerzo, “[...] miró hacia atrás y al reflejo de la luz de la calle, vio la gran cola del pez levantada detrás de la popa del bote”.⁵⁶ Ya solo se trataba de un espinazo, su pez estaba descarnado, pero sabía que ese mero esqueleto de espinas también significaba el fruto de su perseverancia, ingenio y valentía. Santiago “Tuvo que sentarse cinco veces antes de llegar a su cabaña”.⁵⁷ Al entrar en ella hizo lo que tanto necesitaba, recostarse en su cama y dormir profundamente.

⁵⁵ *Ibidem*, p. 70.

⁵⁶ *Idem*.

⁵⁷ *Idem*.

El muchacho acudió a la choza de su amigo, y al hacerlo, evidenció lo que había realizado en los días de ausencia del viejo, buscarlo con la constante esperanza de encontrarlo, y es que finalmente Santiago tenía razón, Manolo no sólo tenía confianza en que regresaría, también estaba preocupado por él al igual que los habitantes de su pueblo, así que ese día “[...] vino a la choza del viejo como había hecho todas las mañanas. El muchacho vio que el viejo respiraba y luego vio sus manos y empezó a llorar. Salió muy calladamente a buscar un poco de café y no dejó de llorar en todo el camino”.⁵⁸ Manolo no sólo se alegra de ver al viejo, además se conmueve hondamente por ver la situación en la que ha regresado, e inmediatamente se ocupa en buscarle algo que pueda beber y disfrutar cuando despierte. Las manos del anciano pescador han provocado una genuina compasión, pues son huellas de esfuerzo y dolor que no pueden dejar indiferente a quienes son cercanos a esas heridas, esas personas, esos amigos.

Luego de haber conseguido algo de café, de ser cuestionado sobre el estado del viejo, y de recibir algunos comentarios sobre las dimensiones del pez que mostraban la admiración de otros pescadores por la hazaña de Santiago, el muchacho regresó a la choza. Se colocó cerca del viejo y lo observó un rato más hasta que éste se despertó por completo. Cuando el viejo se incorporó pudo beber algo del café que le había traído y rápidamente entabló conversación con Manolo, se comunicó más allá del monólogo, ahora tenía un tú frente a sí, al que escucha y por el que es escuchado, había una comunicación de persona a persona, de ahí que el viejo se percate de la riqueza que alberga esa conversación, porque: “Notó lo agradable que era tener alguien con quien hablar, en vez de hablar solo consigo mismo y con el mar—. Te he echado de menos —dijo—”.⁵⁹

El viejo es capaz de comunicar esa añoranza al joven, ya no sólo son palabras de necesidad pronunciadas al viento, ahora son expuestas al otro. Y podríamos preguntar ¿de qué más hablan?, ¿cuál es el eco de esa conversación que dibuja la fuerza de las palabras en relación?, hablan de lo experimentado y de lo que esperan vivir, conversan de la vida misma con sus cambiantes acontecimientos, así como de lo que éstos provocan en cada uno. Manolo comparte su deseo de volver a acompañar al viejo en la pesca, a lo que Santiago se opone en

⁵⁸ *Ibidem*, p. 71.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 72.

principio por la mala suerte que cree tener y por la prohibición que han hecho los padres al joven, “—¿Qué va a decir tu familia? —No me importa. Ayer pesqué dos. Pero ahora pescaremos juntos, porque todavía tengo mucho que aprender”.⁶⁰ La respuesta de Manolo es tremendamente desafiante y decidida, apuesta por la convivencia y el aprendizaje que cree puede encontrar en esa relación. Santiago parece aceptar la determinación del joven, ambos planean la forma de conseguir los enseres necesarios para volver a la pesca, pues necesitan equiparse de nuevo, ya que el viejo ha perdido varias de las herramientas en su última aventura.

También conversan sobre la derrota, Santiago manifiesta la experiencia de sentirse así, derrotado, y con la espontaneidad de este sentimiento expresa: “—Me derrotaron, Manolín —dijo—. Me derrotaron de verdad”.⁶¹ A lo que el joven responde, “—No, *Él* no, *Él* no lo derrotó”,⁶² apuntando a que finalmente sí atrapó al pez, sin embargo, el viejo parece referirse a los momentos posteriores de la captura, de ahí que acepte la negativa de Manolo, aunque también precise, “—No. Verdaderamente. Fue después”.⁶³ Fueron esas últimas embestidas de tiburones las que lo llevan a percibirse derrotado. Sin embargo, no hay que olvidar que esas formas de mirarse a sí mismo no están fijadas, pues como ya se dijo antes, la autopercepción queda abierta a ser transformada, y es que el viejo ha experimentado otro sabor de la derrota, como lo reflejó en aquellas palabras que se dijo a sí mismo estando ya muy cerca del puerto: “¿Y qué es lo que te ha derrotado, viejo?, pensó. —Nada, —dijo en voz alta—. Me alejé demasiado”.⁶⁴ El viejo reconoce que se ha alejado de su puerto, y podríamos imaginar esa lejanía también en los ámbitos de sí mismo, de la realidad que se es como ser humano, de la etapa de vida en que nos encontramos, y que siempre corre el riesgo de quedarnos distante, de alejarnos. Pero toda distancia tiene posibilidad de un nuevo acercamiento, entonces la aparente derrota se abre a posibilidades de acogerse a sí mismo y al otro de una forma más consciente, más compasiva, regresar a lo que somos, es también regresar a casa.

⁶⁰ *Idem.*

⁶¹ *Idem.*

⁶² *Idem.*

⁶³ *Idem.*

⁶⁴ *Ibidem*, p. 70.

El muchacho salió de la choza no sin antes repetirle varias veces a Santiago que espera su pronta recuperación, lo exhorta a descansar y a cuidarse para sanar más rápido y poder retomar sus travesías en el mar; va por medicina, algo de ropa, y comida para Santiago, además lleva algunas peticiones que el viejo le ha hecho, como avisar a uno de sus conocidos, Perico, porque lo que quedó de cabeza del gran pez será para él, pues es una forma de retribuir lo amable que en otras ocasiones ha sido con ambos, también le solicita a Manolo periódicos de ediciones pasadas para ponerse al día en las noticias que le interesan. Pronto regresará.

“Allá arriba, junto al camino, en su cabaña, el viejo dormía nuevamente. Todavía dormía de bruces y el muchacho estaba sentado a su lado contemplándolo”.⁶⁵ Tal vez el joven veía algo de él en Santiago, en ese otro; el muchacho quizá podía contemplar algo de su humanidad, porque detenerse en la vejez es detenerse en algo que no nos resulta ajeno, hay algo de sí mismo en la ancianidad.

⁶⁵ *Ibidem*, p. 73.

CAPÍTULO 2

LA ANTROPOLOGÍA DEL LÍMITE Y LA VEJEZ

La vejez siempre ha estado relacionada principalmente con dos realidades que intentan caracterizarla a lo largo de la historia humana: el poder y la fragilidad, ambas expresiones — con mayor o menor énfasis— se han podido conjugar en diversos contextos históricos y culturales para enmarcar lo que una persona anciana representa en la sociedad de la que es parte. No han faltado aquellas culturas donde los ancianos asumen un papel significativo en las esferas de la autoridad (familiar y política) y de la tradición (memoria y ritos). Así como tampoco son pocas las sociedades que prefieren deshacerse de las evidentes huellas de la fragilidad a través del abandono o muerte de los más longevos.

Poder y fragilidad no sólo enmarcan la vejez desde una mirada externa a sus protagonistas, también son asumidos por cada anciano con mayor o menor profundidad, es decir, la persona anciana, sin estar ajena al peso de su realidad societal, se mira así mismo en orden a sus posibilidades y límites, mirada autoperceptiva que juega entre la conciencia y la inconsciencia, entre el olvido y la presencia, y que no puede pasar desapercibida, pues guarda en sí los prejuicios, anhelos y las experiencias personales de lo que puede significar esta etapa de la vida.

El poder que abre a posibilidades y la fragilidad que expone el límite, permiten lanzar las siguientes cuestiones, ¿de qué poder gozan los ancianos hoy?, ¿qué significado tiene la fragilidad en la vejez? Sin hacer un análisis exhaustivo y colocándose en los ámbitos del prejuicio o de la mera opinión sobre estas preguntas, podría pensarse que en la sociedad occidental capitalista actual, marcada por la utilidad y la eficiencia como rasgo característico y esperado de sus ciudadanos, serían pocas las posibilidades de que un adulto mayor tenga suficientes posibilidades que propicien el bienestar en los distintos ámbitos de su vida (pues los signos de senilidad tienden a oponerse con las expectativas sociales de productividad, lo que en consecuencia puede llevar a carecer de ese “poder” que se ostenta en los estándares socioeconómicos actuales), mientras que la realidad de lo frágil, desde una visión

generalizada de carencia y debilidad como rasgo definitivo de las personas ancianas, parece enunciarse con más fuerza y predominio, incluso, dicha perspectiva no estaría muy lejana de otras visiones que, ya sean más antiguas o recientes, han querido focalizar la vejez desde analogías o definiciones que la identifican con enfermedad y disminución de fuerzas, o con el envejecimiento que incapacita e incomoda por todo lo que ya no se puede hacer, esto es, por aquello que ya no llega o que se escapa del horizonte de lo posible, entonces, “parecería que el otoño es como la vejez del año que concluye su revolución, pues la humedad todavía no ha llegado y el calor se ha ido o ya no tiene fuerza y, lo que es un signo de frialdad y sequedad, hace a los cuerpos propensos y dispuestos a las enfermedades”,⁶⁶ o bien con “Achaques, manías, actitudes propias de la edad de los viejos”.⁶⁷

La tendencia a identificar vejez con enfermedad no ha faltado a lo largo de la historia, Simone de Beauvoir ya nos ofrece algunas referencias de ello a través de testimonios como el de los escritores Antón Chéjov y Samuel Johnson. “Chéjov se quedó sorprendido de su envejecimiento: “Su principal enfermedad es la vejez que se ha apoderado enteramente de él, escribió a un amigo.””⁶⁸, mientras que Johnson llegó a expresar “Mis enfermedades son asma, hidropesía y algo menos curable: setenta y cinco años.”⁶⁹ Ambas experiencias bien pueden dialogarse con otro testimonio que la misma pensadora francesa nos ofrece, y donde se enfatiza una percepción que admite la enfermedad como algo distinto a la vejez, tal es el caso de un relato que recibió De Beauvoir de una persona que le cuenta la situación de una tía anciana “Deambula todo el día como un animal acosado, gimiendo, arrastrando un dolor que no ubica en ninguna parte. ‘¡Ah, si por lo menos tuviera una verdadera enfermedad, podrían tratarme!’”⁷⁰ Aunada a estas concepciones, resulta también interesante la opinión de Simone de Beauvoir al recuperar la visión del famoso médico griego Galeno y que la llevó a reconocer lo siguiente: “hay algo de verdad en la idea de Galeno, quien sitúa la vejez a medio camino entre la enfermedad y la salud. De manera desconcertante es un estado normalmente anormal”.⁷¹ La vejez puede desconcertar, y cómo no, si el protagonista de esta etapa de vida

⁶⁶ Simone De Beauvoir, *La vejez*, p. 133 y 134. Es una cita textual de Plutarco.

⁶⁷ *Diccionario de la lengua española*, vigesimotercera edición, <https://dle.rae.es/vejez>, Consultado 17/IV/2023.

⁶⁸ Simone De Beauvoir, *La vejez*, p. 372.

⁶⁹ *Ibidem*, p. 37.

⁷⁰ *Ibidem*, p. 572.

⁷¹ *Ibidem*, p. 342.

es el ser humano frágil e igualmente desconcertante, el mismo que está inmerso en una trayectoria vital sujeta a continuas transformaciones que no descartan lo “normalmente anormal”, por ello no sólo la vejez desconcierta, cada etapa de vida puede sorprender al ser humano que, debido a su vulnerabilidad, puede estar a medio camino entre la salud y la enfermedad sin la certeza de su duración, llegando a captar que lo frágil nos acerca a admitir que las etapas de vida no se curan, se viven con todo lo que traen y desde la peculiaridad de cada persona, de ahí que la vejez, estando abierta a la enfermedad —como lo puede estar la infancia, la juventud, o la adultez— y encaminada a un ritmo orgánico que padece la transformación como huella evidente de la fragilidad humana, puede ser acompañada por un menor o mayor grado de envejecimiento o senilidad, pero esta compañía grita algo más que curación, pues la soporta la posible asunción de una vida que, aún enferma, posee una experiencia vital más compleja y amplia.

¿Hay algo más en aquella fragilidad que acompaña la vejez o en el reconocimiento de los límites que parecen imponerse con más fuerza en las “personas de edad”? ¿Qué sería aquello capaz de no dejar escapar el calor que vitaliza la existencia de los ancianos?

El intento de responder a estas dos últimas preguntas exige una reflexión más profunda que indague qué posibilidades reales se abren frente al límite —expresión latente de la fragilidad—, cuando éste parece más evidente en una etapa como la vejez. Tal objetivo implica una reflexión antropológica que ofrezca cercanía a la persona humana desde su constitución ontológica y existencial, lo cual pone en camino de una comprensión del ser humano en la que se exploren los horizontes de la realidad frágil y limitada de la persona, y que a su vez permita un genuino acercamiento a la realidad de los ancianos a partir de los rasgos que ahondan esa misma comprensión. Dicho propósito nos lleva a poner la mirada en una propuesta filosófica denominada *antropología del límite*, la cual privilegia un acercamiento a la persona desde el dato innegable que expone la peculiar fragilidad de lo humano, esto es, su relación directa y fundamental con el límite.

Dialogar desde este enfoque filosófico pide una aproximación a alguno de los principales representantes de esta propuesta, entre ellos destaca el filósofo y terapeuta nicaragüense

Ricardo Peter Silva,⁷² quien se ocupa de explorar los distintos ámbitos de la vida que evidencian a la persona humana atravesada por su realidad limitada, y aunque su interés o aporte principal está en desarrollar una propuesta novedosa, Terapia de la Imperfección, la cual está “encaminada a realizar la limpieza de ideales desviantes e irrealizables”,⁷³ con miras a volverse un camino de reorientación de la persona humana en esos deseos constantes que tienden a la perfección y que terminan arrinconando o negando la fragilidad propia de lo humano⁷⁴, su objetivo lo llevó a moverse por ámbitos reflexivos que tocaban diversos rasgos de la persona, pues en su itinerario

[...] daba lugar a un conjunto teórico que se proyectaba a tres niveles. Partía de una concepción filosófica del hombre, denominada, *antropología del límite*, que constituía el fundamento del entramado, se aplicaba en una teoría psicológica llamada Terapia de la Imperfección y maduraba en una propuesta moral que recibía el nombre de *ética del límite*. No se trataba de tres piezas o fragmentos encolados artificialmente, sino de modalidades o niveles de reflexión que componían el mismo sistema teórico.⁷⁵

La condensación de su pensamiento a nivel filosófico ha quedado desarrollada en la última edición de su libro ya referido, *Honra tu límite, fundamentos filosóficos de la terapia de la imperfección*, este texto estará en la base en el presente trabajo, pues consideramos que condensa la aportación filosófica madura propia de esta antropología.

⁷² La producción literaria de este filósofo latinoamericano nos muestra el progresivo desarrollo de su interés por comprender al ser humano en distintos niveles. A la par de sus aportaciones filosóficas permeadas por un claro enfoque humanista, también se adentra en otras reflexiones que, a través de la interpretación de algunas narraciones bíblicas, aborda asuntos teológicos en los que puede seguir reconociéndose un genuino deseo por comprender a la persona y sus relaciones, en una perspectiva que jamás abandona su referencia al límite y a la imperfección, pues en ella el humano también se reconoce a sí mismo y se abre a los otros. Entre sus obras publicadas destacan: *Una terapia para la persona humana*, *Honra tu límite, fundamentos filosóficos de la terapia de la imperfección*, *Ética para errantes*, *La parábola del hijo pródigo*, *La imperfección en el Evangelio*, *Hermenéutica del asunto humano meditaciones sobre la intimidad* y *La fatiga del ser humano*; todas ellas publicadas bajo la tutela de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, institución en la que dedicó por más de 20 años a la docencia e investigación. Cfr: <https://www.boletin.buap.mx/node/1308> Consultado 21/X/23.

⁷³Ricardo Peter, *Una terapia para la persona humana*, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, 1994, p. 9.

⁷⁴ Para un acercamiento sintético al conjunto de la propuesta, ver José A. Garza del Río, “La terapia de la imperfección de Ricardo Peter: Un aporte latinoamericano” en UPAEP Desarrollo Humano Integral y Misión, Puebla, mayo de 2016, https://issuu.com/upaep_online/docs/la_terapia_de_la_imperfeccion_de_ricardo_peter Consultado 21/X/23

⁷⁵ Ricardo Peter, *Honra tu límite...*, pp. 7 y 8.

La fragilidad en la base

La labor constante por ofrecer alguna concepción del ser humano a lo largo de la historia nunca se ha frenado, cada aportación parece desvelar alguna luz ante esa palpitante inquietud de la humanidad por comprenderse a sí misma, pero esas luces no se presentan sin algo de oscuridad, pues la multiplicidad de perspectivas también tiene como consecuencia las sombrías contradicciones entre unas y otras que desorientan, así como los distintos énfasis que priorizan, desde la pluralidad de interpretaciones, algún rasgo de ese mismo ser. Sin embargo, el flujo constante entre luces y oscuridades no deja de ofrecer una comprensión que sigue en camino, y que al continuar en marcha evidencia la antropología desde la cual puede mirarse a la persona humana, mirada siempre necesaria.

Las constantes aproximaciones al ser humano emanan una fuerza capaz de interpelar, pues hay algo en ellas que armoniza o disuena con las propias concepciones, por eso cada antropología es una especie de respuesta ante una cuestión siempre abierta, así, nuestras formas de responder a ella, más o menos conscientes, denotarán un posicionamiento que no puede evadirse pero sí profundizarse. En este sentido, la *antropología del límite* opta por darle relevancia a un ángulo imposible de abandonar al momento de mirar al hombre, el de la fragilidad y, al enfocarlo, se percata de un rasgo que sale a la luz inmediatamente y que toma la fuerza de un verdadero ‘problema antropológico’, ‘la ambigüedad de lo humano’, misma que “se arraiga en la imposibilidad de desembarazarse de su propio enigma”,⁷⁶ pues

[...] la contextura del enigma del hombre consiste en combinar, usando términos alegóricos, luminosidad con oscuridad, riqueza con pobreza, fortaleza con fragilidad. Y recurriendo a términos filosóficos, la ambigüedad que experimenta el ser humano fusiona [lo] finito [de] su propia condición con su aspiración a lo infinito; tiempo con eternidad, inmanencia con trascendencia, consistencia con insuficiencia, permanencia con impermanencia, imperfección con perfección.⁷⁷

A esta ambigüedad podríamos sumarle la constante tendencia a mezclar vejez con juventud, en un movimiento que siempre prefiere decantarse con más fuerza hacia un lado que hacia el otro. Y precisamente ahí parece radicar la hondura del problema, en no poder abandonar este ir y venir, al que se le suma el hecho de que, al posicionarse en una realidad, la tendencia del

⁷⁶ *Ibidem*, p. 15.

⁷⁷ *Ibidem*, p. 16.

hombre es terminar olvidando, negando, o rechazando el otro aspecto que también le pertenece.

No es ningún secreto que a lo largo de la historia el ser humano ha querido privilegiar el poder o la fortaleza como rasgo preferencial de su constitución y actividad, y al hacerlo, tanto la razón como la fuerza (en sus distintas manifestaciones, sean físicas, económicas, políticas o morales) han servido de soporte a esta perspectiva, basta con señalar que “en un diccionario de filosofía no figura el concepto de fragilidad, pero sí su contrario, *fortaleza* (del griego ἀνδρεία), que refiere “una de las cuatro virtudes” enumeradas por Platón en la *República*, más tarde llamadas cardinales: Justicia, Prudencia, Templanza, y Fortaleza”.⁷⁸ Y esto no sólo en la Grecia antigua, también se podría pensar en un ejemplo de comunidades indígenas en México en las que también la fragilidad parece brillar por su ausencia (al menos a nivel lingüístico), al grado de tampoco tener una palabra que la exprese por sí sola, tal es el caso del *tseltal*, que sólo tiene los vocablos *tulan* y *pisom*, para decir lo *fuerte*. Y si quisiéramos expresar la fragilidad en *tseltal*, tendríamos que hacer una construcción distinta, invertir palabras, jugar con ellas, hacer aparecer otras partículas, entonces, si introdujéramos *Ma'ba*, que significa *no* y sumamos *tulan*, lograríamos expresar lo *no fuerte*.⁷⁹

Esta última reflexión permite ver que para expresar lo frágil a distintos niveles parece que se requiere partir de la fortaleza o privilegiarla, sin embargo, también descubrimos que en ese esfuerzo por expresar otros rasgos de la realidad contingente (y en ella incluido el ser humano) podemos abrirnos a la creatividad de expresar o transformar aquello que no sólo necesita ser dicho, sino comprendido genuinamente. Esta misma apertura permite jugar con el orden que se ha preferido establecer, un invertir o mover aquello que pudo haberse estancado en una sola dirección, entonces, podrían reconocerse o encontrarse otros elementos comprensivos, otra perspectiva, así veríamos, en una interesante analogía para mirar al ser humano, que

⁷⁸ *Ibidem*, pp. 13 y 14.

⁷⁹ Otro ejemplo podría ser el siguiente: “Ma' c'ax pisom sbaqu'etal”, que se traduciría como “No tiene una salud muy fuerte”, pero que en realidad intenta expresar que “Tiene una salud muy frágil”. Las nociones en torno a la ausencia de la palabra fragilidad en esta lengua, así como los ejemplos de la unión (y significado) de otros términos para poder expresar de modo distinto lo frágil, los proporcionó Alejandro Guerrero, (misionero jesuita que por varios años vivió entre las comunidades tseltales en el Estado de Chiapas, y Francisco Guzmán, traductor tseltal de la Misión de Bachajón, en Chiapas).

[...] el hombre se convierte, usando una expresión de Jesús, en “una caña sacudida por el viento”⁸⁰ (Mt. 11, 7). Existe fortaleza porque no hay duda de que la caña resista la ráfaga de viento oscilando, temblando, fluctuando al ritmo de este. Sin embargo, su resistencia no radica en su fortaleza como equivocadamente se puede conjeturar, sino en su fragilidad. La fragilidad de la caña es el secreto de su fortaleza. Las cosas no están al derecho sino al revés de lo que pensamos.⁸¹

De ahí que la *antropología del límite* apueste por este cambio de pensamiento donde no se continúe colocando la fragilidad en un segundo plano, con menor importancia, pues desdeñarla es rechazar al ser humano en su misma constitución, más bien se trata de recuperar la ineludible e importante realidad de lo frágil, y no para olvidarse de la fortaleza, (reconocida como poder que se forma y manifiesta por distintas fuerzas que también habitan en el hombre y que le permite conducirse en la vida), sino para advertir que ese rasgo que acompaña la existencia no deja de estar permeado por la insuficiencia, por la vulnerabilidad que muestra la limitación. Y aunque “etimológicamente, fragilidad proviene del adjetivo latín *fragilis*, que a su vez se deriva de *frangere*, “romper”, por ende, fragilidad significa perecedero, fugaz, quebradizo, que se rompe en pedazos con facilidad, que es delicado”,⁸² es esta misma delicadeza la que genera una fuerte atracción a volver hacia algo donde el riesgo de quebrarse inspira, en lugar de rechazo, atención, cuidado, creatividad para preservar lo que aun siendo frágil o fugaz es capaz de implantarse o situarse en el tiempo, en la realidad. Desde esta mirada, la antropología que afronta la ‘ambigüedad de lo humano’ se empeña en mantener en su raíz el desconcierto de una fortaleza que emana desde la conciencia y asunción de lo frágil, y enraizado en esta base busca no descarnar lo humano del hombre.

A estas alturas de lo expuesto se torna interesante recuperar la atrayente concepción acerca del ser humano que nos ha transmitido el escritor y traductor mexicano Sergio Pitol. En uno de sus libros más destacados, *El arte de la fuga*, su autor explora el ir y venir de la persona humana por los distintos rincones del mundo (en una especie de autobiografía que combina tanto lugares y experiencias como géneros literarios). En las primeras páginas de esta obra saltan a la vista las cambiantes impresiones que le han dejado sus múltiples visitas a Venecia: “Cada viaje significa rectificaciones, ampliaciones, asombros, consagraciones y

⁸⁰ Mt. 11, 7.

⁸¹ *Ibidem*, p. 16.

⁸² *Ibidem*, p. 13.

desacralizaciones”,⁸³ para luego intentar dar respuesta a una cuestión que surge como consecuencia del cambio de perspectivas que se tienen ya no sólo por la experiencia de recorrer ciertos lugares, sino por la experiencia de sí mismo, de intentar comprenderse: “Uno, me aventuro, es los libros que ha leído, la pintura que ha visto, la música escuchada y olvidada, las calles recorridas. Uno es su niñez, su familia, unos cuantos amigos, algunos amores, bastantes fastidios. Uno es una suma mermada por infinitas restas”.⁸⁴

Los ecos de esas palabras siempre me han provocado un impulso no sólo por asentir con más o menos fuerza el contenido de cada frase, también he experimentado el deseo de unirme a esa aventura de decir algo más sobre uno mismo y sumarle mi propia perspectiva, entendiendo que a toda suma puede sorprenderle una resta o transformación, porque siempre puede darse un acomodo de nuevos enfoques, y así poder expresar que uno, además de su niñez, también es las otras etapas de la vida que se transitan como camino de riesgo ante la permanencia o fugacidad de los años y experiencias, uno es su vejez negada o abrazada, su adultez preparatoria, su juventud desbordante, uno es, o mejor dicho, somos, la suma y resta⁸⁵ de un cálculo ejercido desde la mirada propia y ajena, desde las experiencias que nos acontecen en nuestra breve o extensa existencia, somos esos seres humanos en un viaje, que como advirtió Pitol, está sujeto a rectificación, ampliación, asombro, así como a consagración o desacralización, y desde aquí podríamos reconocer, a la luz de su perspectiva, lo siguiente: esta aproximación a la persona ¿acaso no evidencia la paradoja que se ha venido describiendo como ambigüedad de lo humano?

Un último elemento que quisiéramos recuperar de la perspectiva de Pitol, y que consideramos fundamental para volvernos a la base de lo frágil, es lo que el escritor ha apuntado como también ser su familia, amigos y amores, pues en el reconocimiento de ellos como realidad que nos constituye, afecta e incluso fastidia tanto como alegra, se desvela “el elemento más profundo y exclusivo de la fragilidad. Lo hemos esbozado pero no declarado. La clave del enigma humano que venimos refiriendo es la necesidad de intimidad. Esta es la disposición específica de la fragilidad: alcanzar la fragilidad del otro, desde la propia fragilidad”.⁸⁶ Este

⁸³ Sergio Pitol, *El arte de la fuga*, Era, México, 2007, p. 24.

⁸⁴ *Ibidem*, p. 25.

⁸⁵ Utilizar la frase de Pitol para aproximarse al ser humano como “una suma mermada por infinitas restas”, coloca el énfasis en el carácter paradójico de la experiencia, va más allá de la perspectiva cuantitativa.

⁸⁶ Ricardo Peter, *Honra tu límite...*, p. 18.

rasgo que descubre la alteridad como aspecto radicalmente unido a lo frágil, es razón de tanta penuria y gozo para el ser humano, pues se evidencia como necesidad de los otros siempre abierta y nunca saciada, porque la fragilidad ontológica propia del ser limitado marca como una huella que emana en la existencia y que se torna incapaz de superar el límite a pesar de estar dispuesta al encuentro y a la comunicación. Pese a ello, se apuesta porque “La conciencia de la propia fragilidad nos especializa en compasión por nosotros y por otros. Quien no acompaña su fragilidad desprecia la ternura”,⁸⁷ es decir, desdeña ese tender delicado, ese modo de conducirse de un lugar a otro, de una persona a otra (o al interior de sí misma) con suavidad, reconociendo que se mueve en un lugar habitado por la vulnerabilidad de un ser entre la luz y sombra de sus límites, o lo que es más desconcertante, que yace en él.

Acercándonos al límite

Se pretende profundizar el límite en el ser humano con un lente filosófico que muestre la constitución ontológica y existencial de este ser situado que no se cansa de intentar comprenderse a sí mismo. Pero antes de centrarnos en este objetivo, podríamos explorar otras imágenes literarias que ayudan a pararnos en el límite desde distintos frentes, a traer el límite a nuestra imaginación en un juego que nos deje atisbarlo más allá del ámbito filosófico. Para ello, quisiéramos recuperar rasgos de la antigua y mitológica narración de *El Minotauro*,⁸⁸ pues esta fascinante herencia del mundo griego no deja de cautivar por la riqueza de sus elementos y por las reflexiones que provoca. Sin recrearlo en su totalidad queremos recordar lienzos de este mito, jugar con los recuerdos de su temática desde el privilegio o riqueza que dan las nuevas interpretaciones.

Imaginemos un enorme laberinto, constituido por infinidad de paredes que trazan los múltiples límites con los que choca todo aquel que yace en el interior de sus muros; reconozcamos la altura de esas bardas, el material del que han sido construidas, la distancia o cercanía con la que nos situamos de cara a cada ángulo o frontera que nos rodea. El laberinto fue construido por Dédalo, el brillante artesano de la corte del rey Minos; es una construcción diseñada para albergar al minotauro, esa especie de monstruo, mitad hombre mitad toro, que

⁸⁷ *Ibidem*, p. 20.

⁸⁸ Para la recuperación de este mito utilizamos la traducción y síntesis temática de Brittany García. Ver Brittany, García, "El Minotauro", traducido por Montse de Paz en *World History Encyclopedia*. Última modificación septiembre 2013. <https://www.worldhistory.org/trans/es/1-423/el-minotauro/> Consultado 4/XI/2023.

gustaba alimentarse de la humanidad. Para saciarlo, Minos impuso a Atenas (para vengar la muerte de su hijo Androgeo) el castigo de ofrecer a ciudadanos atenienses como alimento del minotauro. Todo aquel que entrara a ese laberinto tendría dos posibilidades: matarlo o ser devorado por él (aunque también podemos imaginar el riesgo de ni siquiera encontrarse con el minotauro y morir de hambre y perdido entre los innumerables recovecos de ese lugar). Así fue por algún tiempo, hasta que las posibilidades se pudieron ampliar, no se rompieron las paredes, ni cambió el hecho de habitar los límites, hubo otros elementos que entraron en juego. Llegó Teseo a Creta, un ateniense decidido a terminar con el minotauro y así salvar a su pueblo de la constante muerte de jóvenes en boca de este voraz monstruo. Su llegada permitió que conociera a Ariadna, y que ambos se sintieran enamorados. El amor los llevó a idear otras formas de conducirse por los límites de esa realidad laberíntica y la creatividad de Ariadna le llevó a sugerir un ovillo de hilo por el que Teseo pudiera conducirse a través del laberinto, y así, si lograba matar al monstruo, pudiera salir de ahí. Lo que parecía imposible se logró, Teseo mató al minotauro. Podríamos reflexionar que este ateniense no evadió esa realidad, la asumió con nuevas herramientas, y no podemos negar que su fuerza fue apoyada por el ingenio de los otros, así como por la delgadez y fineza de un hilo ofrecido por Ariadna, el cual, aún con el riesgo de romperse, fue clave para lograr el objetivo planteado. Ahora bien, que Teseo saliera de ese concreto laberinto no quita que no volviera a encontrarse con los límites, porque siempre habrá más circunstancias que evidencien la realidad limitada que afecte tanto a los seres mitológicos como a los seres vivientes (y especialmente a los seres humanos), así como otras formas de conducirse a través de los límites desde la conciencia y la asunción de éstos.

El anterior ejercicio permite ver cómo desde el recurso que ofrecía el mito, con su característico ropaje de fantasía, se intentaba ofrecer una interpretación de la realidad que sorprende e interpela por su carácter de limitación, manifestando así la inquietud del hombre por no ser indiferente a aquello que le pide mayor comprensión. Desde estos primeros relatos, vemos que no se ignora el límite, y que la mayoría de las veces se intenta superar bajo distintas formas, sea a través de seres mezclados fantásticamente en la unión del hombre y el animal, como es el caso del minotauro, o en Teseo, con la unión del hombre y los dioses, y no sólo este límite enmarcado en unión de seres distintos busca ser traspasado, también el que se impone desde el tiempo y la muerte, como en el caso de la primigenia y famosa

epopeya de *Gilgamesh* (por proponer otro ejemplo) donde también se ofrece un anhelo de la eternidad que busca franquear lo contingente y temporal.

Si pausamos el mundo de la literatura, con los elementos comprensivos que ya nos ha ofrecido (y con la infinidad de ejemplos que podríamos seguir encontrando) para situarnos de nuevo en la antropología que nos ocupa, podemos poner al ser humano al centro de nuestra discusión, y al hacerlo, el énfasis queda en que se trata de un ser “postrado, frágil, desvalido, impermanente [...] Del ser que fracasa y produce errores hasta el instante mismo en que exhala su último aliento”,⁸⁹ y son precisamente todos estos elementos constitutivos los que desconciertan al ser humano al punto de intentar cubrirlos o negarlos a través del énfasis y predominio en la fuerza de lo racional. A pesar de ello, se torna necesario precisar que el interés de la *antropología del límite* “no tiene como objetivo primario la “comprensión” del ser del hombre sino la compasión por el hombre, que es otra forma más elevada de comprensión [...] Etimológicamente, *comprender* dice también “abrazar”, “acoger” y por extensión “aceptar”, “perdonar”-. El verbo comprender posee una nota afectiva. En este caso, la comprensión es también aceptación”.⁹⁰ Esta otra forma elevada de comprensión se revela en la posibilidad que alberga el ser humano de ser compasivo ante la humanidad propia y ajena. En este enlace vital capaz de darse entre el ser y la existencia del hombre limitado y la comprensiva respuesta encarnada por la compasión y aceptación, se juega el verdadero cauce de lo humano.

En este punto de la reflexión y desde el avistamiento filosófico enunciado se torna necesario explicar ¿qué es el límite?, o ¿cómo lo entiende esta antropología que lo reconoce como constitutivo del hombre? Ricardo Peter introduce un acercamiento al límite como el “primer dato perceptible, primordial en el sentido de que es lo primero que funda nuestra experiencia como hombre” [...] Al ser el primer dato (del latín *datum*, dado), además es algo regalado, algo recibido pasivamente, y por lo mismo algo que nos pertenece”.⁹¹ En este sentido, el límite ofrecido desde el ámbito de la experiencia parece imposible de negar, pues se da con una gratuidad y constancia que moviliza, se muestra y se da como impulso primero que sorprende y pone en camino dinámico de lo real, se nos ofrece por la realidad misma, es parte

⁸⁹ Ricardo Peter, *Honra tu límite...*, p. 27.

⁹⁰ *Ibidem*, p. 28.

⁹¹ *Ibidem*, p. 30.

de ella, y nuestra experiencia lo constata, así que nos pertenece querámoslo o no. Pero no sólo es lo primero que se ofrece, “el límite es también lo último, cuando nos remontamos hasta lo más profundo e intrínseco de la realidad”,⁹² cuando queremos ir más allá de lo ofrecido, cuando no nos contentamos con lo que nuestra experiencia recibe, cuando las búsquedas profundas o elevadas no pueden agotarse, de ahí que el límite nos abrace por un lado y por otro, sea tirando hacia lo eterno o hacia lo temporal, hacia el principio o el fin, hacia lo primero o lo último. Y si damos otro paso en la significación de este término también podríamos decir que al igual que la fragilidad, el límite tampoco ha gozado de buena fama, o en otras palabras, que ha sido encasillado en una sólo perspectiva, pues “El concepto de límite presenta un significado puramente negativo en los diccionarios de filosofía. Efectivamente, leemos que límite significa “negación de ser”, “negación de continuidad” o negación de permanencia”.⁹³ Desde esta perspectiva, dicho concepto se torna como aquello que frena o imposibilita algún proceso de constitución o acción, entonces, fácilmente podría mirarse desde los lentes que evocan la carencia o privación en todo su esplendor. Pero ¿hay otra forma de comprender el límite?

Despejando lo meramente negativo del límite

Si volvemos al recurso literario para ayudarnos, metafóricamente, de la realidad que suscita el laberinto en el mito apuntado, reconocemos que el laberinto material enmarca unos contornos reales, físicos, y en este sentido señala el límite impidiendo como consecuencia innegable el hecho de ir más allá de sus fronteras, de sus demarcaciones, sin embargo, si de algo puede estar seguro Teseo y el minotauro es de la realidad laberíntica que les afecta, de su afirmación, es decir, de la implantación y solidez que se manifiesta y que hace notar el carácter de lo real, además de la privación impuesta o dada, por tanto, ese límite, negando, también afirma realidad, por ello podemos decir lo siguiente:

El límite no sólo “anuncia” la negación de algo, sino que paradójicamente anuncia también lo que “es” [...] El límite es una forma de ser real. Es en este sentido que lo limitado posee un carácter de consistencia” [...] Todo lo que es limitado es consistente. Está fundado, es resistente, convincente, persuasivo. Prueba que algo “está”. En sentido riguroso, el término consistencia denota “algo-que-perdura”, porque es *cum, sistere*, algo implantado, colocado, situado.

⁹² *Ibidem*, p. 31.

⁹³ *Idem*.

Así pues, el límite es la condición de todo lo que es; la realidad postula el límite. Podemos decir que el límite es la consistencia de lo realmente existente; [...] significa consistencia e insuficiencia. El límite, en cualquier grado o forma de realidad, “es”, pero ser es revelar privación. Ser es ser insuficiente⁹⁴.

Tremenda paradoja encontramos en lo que evoca el límite, la que nos deja ver un rasgo de consistencia que persuade por la sorpresa de mostrar sostenimiento en la insuficiencia. Y es que parece que necesitamos de la conciencia de estas contradicciones para enriquecer las perspectivas sobre la realidad, pues el carácter de ambivalencia nos abre la posibilidad de abarcar otros elementos que enriquecen los significados, las experiencias, o que simplemente se vuelven camino para acercarse lo más posible a la complejidad de lo existente y dentro de ello, al enigmático ser humano desde su constitución hasta el despliegue propio de su existencia. Esta nota de la insuficiencia en el ser se torna tan interpelante que mueve los mismos cimientos donde se monta éste (especialmente con toda la tradición que expresa una ontología de suficiencia, perfección y permanencia); con este enfoque distinto parece como si se constriñera al ser, como si fuera apretado en una especie de torniquete que delimita, aprieta, priva, sin embargo, de fondo evita que la realidad del ser se desangre, se disuelva, también limita para conservar la fluencia de lo real, para afirmarlo.

La infranqueable realidad del límite atraviesa toda la realidad, su presencia es provocadora, pues porta las contradicciones que en algunos casos pueden atentar contra los principios lógicos privilegiados en la historia de la filosofía, pero no atentan contra el vaivén de una humanidad tan consistente como insuficiente, la cual está llamada a profundizarse integrando la presencia del límite, porque al intentar prescindir de él se diluye la posibilidad de resistencia, cuando el límite se borra, “Ya no se está implantado en ninguna parte. Sencillamente no se está. “Desprenderse” del límite es “salirse” de la realidad. La alternativa a la realidad es la idealidad, la abstracción que puede ser completamente ilimitada. En todo caso, “separada” de la existencia”.⁹⁵ Y una comprensión del ser humano separada de su existencia corre muchos peligros, entre ellos el de mantenerse indiferente al tránsito que provoca la experiencia en las distintas etapas de la vida, una de las cuales, la vejez, tampoco es ajena a las paradojas en sus significados e interpretaciones.

⁹⁴ *Ibidem*, p. 32.

⁹⁵ *Ibidem*, p. 33.

Límite y vejez

La vejez es de esas realidades que han sido continuamente identificadas con una fuerte referencia al límite, y en concreto con un innegable predominio de su carácter de privación. Las personas ancianas se enfrentan no sólo al declive biológico y natural que va transformando su organismo, y que es imposible negar o frenar, además, tienen frente a sí la posibilidad de reconocerse en el límite que se expresa con nuevas formas en la vejez (entendiendo estas nuevas formas como necesidades que no se reducen a lo meramente biológico), es ese aspecto de lo posible el que también deja abierta la potencial negación o resistencia a las manifestaciones de la limitación propia o ajena; aceptar o negar el límite no dependerá solo de los diferentes ritmos establecidos por la condición biológica actual, también entran en juego otros rasgos, cuya expresión nos hace atisbar que la vida en la vejez, de cara al límite, está abierta a la desvelación de otros aspectos importantes que no están separados de la dimensión ontológica y existencial del ser humano, y que pueden dar un más allá de la mera privación.

Para hablar de la vejez, y lo que es más, para acercarse un poco a la comprensión de ella en los horizontes planteados por el límite, es necesario no perder de vista la necesaria relación existente entre la persona anciana y la sociedad de la que es parte (misma que alberga la infinidad de manifestaciones culturales tanto como la peculiaridad de individuos que la conforman), pues es en este entramado de relaciones e imaginarios colectivos donde se gestan las pertenencias o desarraigos, donde se van construyendo los significados que dibujan la realidad societal y las referencias que van planteando los modos de verse a sí mismo. Cómo se entienda o defina la vejez jamás dejará de afectar a los ancianos que son parte de ese pequeño universo social, ni a quienes aún no se consideran en esta etapa de vida. Y es que el modo de entender, definir, o nombrar algo, puede darse desde lo más básico, como las palabras o expresiones que forman parte de una lengua y que nos quedan tan a la mano como articular o escuchar ciertos vocablos. Por ejemplo, “Los indios nambikwaras —cuenta Levi-Strauss— tienen una sola palabra para decir “joven y bello” y otra para decir ‘viejo y feo’”,⁹⁶ entonces, así como la fragilidad y el límite, vemos que también la vejez puede manifestar un

⁹⁶ Simone De Beauvoir, *La vejez*, pp. 11 y 12.

rasgo predominante cuando es llevada con fuerza hacia un solo horizonte; esta pequeña sociedad indígena optó por enfatizar un aspecto en el modo de referirse o entender la vejez, y a pesar del influjo que ha dejado entre los suyos, esa descripción (en este caso específico desde el aspecto de la fealdad o de la belleza) no abarca, y menos agota todo lo que podría decirse de la vejez, ni por derivación, de la juventud.

La vejez al igual que el límite (en la hondura de sus significados) posee rasgos con valiosas perspectivas, pues

[...] una de las raíces latinas para referirnos a la vejez, *vetulus* (de *vetus*, *eris*), viejo -que es un concepto más amplio que *senex*, *senis*, anciano-, alude no sólo a algo gastado, antiguo y pasado, sino que, por extensión, revela también algo arraigado, firme y establecido, que detenta una larga duración y que, finalmente ha alcanzado su cumplimiento. Pareciera entonces que los términos *vejez* y *límite* coinciden en señalar al mismo tiempo ambos sentidos de insuficiencia y de consistencia.⁹⁷

Esta referencia es importante porque muestra la riqueza de las raíces etimológicas en las que se nutren las referencias en torno a la vejez. Vemos cómo el límite, sin dejar de expresar privación, negación o carencia, remite al mismo tiempo a la consistencia, lo arraigado, lo establecido, que es evidencia de lo real, y que no deja de sorprender en este carácter de lo paradójico, tan propio y peculiar de lo humano, y de aquellos aspectos que le afectan, como lo son las palabras, sus raíces y significados.

Desde las etimologías latinas, otro de los vocablos que han sido utilizados para expresar la vejez ha sido el de senectud, de “senectus, a, um, viejo, senil, envejecido”,⁹⁸ sin embargo, vale la pena detenerse en un aspecto interesante sobre las raíces que le anteceden y con las que pudo construirse esta palabra, “La raíz indoeuropea *sen- designa al viejo y otra variante de la raíz *sent a la acción de tomar una decisión o dirección, de dirigirse. [...] el latín en sus formaciones desde el principio las identifica y contamina, y las siente como raíz única”.⁹⁹ De este modo, si nos dejamos contaminar, afectar por la extensión que se abre desde las raíces

⁹⁷ Ricardo Peter, “Visión Humana de la Vejez. Un enfoque desde la antropología del límite” en Nélida Asili, *Vida Plena en la Vejez. Un enfoque multidisciplinario*, Pax México, Ciudad de México, 2004, pp. 246-252, p. 248.

⁹⁸ Julio Pimentel, *Diccionario latín-español español-latín*, Porrúa, Ciudad de México, 2017, p. 710.

⁹⁹ Valentín Anders, *Diccionario Etimológico Castellano en Línea*, <https://etimologias.dechile.net/?senectud#:~:text=La%20palabra%20senectud%20procede%20del%20del%20juventud%20la%20condici%C3%B3n%20del%20iuvenis>. Consultado 13/XI/23.

latinas también podríamos reconocer estos rasgos de la senectud donde la decisión y dirección en torno a la propia vida (con sus innegables formas de limitación) no tienen por qué estar alejados de la acción de los ancianos; en la vejez, la posibilidad de dirigirse a sí mismo hacia los intereses propios siempre puede ser fuente de la que emana abundante vida; despojar o ignorar estos otros significados puede ir no sólo más allá del desconocimiento de las raíces, también podría llevarse a una dirección de despojo sobre algo tremendamente valioso para el ser humano que ahora puede estar anciano: dirigirse y orientarse desde las propias decisiones. Si no hay posibilidad de transformar los enfoques, más difícil será transformar la vida misma.

Una última referencia etimológica que notar sobre la vejez y su relación con el límite tiene que ver con el vocablo ya citado para referirse a la ancianidad *senex*, y es que “cuando alguien muy anciano perdía su buena memoria o sus facultades mentales, los romanos preferían calificarlo como “*aetate provectorus*” (cargado de edad, que arrastra su edad o lastrado por su edad). La palabra *senex* nunca es despectiva, ni tampoco el adjetivo *senilis*, que entre nosotros por su asociación con demencia u otros defectos propios de la edad, adquiere un sentido devaluador”.¹⁰⁰ Sin embargo, vemos que las palabras y sus sentidos no son inmóviles, y menos universales, pues en el decurso de la historia, y a través de las distintas sociedades (con sus manifestaciones culturales propias) va apareciendo el fluir de movimientos que se abren a distintas perspectivas. Con los ejemplos hasta ahora citados vemos que la vejez o ancianidad puede ir más allá de significaciones que enfatizan solo los achaques o el declive orgánico, y que el límite, parte de la vejez y de cualquier etapa de la vida, cuando es reconocido en la hondura de la constitución ontológica, y en las manifestaciones de la existencia, también puede nutrirse de otras miradas.

Recuperando la relación dada entre fragilidad y límite, ahora también establecida desde otros enfoques sobre la vejez, podemos ubicar, de manera metafórica, la huella de la fragilidad que también yace en la hondura o raíz de las palabras, pues están sujetas a romperse en partículas, a quebrarse por el desmembramiento de prefijos o sufijos que parecen resistirse a una sola unión, sin embargo, en ese carácter de lo frágil también quedan abiertas a construir nuevas palabras o expresiones como ya lo pudimos ver en el caso de la lengua *tseltal* y otros ejemplos

¹⁰⁰ *Idem.*

apuntados, porque la fragilidad habita tanto a las palabras como a los hombres, de ahí que al acercarnos a ellas, al jugar con sus construcciones, y al desvelar sus nutridos enfoques, algo nos ilumina en la comprensión del ser humano, algo nos desvela de él, de ahí la importancia de no pasar sin detenerse por la fragilidad y fuerza de las palabras, las cuales se difunden en la sociedad y en la percepción de nosotros mismos (y de los otros), con más influencia de la que podríamos pensar.

Antes de retomar nuestra exposición en torno a la propuesta antropológica explorada, quisiéramos incluir un último ejemplo, ya no desde las raíces latinas sino desde la experiencia paradójica de cómo puede pensarse, definirse o comprenderse la vejez frente al límite. Esta referencia la encontramos en Montaigne, y nos parece interesante porque en la hondura de su intención está el poder expresar la propia experiencia sobre esta etapa de la vida, así como sus consecuencias. Montaigne, ante la vejez “se niega tanto a burlarse de ella como a exaltarla. Quiere extraer su verdad. Personalmente, no cree que lo haya enriquecido. Contra el optimismo moralizador de Platón y Cicerón, contra las pretensiones de los viejos a la sabiduría, invoca su propio testimonio”.¹⁰¹ Este ejercicio de sinceridad lo lleva a manifestar lo siguiente: “Desde hace un largo trecho de tiempo he envejecido, pero más sabio, desde luego no lo soy ni un ápice”.¹⁰² La franqueza testimonial de Montaigne se muestra persistente al continuar escribiendo y reflexionando en torno a lo que le sucede, y según la exposición que nos hace Simone de Beauvoir sobre los escritos de este pensador, se nota una clara preferencia por la juventud en lugar de la vejez, y pese a no reconocer aumento alguno de su sabiduría como consecuencia de los años, el rigor autocrítico del que es capaz en sus escritos nos hace ubicar un interesante dato, “una curiosa paradoja que, si bien se le escapa, salta a los ojos del lector: los *Ensayos* se fueron convirtiendo en un libro cada vez más rico, íntimo, original y profundo a medida que el autor avanzaba en edad. Esas hermosas páginas ásperas y desengañadas sobre la vejez, no hubiera sido capaz de escribirlas a los 30 años. En el momento en que se siente disminuido es cuando es más grande”.¹⁰³ De estas paradojas podemos sorprendernos no sólo a nivel literario, sino también existencial, y el reconocimiento de su presencia en la vida misma, no es para desdeñar el propio testimonio,

¹⁰¹ Simone De Beauvoir, *La vejez*, p. 190.

¹⁰² *Ibidem*, p. 190.

¹⁰³ *Ibidem*, p. 191.

sino para enriquecerlo con los lentes que dan los otros, por los que también podemos constatar la consistencia en la insuficiencia o la grandeza en la disminución.

Ser-en-el-límite

Ante el desconcierto de estar hondamente abrazado por el límite, brota inevitable la pregunta sobre la función de éste. Ricardo Peter expone cómo la presencia y comportamiento del límite afecta de distintos modos según sea el grado o forma de la realidad, de ahí que, al tratarse de los minerales, vegetales, plantas u hombres, deben advertirse repercusiones distintas. En todas estas realidades el límite tendrá la función de producir limitaciones, precisando que este producir tiene que ver con el dato paradójico de dar consistencia a la insuficiencia, y aunque esta primera aproximación se torne escueta, las direcciones a la que apunta y que podemos seguir se revelan más esclarecedoras. Peter se detiene en destacar la forma tan peculiar con la que el límite afecta al hombre, es decir, focaliza la manera tremendamente compleja en que el límite funciona en el ser humano a diferencia de otros seres, y enfatiza de modo más directo la clara distinción entre el animal y el hombre frente al límite, pues en el animal éste es dado por “su-puesto”, no hay desconcierto, interrogatorio, ni reflexión alguna por la que se atisbe un rasgo de atención al respecto, mientras que el hombre sí se reconoce “puesto” en él límite, hecho que jamás le deja indiferente, y aunque intente sacarle la vuelta no puede evitar ser cimbrado por él, porque

La funcionalidad del límite afecta al hombre en todo su sistema completo, entendido como realidad psicoorgánica. De ahí que la antropología del límite defina el ser del hombre como “ser-en-el-límite”. Por ser limitado en su corporeidad y en su psiquismo, el hombre revela una imborrable marca de complejidad debido a que en la raíz misma de su sustantividad, el límite se asienta como consistencia de la propia insuficiencia [...] El hombre está literalmente tendido en el límite o el límite yace en la esfera de la existencia, en la dimensión más profunda, en su “santuario” ontológico. Desde este santuario, el límite opera copiosamente sobre todo la realidad psicofísica.¹⁰⁴

Peter continúa describiendo, en otras palabras, y haciendo referencia a términos tradicionales, que esta constitución estructural del ser del hombre podría ser descrita como un alargamiento desde la esencia a la existencia completa. Alargamiento por el que la existencia no deja de ser problemática, pues dibuja un devenir tan real como perecedero, pues la primera fuente de

¹⁰⁴ Ricardo Peter, *Honra tu límite...*, p. 34.

movimiento afirmativo en el ser del hombre por la que es tal, está al mismo tiempo fluyendo por demarcaciones imposibles de franquear, por un cauce limitado que genera en la experiencia del hombre contradicciones, incoherencias o desacuerdos en lo que va viviendo. Se trata de una especie de desarmonía por la que, aunque intente definirse seguirá siendo incompleta su definición (siempre abierto a las nuevas respuestas sobre sí), a pesar de tomar decisiones le habitará una huella de indecisión, y aunque esté atento a la contradicción que sacude su razón y a través de la cual intenta rebelarse en la búsqueda de una conformidad lógica, seguirá siendo un ser contradictorio, frágil, estructuralmente limitado, que expresa su peculiar existencia desde las funciones desarmonizantes del límite (lo cual también es expresado como afirmación del límite en la imperfección). De este modo, el dinamismo de una constitución erigida en el suelo del límite tal y como Peter sostiene, no puede evitar la ineludible afección en el ejercicio del ser, de ahí que las operaciones que el hombre es capaz de ejercer y que se enmarcan en movimientos que tocan lo cognitivo o volitivo estarán siempre abrazadas por el límite: comunicarse, amar, comprender, aceptar, relacionarse, desear, son ejemplos de estas operaciones limitadas, con rasgos innegables de imperfección.

Cuando se habla del hombre como “ser-en-el-límite” “se quiere enfatizar que “El verbo “ser” alude a la pluralidad de dimensiones ontológicas que confluyen en el hombre. La expresión “en-el-límite” se refiere a la manera como se “sostienen” tales dimensiones. El ser del hombre es biológico, psicológico y espiritual: la última de estas dimensiones, además de construir la dimensión específica del hombre, reagrupa y da unidad a la multiplicidad de dimensiones”,¹⁰⁵ por tanto, el énfasis que esta antropología pone en la dimensión espiritual, nos recuerda Peter, no es para distanciarla ni incomunicarla con las otras dimensiones, sino para subrayar su tarea unificadora, y al mismo tiempo, expresar la diferencia fundamental que provoca la función del límite en el hombre, porque éste se manifiesta con rostro de necesidad (así se expresa), pero a diferencia del animal, el ser necesitado le descoloca de tal forma que no puede evitar indagar sus necesidades, husmearlas en un continuo rastreo que se abre a la posibilidad de no quedarse solo en la necesidad, es decir, por la dimensión espiritual el hombre es capaz de escrutar lo que le gritan sus necesidades, cosa imposible para los animales o para cualquier

¹⁰⁵ *Ibidem*, p. 36.

otro organismo viviente. Este ir más allá de la necesidad es el resultado antropológico más rico y específico del hombre, y el que la *antropología del límite* llama indigencia.

La indigencia

Hemos llegado al aspecto más fundamental para la *antropología del límite*, el cual necesita ser desmenuzado en aproximaciones a partir de lo que Ricardo Peter expone al respecto, y así poder ubicar la peculiaridad del ser indigente, como rasgo diferenciador del hombre que más que brindarle un privilegio le implica la asunción de un verdadero desafío. La fragilidad del ser humano que evidencia una constitución atravesada por el límite, y que se expresa también en la existencia con huellas de necesidad, exige una comprensión desde el ineludible hecho de no poder ser indiferente a las necesidades que habitan al ser humano. Pero ¿qué implica para el hombre ir más allá de la necesidad? ¿Cómo entender la indigencia?

“El desplazamiento de la necesidad a la indigencia acontece en la capacidad de tomar conciencia del límite”.¹⁰⁶ Y esta es una toma de conciencia que les ha sido negada a los animales, pues Peter nos recuerda que ellos viven la necesidad como una dictadura que les marca instrucciones, que les obliga y ata al ejercicio de su comportamiento establecido, lo cual también podría traducirse como un confinamiento en la necesidad de la cual es imposible autodistanciarse; el animal es ignorante de su límite, porque “aunque “yace” sobre el límite, no lo encuentra. No “sabe”, diríamos, cuál es su límite [...] Pero, extrañamente, esto vuelve su existencia ligera, sostenible y soportable. En realidad, el animal es un prisionero imperturbado de su necesidad”,¹⁰⁷ lo cual implica no estar enemistado o inconforme con su ser limitado, no se siente entristecido por el límite, ni reprocha su condición, y es que tampoco tiene a quien reprochársela, no se encuentra a sí mismo ni a los próximos, pues “donde no se encuentra el propio límite, tampoco se encuentra el límite de los otros; no hay posibilidad de co-incidir con la vida de otros”.¹⁰⁸ Para el hombre, esta posibilidad de coincidencia que se le ha dado es única respecto de los demás seres vivientes, por ella, enfatiza Peter, somos jalados al mundo de los otros, a ese entramado que provoca una vida con conocimiento de sí y del *alter*, es decir, nos descubrimos como posibilidad de encuentro con semejantes con quienes

¹⁰⁶ *Idem.*

¹⁰⁷ Ricardo Peter, “Visión Humana de la Vejez...”, p. 248.

¹⁰⁸ Ricardo Peter, *Honra tu límite...*, p. 37.

se comparte una condición limitada pero no ajena, porque hay forma de descubrir la propia realidad constitutiva, de afectarse por ella al punto de no quedarse encerrado en uno mismo, es posible ser capaz de además de ir al propio interior, dirigirse al interior del otro, de adentrarse a su mundo interno, y establecer un camino de afección mutua en orden a la constitución limitada que se es y experimenta, lo cual para nada vuelve la existencia ligera como en el caso de los animales; la indigencia nos pone frente a una realidad existencial pesada, pero paradójicamente, ese mismo peso es el que posibilita llevar la carga, nos da soporte, solidez, contrapeso, se trata de una especie de entrenamiento que permite caminar la existencia con más pies que los propios.

La indigencia nos deja una huella profunda, y con lo que se acaba de exponer ya se ha ofrecido un bosquejo sobre lo fundamental de la propuesta en torno a este ser indigente. Toca seguir avanzando en esta dirección desveladora, porque Peter precisa lo ya anotado, pero ahora nombrando propiamente los movimientos de la indigencia: centrípeto (de cara al propio límite) y centrífugo (más allá del propio límite o tendencia al otro). Ambas direcciones movilizan, dirigen, intentan ensanchar el horizonte del límite llegando a manifestar el contenido de la indigencia, es decir, su misma trascendencia, refiriendo un más allá ejercido por el hombre que se para en el límite y, al hacerlo, se trasciende mirando su raíz más profunda, pero inevitablemente, también despliega su mirada lo más extensa posible, en una especie de telescopio que le permite expandir la vista más allá de sí. Pero si el hombre mira su propia raíz, si se ubica en su límite, es porque está en verdadero suelo antropológico, lo cual no solo nos dice trascendencia, también nos habla de un carácter necesariamente inmanente, pues se trata de una hondura desde el propio límite constitutivo, porque el hombre, aunque es lanzado más allá de sí, no se puede deslindar de su límite, éste lo acompaña en la travesía hacia lo otro, sin posibilidad de desarraigo (pese a cualquier negación de él). Por tanto, es necesario decir que para la *antropología del límite* la indigencia es al mismo tiempo trascendente e inmanente, una busca colocarse en la altura (que permite autodistanciarse), y la otra en la profundidad (en una hondura que sostiene), lo cual no implica contradicción, sino complementariedad indudablemente paradójica.

Nos queda pendiente ofrecer dos aspectos de suma importancia para comprender la indigencia en el sentido que la *antropología del límite* propone. Y nos referimos a lo que

Peter llama en la indigencia su significado y su modalidad. Lo primero se deriva de la función que ejerce la indigencia para abrir al hombre hacia aquello que va más allá de él, en este sentido el ser indigente queda inevitablemente abierto desde su límite al límite y mundo del otro, es decir, queda destapado a aquellos semejantes con los que se afecta desde una evidencia que hace reconocer que no nos bastamos a nosotros mismos, porque “la indigencia que sufre el hombre es fundamentalmente carencia, no de objetos sino de ser [...] Pero tratándose de un ser que se abre, la definición del hombre como “ser-en-el-límite” queda ulteriormente enriquecida por lo que ahora se propone como significado antropológico de la indigencia: su carácter relacional”.¹⁰⁹ Expresado este rasgo significativo de la indigencia, además de confirmar las aproximaciones al hombre siempre abiertas y sujetas a enriquecimiento, se indica el engarce de participación con los otros, que intenta proteger (desde el carácter relacional del ser humano) del constante peligro de la autosuficiencia destructiva y excluyente. Defensa que no se logra sin el sufrimiento que evidencia la libertad de un ser limitado, imperfecto, que se equivoca en el decurso de su pesada y rica existencia.

Lo segundo, esto es, la modalidad de la indigencia se muestra como consecuencia de la vital travesura que nos juega la indigencia desde su significado antropológico, pues una vez abierto el ser humano, en una apertura confusa e inquieta se vislumbra una innegable vulnerabilidad, ante la cual la reacción correspondiente será cubrirse, cerrarse en un indeciso movimiento que no puede evitar su disgusto con el destape que lo evidencia frágil. Peter sostiene que la modalidad de la indigencia es la paradoja, y desde esta figura se desvela la forma de comportamiento de la indigencia en el hombre, desde el proceder paradójico que no solo apunta a notar paradojas en la existencia, sino que evidencia que la existencia misma tiene esta figura, pues como se había anotado antes, la ambigüedad de lo humano está en no poder abandonar este abrir y cerrarse, brincar tan alto como caer tan hondo, eso vuelve al hombre un ser enigmático, imprevisible, y en constante “riesgo de perder su propio “significado” antropológico tanto por “arriba”, desconociendo su trascendencia, como por “abajo”, rechazando su inmanencia. Dejando de relacionarse con su propio límite o con el límite del otro”.¹¹⁰

¹⁰⁹ *Ibidem*, p. 40.

¹¹⁰ *Ibidem*, p. 47.

Gracias a la indigencia, enfatiza Peter, vemos emanar infinidad de deseos que se trasforman, y que son tan abundantes e insaciables que llevan a provocar acciones y sentimientos con esta misma marca paradójica, de ahí que la modalidad del ser indigente nos lleve a expresar, “¿Qué más paradójico que ser limitado y al mismo tiempo incolmable? ¿Saltar a lo infinito desde un “trampolín” finito? ¿Asirse a la inmortalidad en el mismo instante en que se muere? ¿No es también una paradoja nacer para ir derecho a la muerte?”.¹¹¹ Acaso no tiene esta misma sazón existencial querer vivir más tiempo, pero sin asumir las consecuencias de los años, o, dicho de otra manera, intentar prolongar la vida sin asumir las consecuencias de una vitalidad orgánica que mientras más viva, más envejece. Y cosa parecida sucede a la hora de comunicarse entre semejantes, pues “La existencia es comunicación; sin embargo, en la misma tentativa de autorrevelarse, el hombre se cubre. La palabra es opaca y, por otra parte, el silencio no es mudo, sino una forma de comunicación”.¹¹² Mientras seamos indigentes no nos abandonarán estos movimientos paradójicos. Estaremos en un camino, que por la conciencia de la necesidad no es solo biológico sino también antropológico y sujeto a la reflexión que posibilite comprenderse más como ser humano.

Indigencia y vejez

Somos necesitados y en constante estremecimiento por nuestras necesidades. Todas las etapas de la vida están permeadas por la experiencia de carencia. A estas alturas de la reflexión y con la exposición hecha en torno al límite podemos entender las razones (reconociendo que la limitación también nos afirma en la realidad). Pero si hay algo que puede marcar hondamente la experiencia de la fragilidad con todo lo que alberga, ser limitado, necesitado y en evidente indigencia, es la etapa de la vejez, ahí somos vulnerables en grado extremo, y sin la promesa de transformación física favorable como la que se goza en la niñez, donde a pesar de compartir en gran medida lo frágil, la conciencia de la limitación pasa una factura distinta. Y decimos somos vulnerables porque “El anciano somos nosotros:

¹¹¹ *Ibidem*, p. 43.

¹¹² *Idem*.

dentro de poco, dentro de mucho, inevitablemente de todos modos, incluso si no lo pensamos”.¹¹³

Hay sociedades que pueden deshacerse de los ancianos, pero no podrán deshacerse del eco de la vejez, de ese sonido que nos canta humanidad, que nos habla de personas con las que compartimos la experiencia de estar vivos y la riqueza de poder estar comunicados. No hay humanidad sin vejez, como no la hay sin adultez, juventud, niñez, sin personas, y podríamos cambiarle el nombre al periodo de vida o especificar, según época y cultura, lo que pensamos como propio de cada etapa, pero no podemos cambiar el estar en relación como seres limitados e indigentes. Así que pensemos o no en la ancianidad, queramos comprenderla o evadirla, ignoremos o atendamos las voces de los ancianos ante sus necesidades, seamos indiferentes o compasivos con ellos, lo cierto es que es necesario reconocer y apreciar nuestra fragilidad compartida y sus distintos destellos. Este aprecio implica detenerse y ver que la vejez, como vulnerabilidad en su gran expresión, es vulnerabilidad de todos, pese a aquellas promesas diversas que se imaginan con el devenir de los años y la transformación de las fuerzas. Comprender la vejez, con su fragilidad y riqueza (que puede emanar de esta misma fragilidad), es comprenderse a sí mismo como ser humano. Esta cercanía comprensiva nos lleva a afectarnos por las injusticias que desvelan indiferencia o marginación hacia las personas ancianas, y dicha afección nos impulsa a decir algo al respecto.

Por la indigencia, los ancianos experimentan una realidad existencial que marca hondo, esta forma de necesidad requiere expresarse, pero sin separarla de las otras necesidades que también son elementales para vivir dignamente. El riesgo de descuido ante sus necesidades siempre está presente. Esta reflexión no tiene un interés primero en profundizar la situación de los asilos ni las consecuencias para los ancianos en el ámbito de la salud durante los acontecimientos recientes, pero podemos señalar, en breves ejemplos, consecuencias de la pandemia por covid-19 como un hecho revelador del riesgo de marginación y desprotección que pueden experimentar estas personas. Bastaron poco más de 11 meses de dicha pandemia

¹¹³ Papa Francisco, *Audiencia general miércoles 4 de marzo de 2015*, Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana, https://www.vatican.va/content/francesco/es/audiences/2015/documents/papa-francesco_20150304_udiienza-generale.html. Consultado 17/XI/23.

en México (luego de que se reportó el primer caso positivo) para reconocer que las abundantes muertes de personas mayores por este virus no sólo eran reflejo de la gran población de ancianos en el país, también era evidencia del vulnerable acceso que pueden tener a los servicios de salud vitales (cuando ellos no representan una preocupación genuina en materia de salud);¹¹⁴ también las desconcertantes y masivas muertes que se dieron en los asilos de varios países de Europa, manifestaron, además de la negligencia de algunas naciones para establecer prioridades y prevenir riesgos frente a una enfermedad como esta, un secreto a voces: la gran cantidad de casas para ancianos, es decir, la realidad de espacios llenos de personas de edad separados de los hogares familiares;¹¹⁵ independientemente de las condiciones ahí, favorables o no, se evidenció una distancia entre los ancianos y la sociedad no envejecida, que en la mayoría de los casos termina en un verdadero abandono, y es que “los ancianos son abandonados, y no sólo en la precariedad material. Son abandonados en la egoísta incapacidad de aceptar sus límites que reflejan nuestros límites”.¹¹⁶ Esta incapacidad de aceptar los límites en nosotros o en los otros ya no nos resulta del todo extraña. Pero sí nos resulta necesario seguir profundizando el límite desde la realidad del ser indigente, consecuencia de una constitución asentada en la fragilidad, porque la también nombrada indigencia sociológica (nutrida de la precariedad material), y las condiciones de salud para los ancianos, no son realidades separadas de la indigencia existencial.

Si continuamos nuestra reflexión en torno a la indigencia que asume la perspectiva de la *antropología del límite* en su relación con la vejez, también será necesario expresar que “El término indigencia significa no solo falta, necesidad o carencia de algo. La indigencia sugiere echar de menos algo, y aquí advertimos que su concepto evoca una especie de cognición, un

¹¹⁴ Cfr. Ariadna Ortega, “En un año, el COVID-19 arrasó con más de 124,000 adultos mayores” en *Expansión política*, <https://politica.expansion.mx/mexico/2021/03/18/en-un-ano-el-covid-19-arraso-con-mas-de-124-000-adultos-mayores#:~:text=A%20un%20a%C3%B1o%20de%20que,a%20causa%20de%20la%20enfermedad>. Consultado 25/XI/23.

¹¹⁵ Cfr. Emma Reynolds, “El mundo sacrificó a sus ancianos en la carrera por proteger los hospitales. El resultado fue una catástrofe en los asilos” en CNN, <https://cnnespanol.cnn.com/2020/05/26/el-mundo-sacrificio-a-sus-ancianos-en-la-carrera-por-proteger-los-hospitales-el-resultado-fue-una-catastrofe-en-los-hogares-de-ancianos/>. Consultado 25/XI/23.

¹¹⁶ Papa Francisco, *Audiencia general...*, https://www.vatican.va/content/francesco/es/audiencias/2015/documents/papa-francesco_20150304_udiencia-generale.html. Consultado 17/XI/23.

notar o tener noción de algo”.¹¹⁷ Y es que una etapa como la vejez ofrece una situación verdaderamente dispuesta para echar de menos, esto es, que desde la experiencia de vida caminada y en camino, se tiene noticia de personas que ya no están, fuerzas que no se tienen en la misma medida, vitalidad orgánica distinta, vínculos y comunicaciones transformadas, se echa de menos trabajos, espacios, rutinas, épocas. Cada anciano, desde su realidad contextual está abierto a echar de menos algo o alguien, esta especie de añoranza (muchas veces nostálgica) es por algo por lo que sí se ha tenido, porque no todo es carencia, pues como vimos la vejez también alberga el estar arraigado, hecho que se realiza en un entramado de relaciones ejercidas, donde se delata la necesidad e indigencia compartida. Pero de todo lo que se podría echar de menos, en esta reflexión queremos enfatizar la huella profunda que deja la transformación en torno al vínculo con las personas, con los otros (presentes o ausentes), pues este echar de menos personas en la etapa de vejez, refleja la posibilidad de amistad, comunicación, cuidado, compasión, en definitiva, de afectación mutua desde el amor vinculante.

Si hay algo que le debemos a la indigencia es el gozo y el dolor que nos deja el estar radicalmente abiertos, por esa huella de apertura que aporta júbilo y tristeza nos enfrentamos a la vida, caminamos en ella. Pero como ya se ha anotado, la indigencia, por su significado antropológico no sólo nos expone como un ser relacional, en sus inevitables consecuencias de destape y apertura, también tiene en nosotros un comportamiento paradójico, una modalidad por la cual, a pesar de tener deseos de vincularnos en la amistad, nos alejamos de los otros, “aunque conserve afecto por su familia y sus amigos, la persona de edad toma distancia con respecto a ellos”;¹¹⁸ aunque se quiera establecer comunicación nos encapsulamos, “el viejo se amuralla a sí mismo”;¹¹⁹ y aunque sintamos un impulso por lo nuevo, nos apegamos a lo viejo y conocido, “El viejo teme el cambio porque como teme no saber adaptarse, no ve en él una apertura, sino solo una ruptura con el pasado”.¹²⁰ Estas manifestaciones paradójicas albergan distintas razones, y lo que puede ser una tendencia o

¹¹⁷ Ricardo Peter, “Visión Humana de la Vejez...”, p. 249.

¹¹⁸ Simone De Beauvoir, *La vejez*, p. 570.

¹¹⁹ *Ibidem*, p. 565.

¹²⁰ *Ibidem*, p. 562.

tentación por la misma condición paradójica experimentada concretamente en la vejez, no cubre la realidad de todos los ancianos, pero seguro a más de uno le resulta familiar.

Lo paradójico de la existencia que permite hacer manifiesto el ser indigente, nos deja un sabor agrídulce, porque “Cualquier asunto abordado desde la óptica de la condición humana destaca la defectuosidad, la fragilidad, la contingencia, la falibilidad del ser humano. En otras palabras, recalca su condición limitada, su imperfección, su finitud, [...] el hecho de soportar una indigencia que nunca se agota”.¹²¹ Por tanto, esta indigencia inagotable además de evidenciar la ‘ambigüedad de lo humano’, plantea como consecuencia lo que en principio se expresó como un verdadero ‘problema antropológico’. Y aunque la tendencia racional en su rasgo resolutivo nos impulse a proponer una solución, la *antropología del límite* postula que “En términos de percepción y de experiencia, la cuestión antropológica equivale a la paradoja de una existencia que no se resuelve en ninguna solución”,¹²² de ahí que Peter presente la pretendida solución como un problema irresoluble, entonces, ¿cómo afrontar o vivir la indigencia?

El hombre, en efecto puede responder al asunto de la indigencia, pero responder no es lo mismo que resolver.

Responder es devolver una acción semejante a la acción de preguntar, es volver a la pregunta. Etimológicamente hablando, la respuesta tiene carácter de “vuelta”, es respeto por la pregunta. Responder es respetar el problema de la indigencia”.

En cambio, resolver equivale a terminar cabalmente con el problema. Desatar, desligar o desanudar la indigencia al hombre mismo, pues el hombre es su misma indigencia.¹²³

Intentar acabar con el problema planteado es anular al hombre, es desgarrar en pedazos la raíz antropológica de un ser humano enigmático. Sin embargo, la respuesta que puede dar este ser radicalmente frágil, limitado e indigente, se juega en la asunción de su estremecedora constitución, es decir, en la asunción de su límite y del límite del otro. Pero se trata de un esfuerzo que refleje la comprensión (previamente anotada) con esa nota afectiva que permita abrazar, acoger, aceptar, y perdonar, es decir, que posibilite una reconciliación con las limitaciones en sí y en los otros, lo cual inevitablemente es respuesta desde un carácter

¹²¹ Ricardo Peter, *Hermenéutica del asunto humano. Meditaciones sobre la intimidad*, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, 2014. P. 13.

¹²² Ricardo Peter, *Honra tu límite...*, p. 66.

¹²³ *Ibidem*, p. 68.

compasivo (que como se dijo antes refiere una forma de comprensión más elevada), desde una acción compasiva que mira la humanidad frágil que somos, en un devenir humano inagotable, que sorprende a cualquiera por sus efectos, pero que sorprende más por sus repuestas creativas y amorosas. Una de estas repuestas se refleja en la amistad.

Con lo presentado hasta ahora y apoyado principalmente en la propuesta que brinda la *antropología del límite*, en uno de sus principales exponentes, Ricardo Peter, quisiéramos recuperar las preguntas planteadas al principio, ¿hay algo más en aquella fragilidad que acompaña la vejez o en el reconocimiento de los límites que parecen imponerse con más fuerza en las “personas de edad”? ¿Qué sería aquello capaz de no dejar escapar el calor que vitaliza la existencia de los ancianos? Y si la respuesta para la primera cuestión aún se torna ambigua intentaremos precisarla (asumiendo que toda respuesta queda abierta a novedades, y más en los asuntos humanos): ese algo más que alberga la fragilidad en la vejez (y en cualquier persona que se diga humana) es la indigencia que expone el límite, desde nuestra constitución hasta el despliegue de la existencia, pero no se trata del límite e indigencia que se ancla solo en lo negativo, en la carencia, en la privación, sino de una nueva perspectiva que también anuncia la resistencia, la afirmación, lo que se tuvo y dejó un sabor de presencia, lo consistente. De este modo, al mirar la vejez con otro enfoque, podemos apreciar desde los distintos abordajes, que lo gastado, antiguo y pasado, también está llamado a evidenciar lo arraigado, firme y establecido. Por tanto, los límites que parecen acompañar la vejez pueden ser afrontados de distintos modos, no sólo por las personas ancianas, también, por quienes notamos la huella de esa misma fragilidad en nosotros, porque la marca ontológica y existencial desde la limitación queda abierta a distintas formas de asunción. Aunque ya se han presentado lienzos que intentan responder a la segunda pregunta, sobre aquello que puede ayudar a contener el calor que vitaliza la existencia de los ancianos, podrá seguir ahondándose en las posteriores reflexiones de este trabajo.

Seamos una caña sacudida por el viento, como cree Jesús, una suma mermada por infinitas restas, como piensa Pitol, seamos carencia y afirmación, seres paradójicos, limitados e indigentes como nos recuerda la *antropología del límite*. Estamos abiertos a acompañarnos en esta travesía por la fragilidad humana, la cual asumida con otros ojos permite reconocer que ella no sólo expone el límite, también abre posibilidades de encuentro, donde puede darse

una fuerza (que emana de lo frágil), un tipo de poder vulnerable que, pese a los riesgos de destruir, no se cansa de apostar por el amor, la compasión y el cuidado mutuo.

CAPÍTULO 3

AMISTAD EN LA VEJEZ, COMUNICACIÓN QUE ACOMPAÑA LA INDIGENCIA

Desde la propuesta de la *antropología del límite* se reconoce que, por la indigencia, el ser humano puede ir hacia dentro y hacia fuera de sí, es decir, que alberga por su misma constitución ontológica y existencial la posibilidad de ponerse en marcha, en un camino que va desde el reconocimiento del propio límite hasta el límite del otro (con la distancia y profundidad que dan la trascendencia y la inmanencia). Esta puesta en movimiento que caracteriza al ser indigente se debe a lo que ya se ha apuntado como el significado antropológico de la indigencia, mismo que impregna al hombre de un carácter relacional imposible de negar, pues recordemos cómo la conciencia de la necesidad que da origen a nuestra indigencia, nos marca con una inquieta apertura, tan rica como pobre (en su asunción o descuido), pues no puede evitar el comportamiento que se expresa en la desarmonía que habita la existencia de un ser humano limitado, el cual se empeña en caminar lo más lejos posible pero dando pasos contrarios a la dirección deseada, cosa que no deja de ser desconcertante, pero al mismo tiempo, también es reflejo de una vitalidad enigmática que pese a sus contradicciones puede seguir en un camino comprensivo de sí y del otro.

Tener la capacidad de tomar conciencia de la necesidad, que en definitiva es tener conciencia del límite, plantea un verdadero desafío que puede ser expresado de la siguiente manera: “la indigencia de un ser que no se basta a sí mismo es fundamentalmente necesidad no sólo de sí mismo, sino del otro”.¹²⁴ Y decimos que desafía, por un lado, porque trae consigo la incomodidad de reconocer la carencia e insuficiencia propia, que si de por sí ya es chocante, se suma en ese mismo movimiento indigente a la necesidad del *alter* que, al reconocer que le necesitamos, nos deja tremendamente expuestos y vulnerables; por otro, porque curiosamente la construcción de la palabra desafío (derivada del verbo *desafiar* y que se compone por *des* “inversión de una acción”¹²⁵ y *afiar* “dar garantía y confianza a alguien de

¹²⁴ Ricardo Peter, *Hermenéutica del asunto humano...*, pp. 115 y 116.

¹²⁵ Valentín Anders, *Diccionario Etimológico Castellano en Línea*. <https://etimologias.dechile.net/?desafi.o> Consultado 06/XII/23.

respetar su integridad o lo suyo”¹²⁶) refiere un movimiento inverso a esta garantía y confianza, es decir, la posibilidad de acoger esta indigencia desde el propio ser limitado que necesita de su semejante (y del respeto albergado en el *afiar*), queda como algo no dado sino por hacer, en un vaivén que se juega como auténtico desafío del ser humano, a acoger o no, su indigencia y la del prójimo.

La clave del significado antropológico de la indigencia que nos expone Peter está en advertir que, “en la indigencia el hombre reconoce su deseo de intimar con los otros, y al mismo tiempo, la insuficiencia de los otros”.¹²⁷ Y esta insuficiencia ya no resulta del todo ajena, pues recordemos que la indigencia para un ser limitado, paradójicamente, no se agota, y querer deshacerse de ella es querer deshacerse del mismo hombre, pese a ello, la necesidad de intimar, que se expresa en una “extremada e intensa nostalgia de intimidad”,¹²⁸ puede afrontarse de distintas maneras, con un evidente rasgo de no saciedad que a pesar de incomodar nos impulsa constante, y limitadamente, al encuentro con el otro, y con un matiz nostálgico en el ser humano que ya conoce (con un rasgo afectivo) la presencia de alguien que inquieta la propia existencia.

Los distintos modos de afrontar la perenne nostalgia del otro nos llevan a indagar la posibilidad de una puesta en relación de la indigencia desde la perspectiva de la comunicación, recurso vital del ser humano, que como sostiene Peter, puede darse a dos niveles.

El primero es el de la esfera de la mera información, que es importante y útil para clarificar necesidades (evidenciándolas) y que como primera forma de interacción ya establece un eje introductorio para avanzar en la esfera comunicativa, sin embargo, es “el nivel más externo y por consiguiente más lejano al yo, en el cual prevalecen los datos impersonales [...] En la información se advierte más la presencia de la problematicidad que de la subjetividad”,¹²⁹ esta especie de prólogo todavía no le basta para existir a una realidad tan compleja como lo es el hombre; “Para sentir que existimos hace falta compartir nuestra indigencia”,¹³⁰ así es

¹²⁶ *Idem*.

¹²⁷ Ricardo Peter, *Hermenéutica del asunto humano...*, p. 116.

¹²⁸ *Ibidem*, p. 9.

¹²⁹ Ricardo Peter, *Honra tu límite...*, pp. 72 y 73.

¹³⁰ *Ibidem*, p. 73.

como se llega al segundo nivel, donde “La comunicación puede centrarse en la subjetividad más que en la problemática y esto es lo que llamamos autorrevelación, que nos ayuda a desanudar la propia subjetividad de la problemática”,¹³¹ lo cual para la *antropología del límite* no es otra cosa que “la indigencia abierta; en ella el hombre asume de alguna manera su ser limitado. Está centrado sobre la conciencia de su necesidad. A este nivel de comunicación el yo alcanza la máxima cercanía consigo mismo y con el otro”.¹³² Pero la aspiración a este nivel profundo y auténtico de la comunicación, por muy hondo que se pretenda o logre experimentarse, siempre será insuficiente, pues “Si por una parte la comunicación deja entrever el peregrinar del hombre por el mundo de sus experiencias, por otra, el impulso de comunicar ocultará paradójicamente las mismas experiencias. La acción de comunicar será inseparable del efecto de ocultar”,¹³³ pese a ello, queda abierta a propiciar la posibilidad de encuentro entre seres indigentes, encuentro capaz de alcanzar otras formas de vinculación derivadas de la autorrevelación.

A pesar del carácter de insuficiencia que plantea la comunicación a un ser limitado y paradójico, se torna perjudicial intentar renunciar a ella, y más a su carácter autorrevelativo, porque “El hecho de comunicar ayuda al hombre a descubrirse. Pero la comunicación es también un “mecanismo” fundamental para evitar que el hombre permanezca clausurado en su misma conciencia del límite. Comunicando, el hombre comparte la conciencia de su necesidad”,¹³⁴ de lo contrario, se da la evasión del límite que puede manifestarse como aislamiento egoísta o indiferencia de lo humano, en un despliegue de efectos nocivos para el hombre por sus consecuencias de no aceptación real de los propios límites, por el rechazo a sí mismo, y por la clausura que se niega al encuentro con el otro, que de fondo es rechazo a aquel que evidencia mi fragilidad. El encuentro con el *alter*, con todo y sus deficiencias, es posibilidad para experimentarse acompañado y sostenido en aquellos con quienes se comparte el mismo camino indigente. Comunicando la indigencia el ser humano se dispone, además, a la posibilidad de una de las realidades más fundamentales que puede experimentar,

¹³¹ *Idem.*

¹³² *Idem.*

¹³³ *Ibidem*, p. 71.

¹³⁴ *Ibidem*, p. 72.

la amistad, misma que ya hemos venido bosquejando y que ahora se torna necesario indagar en su fuerte vinculación con el principal interés en esta reflexión, la vejez.

Amistad y vejez

La experiencia de amistad no sería posible sin el hecho de comunicar nuestra indigencia, es decir, nuestra vulnerabilidad. No hay duda de que en la amistad somos radicalmente frágiles, pues la necesidad básica de intimar desde la que se revela nuestro ser relacional y por la que estamos tremendamente expuestos, encuentra en el otro su riqueza y penuria, frente al amigo nos revelamos vulnerables, quedamos a la intemperie de las limitaciones compartidas, pero motivados por el anhelo de experimentar el encuentro genuino, el soporte mutuo, el cuidado y la compasión, frutos de una disposición que se arriesga en la afección compartida. La vejez también está llamada a mirarse desde esta misma constitución frágil, limitada e indigente, pues recordemos que es en esta etapa de vida donde somos vulnerables en grado máximo, porque parece que estamos más próximos al límite que se manifiesta en su significado de carencia y negación, porque la vejez alberga en carne viva la disminución de fuerzas y la nostalgia de lo que se podía hacer y ahora no (o se hace a un ritmo distinto) o de aquellos que estaban presentes en la vida de los ancianos y ahora se tornan ausentes. Y aunque cualquier ser humano está sujeto a la transformación de sus fuerzas y a la pérdida de personas en el decurso de su vida, la etapa de vejez encarna estas consecuencias vitales, pues el cúmulo de experiencias ahora implica recuperación o asimilación desde un presente transformado, que tiende a afrontarse con las latentes inseguridades que rondan la vejez, en la cual el anciano será desafiado a reconocerse con sinceridad en lo ganado, lo perdido y en la apuesta incierta de estos dos, en búsqueda de un futuro igual de incierto. Sin embargo, no se puede olvidar que en el límite y en la vejez no todo es negación, como evidencia de ello ya se han explorado otros enfoques significativos, y algo similar podemos decir de la amistad, al acercarnos a la hondura de esta realidad se abren posibilidades de ver el soporte que brinda una experiencia sustentada en la frágil condición del ser humano, habilitado, por el significado antropológico de su indigencia, para ponerse en una relación capaz de vitalizar la propia existencia y la de aquel que le sale al paso.

La etapa de vejez y la experiencia de amistad guardan una especial correspondencia, y quizá esa misma relación fue la que vio Hemingway al ofrecernos, en *El viejo y el mar*, la historia

del anciano pescador desafiado no sólo por las consecuencias de su aventura en la inmensidad marina, sino también por las implicaciones de su vejez y por la profunda y constante añoranza del amigo; o la que vio Cicerón en estas dos realidades peculiarmente humanas y que lo llevó a dedicar dos de sus obras a cada una de ellas, *De la vejez* y *De la amistad* respectivamente.

Ambas realidades inquietan desde tiempo atrás, sus referencias abarcan prejuicios y espontaneidades sinceras, ocultamientos y exaltaciones, silencios y palabrería, defensa y embestida, es decir, con menor o mayor resonancia este binomio ha sacudido nuestra humanidad a lo largo de la historia. Por ejemplo, “en Occidente el primer texto conocido sobre la vejez traza de ella un cuadro sombrío. Se encuentra en Egipto, y fue escrito en 2500 antes de Cristo por el filósofo y poeta Ptha-hotep”;¹³⁵ y respecto a la amistad, “No deja de ser interesante comprobar cómo, mientras que en la obra de los filósofos clásicos (Platón, Aristóteles, las escuelas helenísticas, Cicerón, Agustín, hasta llegar a los inicios de la modernidad -Montaigne-) la amistad ocupa un lugar relevante en su proyecto de vida moral, en la filosofía moderna la reflexión sobre la amistad se halla prácticamente ausente”.¹³⁶ A pesar del intento de olvido o presencia, o del enfoque que se ha querido privilegiar en ambas experiencias, pueden seguir comunicándonos no sólo su huella en lo humano, también su relación vital.

Es relevante el predominio que tuvo la amistad en los filósofos de la antigüedad y los influjos que estos dejaron en sus obras para pensadores posteriores. El interés del presente trabajo no está en hacer un recorrido exhaustivo y menos lineal de lo dicho, ni de los intentos de precisar las formas de amistad como las que nos ofrece Aristóteles en su *Ética a Nicómaco*, pues consideramos que hacer una dilucidación que delimite de modo preciso los motores que propician la amistad en su relación “pura” con la utilidad, placer o virtud, es imposible para un ser tan limitado como el humano (al menos al nivel de la experiencia o existencia humana, porque racionalmente esta distinción se puede hacer y se ha hecho con maestría). El motor que nos vincula en amistad se mueve entre estas tres realidades señaladas por Aristóteles y otras tantas que configuran lo humano, todas ellas emanan de esa indigencia que reconoce en su raíz constitutiva la necesidad de intimar, de comunicar y acompañar la conciencia del

¹³⁵ Simone de Beauvoir, *La vejez*, p. 110

¹³⁶ Joan-Carles, Mèlich, *Ética de la Compasión*, Herder, Barcelona, 2010, p. 121.

límite, de ahí que, apreciando la enigmática fragilidad del hombre, se quiera reconocer que en la relación de amistad se trenza la utilidad, el placer o la virtud, y otros motores que, como corrientes de un fluir constante, sólo se desvelan, priorizan y transforman en la comunicación autorrevelativa, es decir, en el encuentro entre indigentes abiertos que son capaces de vinculación amorosa y compasiva.

En adelante se intentará apreciar la experiencia de amistad desde algunas aproximaciones que pueden darnos elementos para ahondarla en su relación con las personas ancianas, con miras a intentar ofrecer alguna respuesta a la siguiente cuestión que, aun intuitivamente, nos parece central para esta reflexión: si la amistad es una experiencia fundamental para el ser humano en cualquier etapa de su vida ¿por qué parece (se torna) más difícil, y a su vez necesaria, en la etapa de vejez? Los acercamientos con los que se intenta iluminar esta cuestión serán nutridos principalmente con la perspectiva de amistad que nos presenta el sociólogo y periodista italiano Francesco Alberoni, los aportes que nos ha dado la *antropología del límite*, las interesantes referencias que nos brinda Simone de Beauvoir sobre la situación de los ancianos, y las sugerencias reflexivas que nos sigue evocando *El viejo y el mar*; sabiendo que cualquier intento de respuesta sobre los asuntos del ser humano, en los que se enmarca la vejez y la amistad, siempre quedan abiertos a nuevas y nutridas comprensiones.

La aproximación a la amistad que queremos resaltar en el presente trabajo y que ofrece Francesco Alberoni en su obra *La amistad*, intenta presentar esta experiencia como “una filigrana de encuentros”;¹³⁷ esa forma de mirar el vínculo de amistad, tan breve como sugerente, nos impulsa a explorar el contenido de la frase, indagando más elementos que acerquen a reconocer su valioso aporte. Lo primero que quisiéramos desmenuzar de esta perspectiva gira en torno a la *filigrana*, la cual, desde el horizonte de la orfebrería, se puede entender como “un arte decorativo usando hilos de oro y plata”,¹³⁸ “cosa delicada y pulida”¹³⁹, que a pesar de las distintas transformaciones artesanales a lo largo de la historia según la finalidad buscada, fue integrando, en la pluralidad de culturas y decurso de los años,

¹³⁷ Francesco Alberoni, *La amistad*, Gedisa, Barcelona, 1985, p. 19.

¹³⁸ Valentín Anders, Diccionario Etimológico Castellano en Línea. [https://etimologias.dechile.net/?filigrana#:~:text=La%20palabra%20filigrana%20\(arte%20decorativo,%20%20\(filamento%2C%20hilo\)](https://etimologias.dechile.net/?filigrana#:~:text=La%20palabra%20filigrana%20(arte%20decorativo,%20%20(filamento%2C%20hilo).). Consultado 11/XII/23.

¹³⁹ <https://dle.rae.es/filigrana> Consultado 11/XII/23

distintas técnicas y materiales para su realización.¹⁴⁰ Pero siempre fue visto como un oficio minucioso, delicado, que intentó (aún hoy) transformar desde el ingenio humano, aquello que siendo lo que es, puede mirarse de otra manera, es decir, que puede estimarse como efecto de una obra creada por la delicadeza de manos humanas, las cuales, auxiliadas de la belleza de hilos obtenidos por la fundición de ciertos metales, en una creativa combinación de fragilidades (humana y material), apuesta por un enfoque distinto de lo real.

Lo segundo que podemos resaltar de la perspectiva de Alberoni (antes de exponer lo que concibe explícitamente por *encuentro*) es aquello que él apunta como inicio o punto de partida de este vínculo vital. Para él, toda amistad comienza por el *encuentro*, pero precisa que “La amistad no se convierte en tal mediante una sola revelación inicial sino a través de encuentros y profundizaciones sucesivas”¹⁴¹ de ahí que realmente la amistad “comienza con un salto discontinuo, como un salto, llega un momento en el que experimentamos un fuerte impulso de simpatía, un interés, y sentimos afinidad con una persona. Si ya la conocíamos de tiempo atrás, es como si la viéramos de un modo nuevo, por primera vez. Llamaremos a esta experiencia *encuentro*”.¹⁴² Por tanto, este salto inicial, que en principio es punto de partida, pero puede alcanzar un momento revelador clave e incomprensible: el del *encuentro* que guarda el interés por la indigencia del otro y la atención por la propia indigencia (usando términos de la *antropología del límite*), nos pone en camino de posibilidades desde una disposición capaz de impulso profundo, sucesivo, y revelador que, aún con las insuficiencias propias de un ser limitado, puede dirigirse a la experiencia de estima y cuidado mutuo. Además, el punto de partida o chispazo inicial, que se describe como salto discontinuo, puede encaminarse a una serie de encuentros desde una constancia o profundidad que tampoco es ajena a los ritos compartidos, los cuales pueden brincar, en su constancia, la mera discontinuidad.

Expuesta una primera aproximación al *encuentro*, y recuperando bajo esta misma perspectiva lo que Alberoni describe de la amistad como una “filigrana de encuentros”, se puede reconocer con más elementos que esta expresión, por la que se intenta profundizar en la

¹⁴⁰ Para una perspectiva del uso y desarrollo de este arte decorativo ver: <https://definicion.de/filigrana/>; <https://www.milenio.com/cultura/filigrana-tecnica-decoracion-miles-anos-vigente>; Consultados 12/XII/23.

¹⁴¹ Francesco Alberoni, *La amistad*, p. 15.

¹⁴² *Ibidem*, pp. 18 y 19.

amistad, efectivamente, puede vincularse desde la creatividad que alberga, por un lado, el arte decorativo propio de la filigrana, y por otro, el *encuentro* en el que se halla al amigo. Ambos se muestran como experiencias que apuntan a ver y tratar algo o alguien, tal vez ya conocido, pero de forma nueva, distinta, con delicadeza y tiempo; ambas experiencias son posibilidad de transformación que necesita de manos humanas para admirarse o encontrarse. Desde la sintonía que nos propone Alberoni también podemos concordar con lo que Peter entiende por indigencia abierta, esto es, por la comunicación autorrevelativa que es capaz de superar la mera información; esa forma de comunicarse propia del ser humano se nos muestra muy próxima al modo en que hemos mirado el *encuentro*, del cual ahora podemos decir explícitamente lo siguiente: “El encuentro es recorrer juntos un tramo del camino hacia la propia identidad hacia el descubrimiento de lo que es más importante para cada uno. Durante el encuentro, nosotros y el otro descubrimos que estamos unidos frente a la oscuridad o al enemigo [...] El encuentro es la sinergia de dos trayectorias vitales, dos destinos” .¹⁴³ Es experiencia en la que no sólo podemos estar unidos ante la oscuridad adversa, también estamos unidos frente al gozo y la alegría, porque ninguna vitalidad con huella humana puede permanecer en una sola dirección, la existencia del hombre limitado, recordemos, siempre será tan rica y pobre, tan tremendamente paradójica. Pero desde esta realidad indigente e inquieta, capaz de encuentros profundos y de comunicación autorrevelativa, es que podemos reconocernos en amistad, nos descubrimos amigos gracias a esa filigrana de encuentros.

Los vínculos de amistad no dejan indiferentes a las personas ancianas, sea para negarlos o cultivarlos, siempre se estará frente a ellos en un intento de clausura o apertura que guarda sus matices de acuerdo con el movimiento único de cada existencia. Por tanto, la forma de experimentar o afrontar el encuentro de amistad tendrá una repercusión desde la trayectoria vital de cada anciano, la cual no sólo mira al pasado, también se posiciona en un presente que, aceptado o no, afectará el hoy y el mañana. Es así como resulta importante señalar que la situación actual que pueda estar experimentando la “persona de edad”, a nivel biológico, psicológico, social y económico, tendrá importantes repercusiones en sus relaciones, de las cuales se pretende enfatizar las que guardan la huella de amistad, posible por el encuentro de seres constitutivamente indigentes.

¹⁴³ *Ibidem*, p. 20.

Como muestra de la impronta que puede dejar la experiencia de amistad a la persona anciana, se exploran algunas experiencias que nos ofrece Simone de Beauvoir en su obra *La vejez* y que permiten apreciar distintas voces, sea desde la propia experiencia de la filósofa francesa o desde el valioso recurso de la literatura que recopila otros testimonios, sobre cómo afecta esta forma de vinculación a los ancianos. Por ejemplo: “En el Diario de Edmond de Goncourt, aunque hable poco de sí mismo, asoma una profunda tristeza. Escribe el 17 de junio de 1890: ‘El peso de la vejez, la sensación de los achaques que se manifiestan, en medio del alejamiento de los amigos que se van de París, ponen negrura en mi alma’”.¹⁴⁴ Este testimonio deja ver que en esta etapa, en la que se experimenta una transformación orgánica que no es ajena a los achaques cada vez más presentes, se mezcla también el pesar provocado por el alejamiento o distancia de los amigos, ambas experiencias presentes en el anciano, en este caso en el escritor francés, que aunque hable poco de sí mismo como precisa De Beauvoir, elige mostrarse vulnerable y sincero en la nostalgia por los amigos y en el debilitamiento biológico presente en su situación actual, y evoca una cruda realidad que a través del recurso de la metáfora se describe como una negrura en el alma, es decir, como oscuridad que nubla e inquieta el camino de una existencia, que sin la salud y sin amigos cerca, estremece la vida.

En palabras de otro escritor, pero con una percepción que guarda cercanía con la anterior experiencia en su énfasis de debilitamiento orgánico en la vejez, aparece la siguiente experiencia,

A un amigo que le reprochaba su silencio, Roger Martin du Gard le respondió, a los 70 años, con esta carta muy significativa: “Lo que ocurre es que estoy envejeciendo, que mis actividades disminuyen, que me retiro del mundo cada día un poco más [...] Esto no quiere decir que traicione a mis amistades, pero la vitalidad de esas amistades languidece, como la vitalidad misma... Me canso rápido, llego cada noche al límite de mis fuerzas, necesito mucho sueño y paz.”¹⁴⁵

Este relato cobra especial relevancia por las consecuencias de un envejecimiento que merma significativamente, es como si la percepción que en otro momento nos ofreció Pitol de la vida del ser humano descrita como suma mermada por infinitas restas, ahora se empeñara en restar lo más posible, dejando una desproporción que casi olvida su motor de sumatorias. Las

¹⁴⁴ Simone de Beauvoir, *La vejez*, p. 555.

¹⁴⁵ *Ibidem*, p. 570.

consecuencias de este debilitamiento que merma la propia vitalidad llevan a distanciarse de los amigos, el vínculo languidece cual frágil hilo capaz de sostener una comunicación sucesiva, pese a ello, Roger Martin es capaz de expresar con sinceridad consigo mismo y con el otro, que las fuerzas físicas disminuidas no implican traición a las amistades, sino fragilidad humana en forma extrema, de ahí que se esfuerce en aclarar los motivos de sus silencios; gracias a la iniciativa del amigo, en este caso comunicada en forma de reproche, el novelista tiene a quien expresarle sus necesidades, es decir, puede comunicar su indignancia en una clara conciencia de los límites, es así como esa necesidad expresada como anhelo de sueño y paz que manifiesta el autor de este testimonio, se vuelve correspondencia escrita y no monólogo, su respuesta es ejemplo de encuentro profundo que, fuera de cualquier amistad idealizada, denota la innegable apertura de un ser humano que, al palpar su raíz de fragilidad, logra dar cuenta de una limitada apertura al otro, de una necesidad que también ahora bajo condiciones de vitalidad tremendamente mermadas, puede encontrar un soporte en el vínculo de amistad, soporte que no consiste en quitar el límite de nuestra constitución, pero sí en la posibilidad de acompañarlo compasivamente con el ritmo propio de cada persona.

Otra de las afectaciones que experimenta la persona anciana en sus vínculos de amistad pueden reconocerse en las consecuencias que provoca la experiencia de pérdida definitiva del otro, es decir, del ser testigo de esa desconcertante suerte que arrebató a los amigos. De Beauvoir, al respecto y desde su experiencia personal, que tampoco es ajena a este vínculo, dice: “Más de una vez he vivido los comienzos de una amistad destinada a no terminar nunca; algunas han cumplido esa promesa”,¹⁴⁶ sin embargo, en líneas siguientes reconoce que otras no han cumplido esta palabra, y que por distintas razones han concluido con consecuencias de incomprensible ruptura; sus palabras nos llevan a admitir la presencia de acontecimientos que parecen robar esta promesa, que en palabras distintas podría experimentarse como una especie de hurto del amigo, y la filósofa francesa también es testigo de ello, de ahí que reflexione cómo “La muerte de alguien que nos importa constituye una ruptura brutal con nuestro pasado; ahora bien, un anciano es alguien que tiene muchos muertos tras sí”.¹⁴⁷ La persona anciana palpa sobremanera esa ruptura brutal con el pasado, que indudablemente repercute en su presente, de ahí que De Beauvoir añada, en sincera correspondencia con su

¹⁴⁶ *Ibidem*, p. 439.

¹⁴⁷ *Idem*.

propia trayectoria, que “La muerte de un allegado, de un amigo, no sólo nos priva de su presencia sino de toda esa parte de nuestra vida que estaba comprometida en ellos”,¹⁴⁸ porque el compromiso que pudo haberse nutrido por el encuentro profundo y continuo, ahora queda acompañado de una nostalgia que es tal porque conoce la ausencia de lo que fue una presencia significativa, o mejor dicho, vital.

El desconcierto que provoca la ausencia definitiva de los amigos, en algunas personas, puede sacudir la existencia incluso más que la desconcertante percepción de la propia muerte, tal y como lo experimentó también la pensadora francesa, “la idea de la muerte me aflige menos que antes: es ausencia del mundo, y a lo que no podía resignarme era a esa ausencia. ¡Pero ya se han abierto tantas ausencias en mí! Mi pasado está ausente, ausentes los amigos muertos, los amigos perdidos y tantos lugares de la Tierra donde no volveré nunca”.¹⁴⁹ Y es que esa aflicción que puede invadir a cualquiera ante lo incierto y desconocido de la muerte toma otra tonalidad cuando se ha tenido la estremecedora experiencia de pérdida de personas estimadas, esa ausencia de las amistades nos vuelve a aproximar a una nostalgia, que como huella profunda de ser humano, no deja indiferente, y menos, en la etapa de vejez.

La muerte como factor relevante que separa de los amigos se presenta en la vida de los ancianos como una realidad, más o menos afectante según la persona y su contexto, pero amenaza constantemente por su posibilidad de provocar una conmoción notable, porque de cara a la ausencia definitiva de las personas estimadas, no faltará quienes experimenten que “Los muertos se llevan siempre una parte de nosotros a la tumba [...] llevan[do] también demasiado a menudo la energía vital de quienes dejan atrás”,¹⁵⁰ porque hay quienes notaron que mientras nuestros amigos “vivían no hacían falta recuerdos para que en ellos nuestro pasado común permanecería vivo”,¹⁵¹ pero con su muerte, algunos, entre los que se suma la experiencia existencial de Simone De Beauvoir, ese pasado común “Se lo llevaron a la tumba”¹⁵² los amigos que ya no están.

¹⁴⁸ *Idem.*

¹⁴⁹ *Ibidem*, p. 533.

¹⁵⁰ Joan Chittister, *El don de los años. Envejecer con dignidad*, Sal Terrae, Santander, 2015, p. 94.

¹⁵¹ Simone de Beauvoir, *La vejez*, p. 440.

¹⁵² *Idem.*

El pasado común, que puede experimentarse como pérdida por la separación que provoca la muerte entre amigos contemporáneos, no sólo dice ausencia de los coetáneos, porque “Su tiempo era también el que poblaban las gentes de su edad”,¹⁵³ además, trasluce otro rasgo de lo que puede ser la experiencia de algunas personas ancianas y que es importante señalar: “Hay sexagenarios que sufren al perder a sus parientes o amigos de la misma generación, porque pierden cierta imagen de sí mismos”,¹⁵⁴ o dicho de otra forma, “El viejo no sólo ha visto morir a la gente de su generación; muchas veces otro universo ha sustituido al suyo [...] ciertos viejos acogen ese cambio con placer y hasta con orgullo, pero sólo en la medida en que no impugna su pasado. Si pone en tela de juicio todo lo que han hecho, creído, amado, se sienten exiliados”.¹⁵⁵

Inevitablemente la persona anciana necesita hacer un esfuerzo, so pena de permanecer en el exilio, para afrontar el nuevo universo impuesto y que se expresa en una nueva realidad societal, la cual, con veloces, por no decir voraces ritmos económicos y tecnológicos, transforma sobremanera la vida y relaciones de las personas. Algunos logran adaptarse, como consecuencia de un esfuerzo desgastante y continuo o como “fortuna” de haber nacido y crecido en este mismo contexto. Y por supuesto habrá quienes se sientan cómodos y satisfechos con la sociedad de la que son parte. Lo cierto es que, afrontar la novedad y los cambios para un ser como el humano, sin abandonar en el camino rasgos de su peculiar humanidad, se torna un verdadero desafío que no sólo implica a las “personas de edad” (con sus propias transformaciones), sino a todas aquellas con quienes se comparten las posibilidades y necesidades propias de una fragilidad que en una relación de cuidado personal y social puede enriquecer a todos.

Reproduzco una de las descripciones que nos ofrece Simone de Beauvoir en los horizontes de su época, y recurriendo a ejemplos de la sociedad norteamericana que bajo un enfoque médico describe lo siguiente: “Entre los factores que más contribuyen a crear problemas afectivos entre nuestros conciudadanos de edad, hay que señalar el ostracismo social de que son objeto, lo reducido del círculo de sus amigos, la soledad, la disminución y la pérdida del

¹⁵³ *Ibidem*, p. 522.

¹⁵⁴ *Ibidem*, pp. 439 y 440.

¹⁵⁵ *Ibidem*, p. 523.

respeto humano y el sentimiento de disgusto con respecto a sí mismos”.¹⁵⁶Toda sociedad responsable está convocada a examinarse en la afectación y situación actual de su población anciana. Pero una descripción actual y exhaustiva, a través de las diversas y cambiantes sociedades que habitan los ancianos hoy, capaz de reflejar en totalidad los factores que generan exclusión —menos amistades, soledad, disgusto consigo mismo, y esa pérdida de respeto por lo humano (que no es más que evidencia de una pérdida de respeto por sí mismo y por el semejante) —escapa a esta reflexión, sin embargo, intentamos ofrecer lienzos de una aproximación a la vejez que, con la conciencia de no agotar el asunto, esboza aquellos aspectos que se cree facilitan o dificultan el vínculo de amistad en la ancianidad, desde la esfera de una sociedad cambiante donde se gesta también la transformación del anciano.

Es necesario enfatizar que las distintas transformaciones que experimenta la “persona de edad” se dan en el seno de una sociedad bajo las características que ésta albergue. Estos cambios afectan al anciano de formas variadas debido a que los movimientos se realizan en un entramado de aspectos biológicos, económicos, intelectivos, laborales, lúdicos, médicos, psicológicos (afectivos), políticos, así como toda clase de dimensiones que pueden tener impacto en quien integra una sociedad humana. Las manifestaciones o intereses sobre cada una de estas transformaciones se agitarán en un juego, más o menos consciente y asumido, entre la propia persona afectada y la sociedad donde habita, algunas veces con rostro de preocupación ante la pobreza, enfermedad, dependencia, abandono, violencia, agotamiento, soledad o monotonía; otras, con serenidad ante la experiencia de cuidado, familia cercana, salud, autonomía de sí y del propio espacio, vitalidad, independencia física, estabilidad económica, nuevos intereses o relaciones vitales.

La etapa de vejez se moverá entre continuas preocupaciones y serenidades. Los rasgos que dibujan esta serenidad, habrá que advertir, ni se dan en totalidad, ni duran para siempre, y menos los gozan todos los ancianos, y los mismo se puede decir de aquellas situaciones con rasgo de preocupación. Por ello, la posible tentación de identificar la vejez bajo una sola perspectiva, que iguale los años del anciano a una absoluta serenidad desvinculada del límite, como se ha estereotipado en algunas sociedades, obliga a “descartar radicalmente un prejuicio: la idea de que la vejez trae la serenidad. Desde la Antigüedad el adulto ha tratado

¹⁵⁶ *Ibidem*, p. 296.

de ver bajo un aspecto optimista la condición humana; ha atribuido a las edades que no son la suya las virtudes que no poseía: la inocencia al niño, la serenidad a los viejos”,¹⁵⁷ pero ni la inocencia es sólo de los niños ni la serenidad solo de los ancianos, así como tampoco ambas realidades agotan toda la etapa de vida de la persona, lo cual no implica perder el optimismo al abordar la condición humana, y menos despojarla de aquella necesidad de afrontar las dificultades de una humanidad limitada que, asumida, deja ver más realísticamente la auténtica serenidad. Sin embargo, se torna necesario decir que aquellas situaciones que generan preocupación al anciano (por distintas causas), nutren una inseguridad que afecta y se manifiesta como necesaria defensa en la persona que en un estado de dependencia y, a pesar de las seguridades que podría gozar, se mantiene

[...] alerta aunque tenga todas las garantías de seguridad, porque no confía en los adultos; su dependencia es lo que vive bajo la apariencia de la desconfianza. Sabe que los hijos, los amigos, los sobrinos que lo ayudan a vivir financieramente, — u ocupándose de él, o alojándolo— pueden negarle esa ayuda o restringirla; pueden abandonarlo o disponer de él contra su voluntad.¹⁵⁸

Bajo el velo de esas preocupaciones que pueden ocupar la realidad existencial del anciano, también pueden atisbarse motivos para las actitudes, a veces desconcertantes, que evidencian la fragilidad humana: “la sordera que fingen muchos de ellos; las palabras les resbalan cuando no les interesa recogerlas, si no, se vuelven milagrosamente capaces de percibir las. Además de sordos son también más o menos mudos, por lo menos ciertos sujetos”.¹⁵⁹ Y será necesario recalcar, no se trata de actitudes presentes en todos los ancianos, pero sí realidad de más de uno. Pues incluso quienes no se encuentran en una etapa de vejez, también están expuestos a las preocupaciones o inseguridades que se expresan por medio de manías, tristezas, o desánimo, en una especie de vaivén continuo que también tiene a la mano la alegría, flexibilidad y ánimo capaz de afectar a una existencia innegablemente paradójica.

Lo anotado hasta ahora permite ver algunas de las dificultades que puede enfrentar una persona anciana en el ámbito de sus amistades al momento de percatarse de su situación actual, sea en los ámbitos de su realidad biológica (con un sistema que avanza entre su propio ritmo y la velocidad que aporta la enfermedad), en la experiencia de alejamiento o pérdida

¹⁵⁷ *Ibidem*, p. 581.

¹⁵⁸ *Ibidem*, pp. 557 y 558.

¹⁵⁹ *Ibidem*, p. 564.

definitiva de los amigos (desde los albores de la muerte que ronda el ambiente) o en el descolocamiento que provoca seguir el paso de la sociedad en la etapa de vejez, y que se torna una odisea para el anciano, la sociedad, y todo aquel que esté interesado en la preservación de la humanidad con toda su huella de fragilidad.

Los ámbitos señalados se muestran como un riesgo latente en la persona anciana, las continuas transformaciones en sí y en la realidad que los circunde y que afecta su existencia la pone en riesgo constante de “corta[r] sus relaciones afectivas con los demás”,¹⁶⁰ es decir, de tender al alejamiento de los otros, que puede no desearse pero que se opera como respuesta que busca evadir la desconfianza presente, optando por centrarse solo en sí mismo para protegerse. Pese a ello, cabe advertir que frecuentemente “...la desconfianza acarrea una ruptura de comunicación”.¹⁶¹ Por otra parte, “Por lo común, al viejo no le basta replegarse sobre sí mismo para protegerse de los demás; su afectividad está concentrada en los límites de su estrecho universo, pero no suprimida”.¹⁶² Y con lo que aportan los testimonios ya expresados donde la afectación que deja la experiencia de amistad se evidencia en su rasgo de constante necesidad, se reconoce que esa concentración de afecto contenida en la vejez, por modificada que se encuentre, efectivamente, no se suprime, porque suprimirla implica deshacerse de la condición indigente del ser humano, su sólo intento acarrea el riesgo de descarnar, precisamente, lo humano de ese ser, lo que sería su liquidación.

Ciertamente al anciano no le basta replegarse sobre sí, de hecho, no le bastan muchas realidades más. Como ser limitado tiene esa necesidad de comunicar su indigencia. Y a pesar de padecer una evidente ruptura comunicativa, que ya no es rara en una existencia que se abre y cierra consciente e inconscientemente, (y que además tiene bajo sí una actual etapa de vida que cimbra hondo), el anciano es sensible a este movimiento, expresado desde una interminable necesidad del otro, necesidad de relación capaz de enmarcarse en clave de comunicación autorrevelativa o de encuentro constante y profundo; esta comunicación no dejará de gritarle, desde lo más hondo de sí, la huella del amigo, por cerca o lejos que se encuentre de él.

¹⁶⁰ *Idem.*

¹⁶¹ *Idem.*

¹⁶² *Ibidem*, p. 571.

El anciano, al igual que cualquier ser humano, tiene sus propias razones que le dificultan sus vínculos de amistad, pero al mismo tiempo también tiene otras razones que se anidan en su estructura constitutiva y que lo impulsan a una frágil y vital experiencia como la amistad, esta continua tensión lo pone delante de una válida pregunta: “encontrar nuevos amigos [o mantener los que aún se conservan] ahora requiere un esfuerzo vital y energía. ¿Y merece la pena la inversión de tiempo? Al fin y al cabo, la amistad, por no hablar del amor, exige una gran cantidad de solicitud”.¹⁶³ No se trata de inversión de tiempo desvinculado y efímero cargado de mera información que se da y calcula, esta solicitud implica el desafío de un vínculo vulnerable entre amigos que se arriesguen al cuidado y aceptación compasiva del otro, donde se desvele la aceptación de sí mismo. Cosa innegablemente difícil, pero vital para el anciano y para toda existencia frágil.

El viejo y el mar... y su amigo

Nos acercamos nuevamente a esta novela para seguir alimentando la reflexión buscada, solo que ahora en una relación más clara con los valiosos aportes que nos ofrece la *antropología del límite*, con la aproximación más explícita a la experiencia de amistad y con las contribuciones de aquellos pensadores que acompañan y siguen iluminando esta reflexión.

Desde una pluma capaz de fascinar por su sencillez y creatividad, Hemingway logró dar rostro al universo interno de Santiago, su personaje principal; en él consiguió no solamente comunicar la incierta vida de una persona anciana, pobre, y sola, además, transparentó la huella que el viejo pescador guardaba del amigo, cual marca que hería y, a su vez, acompañaba a Santiago en su aventura a través de una inmensidad marina tan capaz de propiciar la vida como de arrebatársela. La historia que ofrece el escritor norteamericano en su breve y sugerente novela, permite reconocer el itinerario del viejo pescador rodeado de una insuficiente, aunque significativa y en movimiento, comprensión del límite que le constituye, enmarcado en un contexto físico y existencial que enfatiza otros aspectos desvelados por su situación actual; su travesía puede verse como un itinerario en espiral, sujeto a subidas y bajadas, ocultamientos o desvelaciones, de sí mismo y de los otros, y que como camino que guarda la expectativa de una próxima parada, poco a poco se aproxima a un lugar cada vez más propio, familiar, compasivo, que le permita recobrar fuerzas, con conciencia de aquellas

¹⁶³ Joan Chittister, *El don de los años...*, p. 95.

que ha perdido, para continuar de nuevo por la travesía de vida capaz de una comprensión más nutrida de sí.

Un viejo en resistencia

Lo que se muestra como un combate, primero con el gran pez y luego con las continuas manadas de tiburones que acechan violentamente al anciano pescador, en realidad nos desvela un ejemplo de resistencia desde el límite, resistencia que es posible afrontar, para un ser como el humano, de dos formas, a saber, “No es lo mismo *resistir* al límite que *resistir* en él”. Y efectivamente, estos dos modos de afrontar la realidad limitada nos dejan dispuestos a una posible lucha, es decir, a un riesgo constante de combate entre fuerzas tanto propias como ajenas, que en innegable combinación, una y otra vez, nos evidencian los límites de la constitución del hombre, y afectará su existencia completa, por más intentos de traspasarlo, dotándola de tantas alegrías como tristezas; *resistir* al límite, como postula Peter, sitúa al hombre en una negación de él, se muestra desde una afanada evasión que intenta salirse de todo aquello que huelga a limitación, con riesgo de salirse de la realidad misma. Sin embargo, el hecho de poseer dos formas de afrontamiento, como recuerda la *antropología del límite*, también nos deja al alcance una forma de transitar por la aceptación del límite en sí y en el otro (*resistir* en), que a pesar de estar sujeta a movimiento e insuficiencia es una forma de acoger con todo y su dificultad la condición limitada, dejando camino abierto a una percepción más adecuada de lo real, con el posible acercamiento a una comprensión siempre necesaria del ser humano, comprensión que vale la pena no olvidar, guarda un rasgo compasivo de vital importancia.

Santiago —al igual que otros ancianos frente a su actual etapa de vida, a todas las transformaciones que están expuestos (biológica, psicológica, social, económica), y a los retos que se presentan en una cotidianidad social capaz de producir toda clase de inseguridades— quedó abierto al afrontamiento del límite en las dos formas ya anotadas, pero con algunas coordenadas propias de la resistencia que nos parece importante apuntar y que reflejan tenacidad, terquedad, y serenidad¹⁶⁴ (más allá del prejuicio). Estos movimientos hablan de un resistir que sabe del límite porque lo palpa de diferentes modos. Mirar en la

¹⁶⁴ La idea de reconocer estas coordenadas o actitudes en la vejez me la inspiró Alejandro Guerrero Reynoso S.J.

experiencia estas coordinadas (con menor o mayor conciencia) es un modo de ir reconociendo la posición tomada frente a algo, en este caso, al límite de la realidad en afectación propia o ajena. Así, la expresión comunicativa de estos movimientos, pues no son estados definitivos y se nutren del compartir mutuo que puede aportar también el reflejo valioso ofrecido desde la mirada del otro, hacen posible una cercanía a la comprensión del hombre. Por tanto, la tenacidad, la terquedad y la serenidad, reconocidas, aportan una referencia capaz de orientar o de simplemente descubrir el paso de la limitación por la vida, sin tanta indiferencia, negación o ingenuidad.

La tenacidad¹⁶⁵ se juega en una indiscutible constancia, persistencia en aquello que atrae, que provoca o emociona, y que, pese a cualquier posible dificultad o mayor esfuerzo exigido, se revela como empeño que moviliza, que busca mantener algo cerca de sí, mantiene el límite en su horizonte, lucha con él teniendo la mirada no sólo en él, sino en lo que genera anhelo o aprecio. Desde la terquedad,¹⁶⁶ se apuesta por un aferrarse a algo o alguien, es impulso que en sus pretensiones corre gran riesgo de intentar traspasar u olvidar una adecuada percepción de la realidad limitada, de los propios medios, o de la fuerza para lograr lo que se busca. La terquedad, si borra de su panorama la situación actual de fuerzas, es porque antes ya ha intentado borrar la fragilidad, pese a ello, no es ajena al límite, combate con él en una posible ingenuidad que genera resultados esperados o no. Por último, la serenidad, intentando distanciarla de aquel prejuicio que la ve solo como imperturbabilidad inamovible, lograda por una especie de magia que demerita el esfuerzo, conviene concebirla como coordinada que tampoco ha soltado el límite de sus entrañas, pues a pesar de que guarda en la palabra que le conforma (*sereno*), la huella de “lo claro, lo despejado y sin nubes”,¹⁶⁷ no es claridad total, es cierto despejo que, en la situación actual, puede reconocerse sin nubes, pero que no las niega definitivamente, sabe que están ahí y que en cualquier momento pueden aparecer, de ahí que se muestre como intento que despeja, limitadamente, el límite; en la serenidad se sabe de la realidad limitada, pero se goza de una claridad que habita la experiencia de cada anciano y que puede dialogar con esa realidad, dando una orientación importante, aunque

¹⁶⁵ Conformada por el adjetivo Tenaz: “Que se pega, ase o prende a una cosa, y es dificultoso de separar”, Ver <https://dle.rae.es/tenaz?m=form> Consultado 23/XII/23.

¹⁶⁶ Conformado por el adjetivo Terco: “Pertinaz, obstinado e irreductible”, Ver <https://dle.rae.es/terco?m=form> Consultado 23/XII/23.

¹⁶⁷ <https://dle.rae.es/sereno?m=form> Consultado 23/XII/23.

nunca definitiva. Las tres coordenadas se leen desde esas dos formas de afrontamiento, *resistir* al o en el límite, lo llevan en una relación de insuficiente suficiencia, tan paradójica como la existencia del ser humano. Y la persona anciana algo sabe de ello, puede resonar más o menos desde la propia experiencia sus constantes coordenadas.

El anciano pescador dejó ver su tenacidad ante aquello que le atrae y moviliza para dar un mayor esfuerzo, “No tengo calambres y me siento fuerte, [...] para tirar así, tiene que ser un pez de marca mayor”,¹⁶⁸ “Es maravilloso y extraño, y quién sabe qué edad tendrá —pensó— Jamás he cogido un pez tan fuerte, ni que se portara de un modo tan extraño”,¹⁶⁹ esa extrañeza es la que le fascinó para que por varios días intentara atraer al pez hacia sí, su tenacidad se ve nutrida por el hecho de sentirse, en principio, fuerte y sin calambres. Santiago también muestra su terquedad al aferrarse obstinadamente a pesar del peligro, “Brincando y precipitándose locamente pudiera acabar conmigo”,¹⁷⁰ pero su terquedad le hace imaginar que el hecho de no ser visto puede justificar su confrontación con aquello que amenaza la propia vida, “No puede saber que no hay más que un hombre contra él, ni que este hombre es un anciano”.¹⁷¹ O en el enfrentamiento con las manadas de tiburones, que avalado por una astucia (que para algunos está muy mezclada con valentía) también evidenciaba su terquedad, “clavó la vista en los tiburones que se acercaban [...] cuando tenían hambre eran capaces de morder un remo o un timón de barco [...] y atacaban a un hombre en el agua si tenían hambre aun cuando el hombre no llevara encima sangre ni mucosidad de pez. —¡Ay! —dijo el viejo—. Galanos. ¡Vengan, galanos!”.¹⁷²

Y tampoco podemos negar la serenidad que el viejo experimentó todavía en peligro o ya sabiéndose seguro y cerca de casa. Santiago atisba cierta claridad sobre sí mismo y sobre la realidad que, sin dejar de amenazar, se muestra con otro tenor, no hay nubes ni tiburones a la vista, pero eso no niega su existencia, “Soy un hombre viejo y cansado”,¹⁷³ “Ahora he terminado —pensó—. Probablemente me vuelvan a atacar. Pero ¿qué puede hacer un hombre contra ellos en la oscuridad y sin un arma? [...] Ojalá no tenga que volver a pelear —pensó—

¹⁶⁸ Ernest Hemingway, *El viejo y el mar*, p. 28.

¹⁶⁹ *Ibidem*, p. 29.

¹⁷⁰ *Idem*.

¹⁷¹ *Idem*.

¹⁷² *Ibidem*, p. 63.

¹⁷³ *Ibidem*, p. 56.

”,¹⁷⁴ “Podía percibir que ahora estaba dentro de la corriente y veía las luces de las colonias de la playa y a lo largo de la orilla. Sabía ahora dónde estaba y que llegaría sin ninguna dificultad”.¹⁷⁵ Las consecuencias de estas tres coordenadas siempre guardan algo de sorpresa, nada está definido en un ser humano tan enigmático, y con una vida llena de desafíos. La tenacidad, la terquedad y la serenidad son respuesta a un haber palpado el límite, el ser humano desde estas coordenadas orienta su resistencia en el límite, en sí mismo y en lo otro, acercándose a una reflexión a partir de lo hecho o lo que está por hacer, y aunque no abarca la conciencia total del límite, sí camina en una posible y siempre necesaria comprensión, llamada a encontrar la aceptación compasiva de la limitación propia y ajena.

De cara al límite ningún hombre está liberado de ambos movimientos, *resistir* al o *resistir* en, esa apertura es evidencia de la enigmática ambigüedad de lo humano. En este contexto es que tratamos de situar la experiencia del viejo pescador, que puede ser reflejo de la realidad presente en la etapa de vejez. La travesía de Santiago en el mar evidencia, a la luz de sus ya conocidas luchas, el desestabilizador y continuo golpe de realidad actual: la percepción de su vejez desde una transformación de las propias fuerzas, “Soy un viejo. Pero no estoy desarmado”;¹⁷⁶ también le sigue acompañando la conciencia de ser parte de una población anciana pobre, donde, de una forma u otra, la sociedad que habita influye en sus preocupaciones y búsquedas, “¡qué pez más grande! Y que bien lo pagarán en el mercado”, “Me hubiera gustado llevar a pescar al gran Di Maggio —dijo el viejo—. Dicen que su padre era pescador. Quizá fuese tan pobre como nosotros y comprendiese”;¹⁷⁷ así como la añoranza por la presencia del otro, por el anhelo constante de que el muchacho estuviera con él, que más allá de la ayuda que éste pudiera brindar en la captura del pez, se muestra como vital vínculo que da soporte a la existencia limitada, “El muchacho sostiene mi vida”,¹⁷⁸ un sostenimiento capaz de revelarse en el encuentro de amistad. Importante, desvelador, y continuo golpe de realidad el que pudo palpar el viejo; entre esas y otras experiencias se dibuja su resistencia, su forma de afrontar el límite en la ancianidad.

¹⁷⁴ *Ibidem*, p. 68.

¹⁷⁵ *Ibidem*, p. 69.

¹⁷⁶ *Ibidem*, p. 61.

¹⁷⁷ *Ibidem*, p. 14.

¹⁷⁸ *Ibidem*, p. 62.

El viejo y el amigo en mutua resistencia

Ya se ha expresado el hecho de que la experiencia con los amigos no deja indiferente a las personas ancianas, y pese a las dificultades que puede haber para cultivar nuevos vínculos o para conservar las relaciones de amistad ya existentes, siempre que quede la huella del límite, que es causa de la inagotable indigencia en el ser humano, quedará la posibilidad de vivir esta experiencia, ya que “El hombre no puede, so pena de enfermarse, cerrar con la llave de la introversión total la experiencia del límite que percibe, experimenta y practica en todo momento de su vida”,¹⁷⁹ por eso se enfatiza que el “hombre no puede abrazar su límite, aceptarlo, si su abrazo no contempla el encuentro y el abrazo del otro”,¹⁸⁰ de ahí que la amistad pueda ser una expresión de ese abrazo extendido, que aun sabiéndose limitado se arriesga en alcanzar al otro, con quien se comparte la indigencia abierta, es decir, la comunicación autorrevelativa, que a base de encuentros profundos y constantes puede reconocerse como amistad. Esta experiencia también la experimenta el anciano pescador.

La amistad entre Santiago y Manolo puede verse como una “filigrana de encuentros”, pues implica la decoración de una existencia con hilos de constancia y delicadeza propios de la fragilidad humana. Esta constancia es la que se apuesta en la búsqueda del otro, en el encuentro profundo, y de eso ambos dan cuenta, el viejo y el muchacho luchan por continuar cultivando el vínculo que tienen, resisten no sólo el límite que impone la misma modalidad paradójica que poseen en su indigencia, ya que “El hombre se percibe simultáneamente abierto por un motivo y cerrado por otro”,¹⁸¹ pero ellos enfrentan esa latente dificultad constitutiva en una clara disposición para encontrarse (están abiertos), además, resisten las dificultades que la misma sociedad construye y por las que se hace más difícil el acceso al horizonte del otro. A pesar de los obstáculos presentes ambos han posibilitado un despertar que moviliza la fragilidad compartida, “—Usted es mi despertador —dijo el muchacho—. —La edad es mi despertador —dijo el viejo—”.¹⁸² Y es que, independientemente de las razones que provocan un despertar distinto, logran poner en común la vida. Santiago se despierta con una encomienda, sabe que el otro requiere de él, que le necesita, mientras que

¹⁷⁹ Ricardo Peter, *Honra tu límite...*, p. 72.

¹⁸⁰ *Ibidem*, p. 163.

¹⁸¹ *Ibidem*, p. 75.

¹⁸² Ernest Hemingway, *El viejo y el mar*, p. 15.

Manolo duerme confiando en que el amigo llegará. Hay confianza mutua a pesar de las diferencias o dificultades, ambos dan cuenta de un encaminarse hacia el espacio del otro, pues el viejo “Simplemente despertaba, miraba por la puerta abierta a la luna y desenrollaba sus pantalones y se los ponía. Orinaba junto a la choza y luego subía al camino a despertar al muchacho”,¹⁸³ mientras que “La puerta de la casa donde vivía el muchacho no estaba cerrada con llave. [...] El muchacho estaba dormido en un catre en el primer cuarto y el viejo podía verlo claramente”.¹⁸⁴ Esto es posible porque ninguno ha cerrado su puerta con llave, pese a las dificultades, existe la apertura por la que el otro puede entrar al mundo del amigo en un compartir que tiene mucha coincidencia con la aproximación de amistad que nos ofrece Giorgio Agamben, “La amistad es el compartir que precede a toda división, porque lo que tiene que repartir es el hecho mismo de existir, la vida misma.”¹⁸⁵ Y esto es lo que comparten el anciano pescador y el joven.

La importante travesía que experimentó el viejo en el mar le llevó a tocar, con huella de nostalgia, su profunda necesidad de intimidad, de ese seguir compartiendo la vida con el otro que se ha vuelto amigo. De ahí que las siete peticiones que Santiago expresa deseando que el muchacho esté con él son una prueba innegable de ello, pues como ya lo advirtió Cicerón, “¿Qué cosa tan dulce como tener uno con quien hablar como consigo mismo?”.¹⁸⁶ Y esta cosa dulce es la que también parece añorar el anciano pescador, se trata de una nostalgia por el semejante, que en su diferencia, puede ser resonancia de la existencia desde un significativo tono de fragilidad expuesta que, misteriosamente, fortalece, pero sin jamás salirse de la constatación del límite, el cual ofrece una consistencia que tampoco olvida la insuficiencia de un “medio tan opaco y macizo como la palabra ante las indestilables exigencias de la autorrevelación”.¹⁸⁷ Sin embargo, el compartir desde los ámbitos de la comunicación autorrevelativa que nos evoca Cicerón, y de los que también da cuenta el viejo en sus continuas añoranzas, evidencian una necesaria e inquieta apertura al encuentro que busca compañía en el asombro mutuo, en la ayuda práctica, en la conversación capaz de palpar la palabra que se comparte y escucha, así como en el ineludible silencio que también reclama

¹⁸³ *Ibidem*, p. 16.

¹⁸⁴ *Idem*.

¹⁸⁵ Giorgio Agamben, *Qué es un dispositivo*, Adriana Hidalgo Editora, Buenos Aires, 2014, p. 40.

¹⁸⁶ Marco Tulio Cicerón, *De la amistad*, Porrúa, Ciudad de México, 2016, p. 181. Esta noción de amistad me la sugirió Rafael Moreno Villa S.J.

¹⁸⁷ Ricardo Peter, *Honra tu límite...*, p. 70.

su necesidad, pues cuando el viejo “y el muchacho pescaban juntos, generalmente hablaban únicamente cuando era necesario, hablaban de noche o cuando los cogía el mal tiempo”,¹⁸⁸ pero aún en esa disminución de palabras se saben acompañados, palpan las exigencias de una autorrevelación que evidencia a todo lo largo y ancho la indigencia que habita al ser humano.

El vínculo que se da entre el viejo y el muchacho deja ver la posibilidad de una amistad capaz de nutrirse por su carácter intergeneracional, donde se reflejan algunas de las bondades que Simone de Beauvoir ya había plasmado en el caso de una amistad con alguien más joven, que puede ser posibilidad de una experiencia donde las personas ancianas

se sienten rejuvenecer en contacto con su juventud. Fuera de todo vínculo familiar, la amistad de los jóvenes es preciosa para las personas de edad; les da la impresión de que el tiempo en que viven sigue siendo su tiempo, resucita su propia juventud, los trasporta al infinito del porvenir; es la mejor defensa contra la melancolía que amenaza a la edad proveya. Desgraciadamente esas relaciones son raras, jóvenes y viejos pertenecen a dos mundos entre los cuales hay poca comunicación.¹⁸⁹

A pesar de la rareza que acompaña esta experiencia de relación intergeneracional, puede darse la sorpresa de una amistad que intenta franquear los diversos obstáculos que tienden a separar a jóvenes y viejos dificultando la mutua comunicación. Estos mundos que parecen tan incompatibles, como el mundo de *El Principito* de cara a la amistad con un zorro, no son imposibles, pueden resistir en el límite, pero requieren disposición, esfuerzo y constancia en la profundidad del encuentro, que se torna capaz de generar una amistad no idealizada, sino en conciencia de ser una relación entre seres limitados que reconocen que en la amistad siempre hay algo que se muestra y cubre, alegría o entristece, pero cada desvelación y ocultamiento, alegría y tristeza que emane de la amistad, y que exponga la huella del límite, intentará ser camino que no rechaza o ignora la indigencia sino que busca acompañarla, en una difícil ruta que, por intentar ser fiel a lo humano del hombre, tropezará en ese mismo esfuerzo de fidelidad. Pero cada tropiezo será posibilidad de comprensión (compasión) del hombre.

La apuesta por relacionar mundos que parecen incomunicables, y las significativas consecuencias que emanan de ese riesgo emprendido, nos acerca a un ejemplo que puede ser

¹⁸⁸ Ernest Hemingway, *El viejo y el mar*, p. 24.

¹⁸⁹ Simone de Beauvoir, *La vejez*, p. 569.

ilustrativo de la importancia de apostar por una comunicación que vincule en amistad a pesar de las diferencias existentes. Nos referimos a la aventura que emprendió el misionero jesuita Mateo Ricci a finales del siglo XVI en un intento por acercarse a China y entrar en diálogo con lo que se veía como realidades tremendamente desvinculadas: Oriente y Occidente (con su propia fe y cultura), pero capaces de relación.¹⁹⁰ La aproximación a este mundo por parte del misionero italiano se inició con una obra sobre la amistad que él mismo escribió y que consideraba clave para entablar vínculo con lo lejano, es así como “*De la amistad* es la primera obra escrita en chino por un europeo”,¹⁹¹ desde la convicción de que la experiencia de amistad, (también apreciada a la luz de la literatura) podía reconocerse en “su profundo alcance como instrumento de comunicación intercultural”,¹⁹² es decir, Ricci vislumbraba la necesidad de intentar transmitir una experiencia capaz de ser puente entre dos realidades que podían comunicarse y enriquecerse mutuamente, o dicho de otra forma, veía la importancia de ser amigo a pesar de cualquier dificultad o separación reforzada por la propia sociedad o cultura.

La intuición del misionero no estaba desvinculada de la realidad humana, sino en sintonía con la necesidad que el ser humano tiene de comunicar su indigencia; su iniciativa (con todos los esfuerzos y objetivos contextuales) se nutrieron de continuos y profundos encuentros que fueron resonando en los habitantes de Oriente. Da cuenta de ello Santiago Madrigal al referir las palabras del rey Jian’an mientras recibía al misionero en su casa, “Cuando hombres nobles de gran virtud se dignan a pasar a mi tierra, no hay ocasión en que no los invite, les trate como amigos y los honre”.¹⁹³ Este pasar a la tierra del otro es una hazaña que descoloca a ambas partes, es la vulnerabilidad expuesta desde una indigencia que se sabe abierta, y que reconoce en la amistad una forma de acompañar esta apertura. Acercarse a la tierra del otro en una dinámica de amistad es experiencia de salida intentando palpar la fragilidad del amigo desde unas manos que ya han palpado la propia fragilidad. Así, desde este ejemplo que se enmarca en una clara distancia de época y en las pretensiones que rodeaban la mentalidad de un misionero hijo de su fe y tiempo, puede apreciarse que “De la amistad de Ricci, cuyo

¹⁹⁰ Santiago Madrigal, “Mateo Ricci, la sabiduría universal de la amistad” en *Razón y fe*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid, Tomo 262, diciembre 2010, pp. 355-370.

<https://revistas.comillas.edu/index.php/razonyfe/article/view/10207/9607> Consultado 23/XII/23.

¹⁹¹ *Ibidem*, p. 362.

¹⁹² *Ibidem*, p. 363.

¹⁹³ *Idem*.

contenido sería la prueba más fehaciente de que la mentalidad y la cultura de Oriente y Occidente son convergentes en una misma aspiración de verdadera humanidad”,¹⁹⁴ no deja de sugerirnos esta posible convergencia de lo verdaderamente humano, que también se refleja en la experiencia de amistad. Siendo amigo se mantiene abierta la posibilidad de converger en esa humanidad limitada, indigente, que aun en etapa de vejez, sigue estando capacitada para vincularse a esas aspiraciones que se aferran a lo más humano del hombre.

La amistad con las “personas de edad” requiere un esfuerzo que no sólo compete a los ancianos, ni a los jóvenes, sino a todos aquellos que optan por un acompañamiento mutuo en su ser indigente y con todo lo que implica el compartir desde la fragilidad; ser amigo en la vejez, o en cualquier etapa de la vida, se vuelve una expresión más próxima al resistir en el límite, porque no se ignora la paradójica existencia, sino que se decide afrontar con todas sus manifestaciones y efectos, que así como apuntan al gozo por el compartir, por la compañía, y el cuidado, también tocan el dolor de la distancia, de la ausencia definitiva, y del conflicto propio de un ser tan suyo (en su constitución biológica) como del otro (realidad social). De esto son ejemplo el viejo pescador y su amigo, los testimonios de aquellos ancianos que nos refiere de Beauvoir, la experiencia de Mateo Ricci, y las personas que desean acompañar su indigencia a través de este importante vínculo.

La experiencia de amistad en la vejez es otra forma de seguir comprendiéndose como ser humano, es decir, es un modo de compasión que sin descartar todo lo que puede negar la vejez, tampoco olvida la extensión de todo lo que afirma o posibilita esta etapa de vida, no se cierran los ojos a ninguna de estas realidades, pero se opta por compartir estos asuntos a través de vínculos nuevos o conservando los ya existentes con los coetáneos, adultos, jóvenes o niños (en los alcances posibles según la dinámica de cada edad) desde una posibilidad siempre nueva de relacionarse y ser amigos en un mutuo soporte. La amistad en la vejez tampoco se presenta como solución al problema antropológico que enfrenta un ser tan enigmático como el humano, solo es una forma de respuesta, tan frágil como necesaria, que apuesta por comunicar la indigencia del hombre limitado, comunicación que para una persona envejecida, con todas las desventajas de relación que tiende a fortalecer la sociedad de la que es parte y con las disminuciones naturales o anómalas que alberga una base orgánica

¹⁹⁴ *Ibidem*, p. 362.

de larga duración, se muestra tan difícil como necesaria, pues la vitalidad propia de este vínculo se concibe como “una relación de alteridad básica sin la que ningún ser humano podría humanamente sobrevivir”.¹⁹⁵

La persona anciana tiene muchas formas de vivir su vejez, afronta el límite desde aquello que tiene a la mano o desde la influencia de aquellos que pueden coincidir en su vida, pero es indudable que cada anciano posee una trayectoria tan única y peculiar que es imposible simplificar, y que constantemente reclama una necesaria comprensión que no se logra a la distancia sino en la cercanía. Habrá quienes gusten vivir la vejez en el silencio de su propio hogar, de su campo, o quienes prefieran modelar su existencia de largas conversaciones con aquel que desee prestar oído, habrá ancianos que encuentren un espacio vitalizador al cobijo de sus hijos, nietos o algún familiar que les preste compañía o ayuda, otros más reconocerán esta acogida o vitalidad en la comunidad conformada por algún asilo o clínica encargada de brindar los cuidados necesarios, también estarán aquellos que encuentren su propio espacio de gozo leyendo novelas de amor en medio de la selva (como el viejo que relata Luis Sepúlveda en su apasionante novela), u ocupándose de aquellos intereses intelectuales, laborales o lúdicos que puedan y quieran ejercer. Pero sabemos que todas estas posibilidades de vivir la vejez también pueden ser negadas, reducidas o violentamente arrebatadas, en una suerte que no sólo incluye a la persona anciana sino a toda la sociedad de la que son parte.

No se puede perder de vista a las “personas de edad”, visión que incluye sus necesidades, gozos y problemáticas en comunicación, porque toda brecha que establezcamos o reforcemos en la convivencia entre el anciano y cualquier persona que aún no esté en esta etapa de vida, significará una miopía de nuestra propia humanidad, por ello, desde su época o contexto específico Simone de Beauvoir ya intentaba sacudir nuestra existencia y sociedad con palabras que requieren no olvidarse, “Cuando se ha comprendido lo que es la condición de los viejos no es posible conformarse con reclamar una “política de la vejez” más generosa, un aumento de las pensiones, alojamientos sanos, ocios organizados. Todo el sistema es lo que está en juego y la reivindicación no puede sino ser radical: cambiar la vida”.¹⁹⁶ Un cambio de vida que desafía por el esfuerzo de asumir nuestra fragilidad y la del otro, en un

¹⁹⁵ Joan-Carles, Mèlich, *Ética de la Compasión*, p. 122.

¹⁹⁶ Simone de Beauvoir, *La vejez*, pp. 649 y 650.

posible vínculo que, a pesar de estar tan desestimado en esta época de efervescencia productiva y tecnológica o confundido por la velocidad efímera del encuentro, sigue quedando al alcance del ser que se sabe indigente; la amistad es un camino de cambio, donde lo que cambia no es nuestra realidad limitada, sino la absurda pretensión de bastarse a sí mismo, en una autosuficiencia que termina rechazando al otro, porque antes ya se ha gestado un rechazo de sí mismo. Toda reivindicación en beneficio de una sociedad que no descarte lo humano de los miembros que la conforman deberá mirar la fragilidad que les constituye, cada acercamiento sincero a esta condición frágil que expone el límite, y que es causa de la inagotable indigencia, queda abierta a reconocer la constante necesidad del otro, esa intimidad que sintoniza con una experiencia que se asemeja a la “filigrana de encuentros”, donde el arte de congregar hilos, como trayectorias vitales, para que sea intento asiduo de enriquecer la existencia propia y ajena. La constancia y delicadeza de cada encuentro descubrirá al amigo, que, así como la filigrana, puede transformar los matices de la vida que a veces se tornan opacos.

La historia del viejo en el mar que nos ofrece Hemingway y que hemos privilegiado como inspiración valiosa que permite iluminar la vejez a la luz de la *antropología de límite* y de la experiencia de amistad, permitió reconocer en cada paso de esta breve historia, que la vida del anciano pescador, como la vida de muchas personas ancianas (sujeta a tenacidad, terquedad y serenidad), no es la misma sin la presencia o ausencia del amigo, hay algo en esta experiencia vivida en la vejez que se torna tan difícil como necesaria, y que creemos que se debe a la inagotable indigencia del ser humano que añora al otro, y que lo añora más cuando lo siente cercano, cuando se encuentra con él en un encuentro amistoso. Continuar viviendo la amistad en la vejez es un desafío para el propio anciano (que alberga sus dificultades propias), además de ello, ser amigo de la persona anciana es otro gran desafío que tienen los miembros de la sociedad que no se reconocen aún en la vejez. La amistad es una forma de *resistir* en el límite, de la cual el anciano puede gozar sabiendo que, sin evadir su propia constitución limitada, es capaz de acompañarla en el encuentro profundo y constante con el otro, es capaz de estar frente al amigo, “sentado a su lado

contemplándolo”,¹⁹⁷ sabiendo que contempla una fragilidad de todos, necesaria de abrazar en una compasiva comunicación de amor.

¹⁹⁷ Ernest Hemingway, *El viejo y el mar*, p. 73.

REFLEXIONES FINALES

El interés por la vejez ha estado presente desde una clara motivación biográfica que se nutre de las distintas experiencias de vida con personas ancianas en diferentes contextos. Dichas experiencias de encuentro han provocado varias interrogantes sobre la forma de vivir o afrontar la vejez, cuestiones que, por el hecho de ser experimentadas en una etapa de vida distinta a la ancianidad, han fortalecido el reconocimiento de que este tema, peculiarmente humano, implica no sólo a la persona anciana en su realidad actual, sino a todos aquellos que le rodeamos en una mayor o menor cercanía y que, de una forma u otra, también somos afectados por su situación de vida. De ahí que el presente trabajo haya intentado ser un esfuerzo por ahondar en la vejez, desde una comprensión que permita ver en esta etapa otras aristas de la humanidad compartida, las cuales no pueden dejar de interpelar, por un lado, a la sociedad de la que son parte las “personas de edad”, y por otro, al anciano en su propia experiencia de vejez, en una necesaria relación que involucra a ambos en sus alegrías y tristezas, y que no deja de llamar a la constante vinculación de unos con otros.

Al inicio de este trabajo reconocía una inquietud por ahondar en la vejez más allá de las opiniones que suelen reducir esta etapa a dos tendencias inmediatas: idealizarla, exaltándola desde unas cualidades que ni agotan la vejez, ni se obtienen por el solo hecho de tener más años, ni la gozan solo las personas ancianas (y que al asumirlas en una especie de simplificación de esta etapa obstaculizan una mayor comprensión de ella); o, reducirla a una especie de infortunio que cierra todo horizonte como una desgracia que acaece a todos por igual. Este punto de partida me hacía mirar también mis propios presupuestos al acercarme al tema, y al hacerlo, me daba cuenta de que ambas tendencias estaban en mí y que requerían un importante escrutinio, sin embargo, sentía un impulso mayor por profundizar el segundo aspecto, pues parece ser el más esparcido en nuestras sociedades actuales de una forma tanto consciente como subliminal (ante esto basta ver la definición que ofrece el *Diccionario de la lengua española* en un intento por definir la vejez de forma breve y rápida),¹⁹⁸ pues se tiende

¹⁹⁸ Ver *infra*, p. 37.

a focalizar la vejez en su solo aspecto negativo, y al hacerlo, se genera un inevitable rechazo a la fragilidad propia y ajena. No quería ser ciego a todo lo que puede traer la vejez y que queda abierto a una mirada positiva y negativa. Así, sin olvidar este deseo, me decanté por un esfuerzo que ahondara más la fragilidad humana en constante intento de sinceridad sobre lo que puede albergar la frágil condición del humano en esta etapa de vida.

Las primeras obras leídas en torno al tema reforzaron el interés por no abandonar el camino de una mayor comprensión de la ancianidad, *De la Vejez* de Cicerón y *La Vejez* de Simone de Beauvoir ofrecieron un valioso acercamiento, y en su momento encontraron un lugar en el presente trabajo. La obra de Cicerón me acercaba a apreciar esta etapa de vida, por las posibilidades que refleja en torno a las relaciones que aún puede tener la persona anciana y por las actividades vitales o gozosas que varios de los ancianos aún siguen ejerciendo, sin embargo, por su peculiar estilo apologista esta obra me dejaba una sabor de insatisfacción ante todo aquello que también padece el anciano y que no necesariamente lleva a exaltar la vejez o a privilegiarla por encima de otras etapas, pues hay anhelos o necesidades profundamente humanas que, con una fuerza mayor o menor, siguen acompañando al anciano en el decurso de su vida, y le provocan un inevitable desconcierto. *La Vejez* aportó un gran descubrimiento en torno a los distintos enfoques desde los que puede abordarse esta realidad que alcanza o afecta la dimensión existencial del anciano. Además de este esfuerzo de comprensión que trata de visibilizar la situación de la persona anciana, la pensadora francesa también dejó un valioso recorrido por varias sociedades, y las diferentes formas en que se entiende y vive la vejez según cada época o cultura. De ahí el énfasis en lo peligroso o ingenuo que puede ser intentar reducir o simplificar esta etapa, y en lo necesario de seguir apostando por una comprensión siempre abierta que no olvide, y menos se desinterese, del ser humano en su vejez. La riqueza de testimonios de personas ancianas que recopila De Beauvoir sobre el modo diverso de experimentar la vejez, han sido una importante referencia para nutrir este trabajo, especialmente en el tercer apartado.

En un intento por recuperar la voz de los ancianos sobre la forma en que viven su etapa de vida, y a manera de ir esclareciendo las tendencias o prejuicios en torno a ella, tuve la fuerte inquietud por hacer un trabajo de campo con la intención de escuchar la vejez en la propia voz de quienes la experimentan. Había pensado algunas entrevistas a personas ancianas de

distintos contextos y había explorado modos de elaborarlas. Sin embargo, tuve que renunciar a esta inquietud con sinceridad y realismo ante el tiempo de que disponía para realizar el presente trabajo. Pese a ello, pude indagar la experiencia de ancianidad desde otros frentes: el de la literatura, a la luz del ingenio de escritores que, a pesar de la fantasía o imaginación que albergan sus creaciones, no pueden abandonar la experiencia que han palpado en la vida misma, en personas y lugares concretos que han influido su ingenio, y que los llevan a contar historias capaces de mostrar un reflejo de la humanidad que se comparte y que también se expresa en la riqueza literaria; el de los testimonios que recopila De Beauvoir y que, a pesar de la distancia de época y sociedad, y sin la intención de generalizarlos, permiten sintonizar con aquello que siguen experimentando algunos ancianos, además, el hecho de recuperar el testimonio que unos han contado de sí mismos, y que otros han deseado recopilar para sacudir nuestra indiferencia sobre la vejez y seguir nutriendo una comprensión de ésta, nos hace valorar lo que en otro tiempo ha sido voz de una persona anciana concreta, voz que resuena y que nos llama a no olvidar los ecos de aquello que tiene posibilidad de tocar lo humano más allá de cualquier contexto; y por último, el de las conversaciones informales con personas ancianas, compartiendo la vida y la amistad, que dieron oportunidad para socializar las impresiones de los avances de este trabajo. Lo que inspiraron estos amigos desde su propia experiencia de ancianidad, sin duda ha sido voz que encuentra un lugar en esta reflexión y que desvela la experiencia viva de aquello que se comparte con quienes desean continuar acercándose a la vejez desde una comprensión nunca total, y por ello, siempre necesaria.

En el marco de las inquietudes ya anotadas dos descubrimientos fueron clave para el desarrollo de este trabajo, el primero fue la novela de Ernest Hemingway *El viejo y el mar*, desde una relectura que, a varios años del primer encuentro, ahora me provocaba una fuerte fascinación por sentir que en esa breve obra del escritor norteamericano estaba el escenario adecuado para poner rostro a las inquietudes que tenía sobre una vida en la vejez. Además, el protagonista de la novela en su travesía marina, sugería la fragilidad y fuerza con la que puede enfrentarse la vida humana en una situación de ancianidad y que llama la atención por mostrar las habilidades del anciano pescador, las pérdidas o carencias cada vez más evidentes, así como el anhelo constante del otro, es decir, la nostalgia del amigo que, al ser encarnada en el viejo que nos relata Hemingway, ya sugería una relación de vital importancia

en los albores de la comprensión buscada, pero que aún necesitaba encontrar su cauce en el desarrollo de esta reflexión.

El segundo descubrimiento fue la propuesta filosófica que hace la *antropología del límite* en uno de sus principales representantes, Ricardo Peter Silva. Descubrir la propuesta de este autor, desde un acercamiento a la fragilidad humana que se desvela a través del límite, permitió poner nombre a varias de las inquietudes experimentadas sobre la realidad humana en la ancianidad, y a su vez se volvió oportunidad de diálogo desde el acercamiento a una propuesta antropológica capaz de asumir el desconcierto de una vida vulnerable, donde se incluyen las limitaciones de la persona anciana, pero desde una comprensión que ahonda la estructura del ser humano al ras del límite, lo cual permite ver horizontes que, paradójicamente, pueden mirarse o descubrirse mejor en la conciencia de aquello que limita la visión, dotando de otros matices la existencia humana en cualquier etapa de vida.

La *antropología del límite* aportó a este trabajo conceptos clave que nutren la comprensión en torno a la vejez palpada desde la fragilidad del límite y de la indigencia. Así, la peculiar limitación que se experimenta en la ancianidad no es nada ajena a la de otras etapas a pesar de los rasgos propios de cada una, porque hay algo que nos convoca a todos por la condición frágil del hombre, pues se reconoce una constitución ontológica y existencial vulnerable al límite, pero que en su vulnerabilidad da la oportunidad de emparentarse con todo ser que se diga humano, y es precisamente en esta capacidad de estar emparentado (que no es otra cosa que acompañarse compasivamente compartiendo la existencia) por y desde la fragilidad, que se fortalece la frágil existencia del hombre. Este aporte antropológico es el que también posibilitó ampliar el diálogo con *El viejo y el mar* en el tercer capítulo, en una recuperación que desvela otros matices que, si bien ya estaban en germen desde los primeros dos, se hacen más explícitos en el tercero, evidenciando la fundamental experiencia de la amistad, posible por la fragilidad humana y difícil por esta misma posibilidad, y pese a ello, capaz de vitalizar la vida de la persona anciana y de todos aquellos que, al ser amigos, se atreven a compartir y encontrar algo de la vejez en sí mismos.

El itinerario ya expuesto por el que se intentó develar las inquietudes y hallazgos propios de este trabajo, permite ahora plantear las preguntas que acompañaron la reflexión y a las que se intentó dar una respuesta, aun sabiendo que todo intento de contestación comprensiva es

parcial y aguarda la riqueza de otras miradas. Si la vejez tiende a ser vista, por el anciano y por la sociedad de la que es parte, principalmente desde ese rasgo de fragilidad que guarda, ¿hay algo más en aquella fragilidad que acompaña la vejez o en el reconocimiento de los límites que parecen imponerse con más fuerza en las “personas de edad”? ¿Qué sería aquello capaz de no dejar escapar el calor que vitaliza la existencia de los ancianos? Luego de aproximarse a una respuesta desde la *antropología del límite*, y habiendo desvelado la importancia y posibilidad de vivir la amistad en la ancianidad y en cualquier tramo de la existencia, se ahondó en lo siguiente: si la amistad es una experiencia fundamental para el ser humano en cualquier etapa de su vida ¿por qué parece (se torna) más difícil, y a su vez necesaria, en la etapa de vejez?

A continuación, intentaré ofrecer las reflexiones conclusivas extraídas de cada uno de los capítulos que integran este trabajo, intentando nutrir las cuestiones anotadas, para luego ofrecer las vetas de investigación que quedan abiertas a partir de los alcances y limitaciones que guarda esta reflexión y que puede enriquecerse con otras perspectivas.

Capítulo 1 *El viejo y el mar*, una reflexión desde la vejez. Esta novela nos dio la oportunidad de ofrecer un panorama de la realidad que vive y afecta a la persona anciana en distintos aspectos de su vida, y que permite sintonizar con la experiencia de vejez que puede tener el anciano a pesar de sus contextos diversos, de ahí que el objetivo principal estuviera no sólo en proponer dicho panorama, sino también en aproximarse a la situación de la “persona de edad” desde un lente literario capaz de comunicar el movimiento de la fragilidad en la vejez, exponiendo el vaivén de la condición humana que transita entre la negación o asunción de lo frágil. Así pudimos ver la experiencia de un anciano pescador que, a la luz de su propia trayectoria vital, trasluce lo que pueden ser rasgos comunes de la ancianidad, por los que cada persona, anciana o no, podría sentirse interpelada en su propio camino de lo frágil.

La historia del viejo que retrata Hemingway permite ver una vida en combate con la propia fragilidad, tratándose de una lucha que alcanza a afectar la relación consigo mismo y con el otro, desde el entramado de dimensiones que acompañan a todo ser humano a nivel biológico, psicológico, social o económico, y que impregna, en una relación dinámica inevitable, la realidad existencial de la persona humana. Así vimos a un anciano atravesado por la experiencia de inseguridad que suscita la pobreza económica, la soledad ante la pérdida o

distancia de las personas estimadas, el debilitamiento físico que amenaza la salud, y la violencia padecida en el propio cuerpo por la fuerza de sí mismo o por fuerzas externas; sin por ello dejar de reconocer también la confianza que da esa conciencia de las propias habilidades, la realidad de un oficio que se ha cultivado y que puede seguir ejerciéndose, en el disfrute de la contemplación de los escenarios naturales y la experiencia de saberse sostenido por el otro desde un vínculo vital. En todo este itinerario se observó la conciencia de la fragilidad en continua transformación, es decir, en el movimiento negado o asumido que pone lo frágil del ser humano en relación con el impulso que provoca la mirada autoperceptiva, reconociendo que en toda autopercepción no deja de combinarse la apreciación de sí mismo y de la realidad societal directa. Este camino dibujó la experiencia de un anciano que, desafiado por su propia fragilidad, afrontó el reto de saberse vulnerable y, misteriosamente, palpó una serenidad que se nutría de la conciencia más clara de esa frágil realidad que abre otras posibilidades a la existencia.

El rasgo que más se desea privilegiar como fruto de este primer capítulo es el que se deja ver en la continua añoranza del anciano pescador por la presencia del muchacho. A pesar de los obstáculos que ambos tuvieron para seguir encontrándose, se esforzaron por continuar nutriendo un vínculo que evidencia la experiencia de amistad, en su importancia y dificultad. Por eso la relevancia de señalar y analizar las siete expresiones que el viejo enuncia deseando que el amigo esté cerca, pues guardan el grito de una necesidad que bajo petición de ayuda o compañía, ya es anuncio de una constitución ontológica y existencial que quiere abrirse a la fragilidad desde otra mirada, la cual descubre la riqueza y penuria que, acogida con sinceridad, reconoce la necesidad del otro, el cual puede llegar a ser amigo. Este es un rasgo que muestra vulnerable al viejo en su historia, pero que podría permitir a otros ancianos sentirse próximos o identificados con sus necesidades más profundas, porque hay experiencias que nos emparentan gracias a la fragilidad que nos habita.

Capítulo 2 La *antropología del límite* y la vejez. La dificultad que enfrenta el ser humano para reconocer la fragilidad que le constituye, y que se expone en la etapa de vejez desde una peculiaridad que suplica mayor comprensión, marcó el itinerario para el segundo apartado de esta reflexión. El objetivo en ese capítulo era poner en relación los aportes de la *antropología del límite* con la realidad de la vejez, a partir de un diálogo que permitiera la comprensión de

esta etapa de vida desde la constitución ontológica y existencial del ser humano, lo cual permitió evidenciar en primer momento la relación que tiene el hombre con su propio límite y con el límite del otro.

Uno de los desconciertos que enfrenta el ser humano en el camino de comprenderse a sí mismo es dado en la posibilidad que tiene, gracias a su fragilidad, de descubrirse limitado, pero no es el único, su existencia también se desconcierta profundamente al experimentarse viejo. Esta desarmonía nos llevó a identificar desde la propuesta antropológica escogida, la convergencia que hay entre la fragilidad, el límite y la vejez, realidades que sin negar el rasgo de insuficiencia o negación que albergan, se intentó reenfocar desde las posibilidades de afirmación y consistencia que también les son propias.¹⁹⁹ De este modo se enfatizó la constitución del hombre como *ser-en-el-límite*,²⁰⁰ porque en él descubre la raíz más profunda que afecta su estructura completa, pues no únicamente lo experimenta como realidad perceptiva que toca toda su realidad psicofísica, además, le va abrazando en toda su existencia y en el ejercicio de su ser evidenciando una base ontológica y existencial que, al suelo del límite, posibilita su realidad, es decir, en la insuficiencia de ser limitado, paradójicamente, yace la afirmación, la consistencia. Por ello, en el ser humano que también se reconoce viejo, palpita la posibilidad de seguir tomando el límite en su situación actual de vejez, con un enfoque que no sólo le habla de lo gastado y antiguo, también le muestra la capacidad de reconocerse firme e implantado en un mundo que comparte, y que lo emparenta con todo ser humano pese a cualquier insuficiencia y gracias a ella. La persona anciana puede responder al límite que le constituye desde la aceptación o el rechazo, pero en su respuesta se jugará lo humano de su ser.

El límite se experimenta como necesidad, de ahí que las continuas necesidades que padece el hombre no le dejen jamás indiferente. Ante ello, el aspecto que se cree más rico de la propuesta antropológica del límite y que se quiere privilegiar como fruto de este apartado, es aquel que se da por la capacidad que el ser humano tiene de hacer consciente el límite o las necesidades experimentadas, a esto Peter le llama indigencia;²⁰¹ ésta no sólo nos distingue del animal y de cualquier otro ser vivo (gracias a las inquietudes únicas que la consciencia

¹⁹⁹ Ver *infra*, pp. 42, 47-48, y 50.

²⁰⁰ Ver *infra*, pp. 53-55.

²⁰¹ Ver *infra*, pp. 55-58.

de la limitación provoca en la existencia del hombre) además, evidencia en el ser humano la huella profunda que le posibilita (desafiándolo) ver el propio límite desde una mirada capaz de expandirse hasta el límite del otro; esto es trascender el propio límite no desapareciéndolo ni dejándolo fuera de la realidad, sino desdoblándolo desde el escrutinio que permite tomar la propia limitación y con ella lanzarse hacia aquel que inquieta la existencia, pues la indigencia nos habla de la continua e inagotable necesidad que hay del otro, es decir, gracias a ella nos descubrimos como ser limitado, y por ello, en relación, dotando de un carácter relacional que expone al hombre en su total vulnerabilidad, ya no únicamente por el desconcierto de sí mismo, también por el peso de necesitar de alguien más que, igualmente necesitado, comparta y acompañe la indigencia. Ahí radica la riqueza y penuria del ser humano indigente, marcado por un ir y venir sumamente paradójico que lo cierra y abre al mismo tiempo, pudiendo rechazar o aceptar su límite, de la misma forma en que también puede acercarse o distanciarse del otro a pesar de su necesidad.

En la indigencia reside ese algo más de la fragilidad humana capaz de enriquecer la existencia, porque la vulnerabilidad que le acompaña dispone al encuentro entre seres innegablemente indigentes. De este modo, el ser humano en etapa de vejez, que experimenta la fragilidad en grado extremo por el despliegue de una existencia de larga duración, que alberga las consecuencias de una trayectoria humana necesitada en todas las dimensiones de su vida, también puede experimentar el gozo de esa apertura que da la indigencia, por el que se sabe dispuesto a un camino de vinculación que aún tornándose insuficiente, guarda el remanso de saberse acompañado por el semejante, el cual algunas veces puede convertirse en amigo. La persona anciana es vulnerable a esta apertura, y a pesar de las dificultades que pueda tener para acompañarse del otro al punto de descubrirse en amistad (debido a su propia estructura y a la estructura social de la que es parte y siempre le influye), no es indiferente a este vínculo; de eso fuimos testigos al ver la petición constante del anciano pescador que añora la presencia del amigo (y que a la luz de este capítulo podemos nombrar como indigencia), y de esto da cuenta la fragilidad que nos constituye y que también está llamada a reconocerse en las posibilidades que transforman y enriquecen la existencia.

Capítulo 3 Amistad en la vejez, comunicación que acompaña la indigencia. Ricardo Peter expone la indigencia como evidencia clara de la profunda necesidad que el hombre tiene de

su semejante, vulnerabilidad que también puede ser expresada como necesidad extrema de intimidad que no sólo se hace consciente, también se acompaña y comparte en la comunicación profunda, la cual impulsa a la indigencia a una importante experiencia desveladora que, sin negar su dificultad e insuficiencia, puede alcanzar la relación de amistad que afecta al ser humano, y que indudablemente afecta de modo peculiar a la persona en su etapa de vejez. De ahí que el objetivo de este tercer capítulo estuviera en relacionar la amistad y la vejez desde algunas aproximaciones a este vínculo capaz de mostrar, por un lado, su punto de partida y dinámica a partir del encuentro constante, y por otro, la dificultad para seguir cultivando esta experiencia en la ancianidad, a la luz de los testimonios que recopila Simone de Beauvoir sobre algunos ancianos y sobre ella misma en los albores de su vejez. También se trataba de recuperar la historia que evoca *El viejo y el mar* y extraer las luces que ahora proyectaba después de un recorrido enriquecido por autores que siguieron iluminado esta reflexión.

La aproximación a la amistad que nos ofreció Francesco Alberoni y con la que se describió esta experiencia como una filigrana de encuentros (sucesivos y profundos),²⁰² permitió sintonizar con la indigencia abierta que también Peter expresa como comunicación autorevelativa; desde esta convergencia se explora la posibilidad que el ser humano tiene de asumir su indigencia y apreciar la indigencia del otro compasivamente, a partir de un interés que sin negar su limitación, decide apostar por una revelación capaz de alcanzar la amistad, es decir, al amigo en toda la vulnerabilidad que su necesidad provoca, porque no se puede negar que la amistad al igual que la vejez nos evidencia tremendamente frágiles, necesitados, pero con la riqueza que aporta un vínculo que también sugiere cuidado mutuo y soporte en y desde la fragilidad.

La dificultad que experimenta la persona anciana para vivir la experiencia de amistad (en la conservación de los amigos que puede tener o en la disposición para emprender nuevas amistades) se enmarcó en la transformación orgánica a la que está expuesto todo anciano en el decurso de su existencia y que amenaza por el declive biológico (natural o no) que experimenta; en el alejamiento de los amigos (propiciado por el propio anciano o por motivos ajenos a él) o en su ausencia definitiva por la desconcertante presencia de la muerte (que en

²⁰² Ver *infra*, p. 70.

una trayectoria de larga duración es imposible no advertir); así como en la acelerada y violenta transformación societal que le resulta imposible seguir al anciano, y por la que puede sentirse inseguro y en continua amenaza de exclusión. De esto modo se puede ver que estas dificultades rompen toda idealización de la amistad y de la vejez, pero al mismo tiempo siguen descubriendo la importancia de enriquecer esta etapa de vida con la experiencia de amistad, porque si estos testimonios nos siguen interpelando a pesar de su distancia, es gracias a que fueron expresión que prefirió, con toda la limitación presente y afectante, compartir la indigencia que sigue guardando la impronta del amigo, en lugar de enterrar todo rastro de la fragilidad que, en la profundidad del ser humano, se dispone a ser compartida.

El volver a situarnos en *El viejo y el mar* hacia el final de este capítulo, nos permitió recuperar la experiencia del anciano pescador con una clave de resistencia capaz de ser asumida también en la vejez, *resistir* al límite o *resistir* en él,²⁰³ la primera negándolo y la segunda intentando asumirlo con todo el desconcierto y dificultad que conlleva. Así intentamos dar cuenta de estos modos de afrontar el límite desde la historia del anciano pescador que no resiste solo sus peripecias, mostrando el combate con su propio límite y con el límite del otro, también trasluce la huella profunda de aquel que acompaña la indigencia porque también se sabe indigente, y que, desde la constancia del encuentro, se descubre amigo. La experiencia de amistad que puede enriquecer la existencia en la vejez, no sólo se torna como un desafío que afecta e implica al propio anciano (en la peculiaridad de su trayectoria vital), también lo es para todos aquellos que reconociéndose igualmente frágiles (desde la propia etapa de vida) se suman a este desafío, interpelados por esa apuesta de vincularse en una relación que combata las barreras que nos alejan de toda comprensión de la vejez y de la persona anciana, alejamiento que siempre será una negación y fracaso de nuestra humanidad.

Esta reflexión deja abiertas necesarias vetas de investigación, que además de enriquecer o interpelar el presente trabajo, sigan ahondando en una comprensión siempre necesaria de la vejez. Se reconoce que el panorama ofrecido en el primer capítulo traza solo lienzos de las diferentes problemáticas que puede padecer la persona anciana en su sociedad concreta, de ahí que se dibuje la necesidad de otros abordajes no sólo desde la evocación literaria (que en su importancia sigue inspirando y permitiendo reflexiones valiosas) sino también desde los

²⁰³ Ver *infra*, p. 81.

enfoques sociológicos actuales que escruten en profundidad los factores que refuerzan la distancia y exclusión con las personas ancianas, así como los estereotipos en torno a la vejez que se enfatizan en cada realidad societal.

Este trabajo también deja abierto un abordaje que elabore una comprensión de la vejez desde la mujer anciana, pudiendo aportar otros hallazgos comprensivos igualmente necesarios, pues aunque se intentó nutrir esta investigación desde los aportes de una pensadora como Simone de Beauvoir, la cual ya experimentaba las consecuencias (desde la sociedad francesa de su época) de ser anciana y mujer, se admite la deuda de una reflexión que siga dando voz a la mujer en su etapa de vejez. Quedó una inquietud por imaginar una novela que contara también la experiencia de una mujer en una travesía como la que nos heredó Hemingway, imaginando un título que permitiera descubrir a la “anciana en la mar”, por la que se siguiera comprendiendo la vejez en una perspectiva distinta y necesaria.

A pesar de no concretar en esta reflexión un trabajo de campo que implicara directamente a algunas personas ancianas, intentando recuperar su voz sobre las realidades que les inquietan o afectan sobremanera, se sigue apostando por la importancia de estos acercamientos que, también con sus alcances y límites, pueden enriquecer el abordaje teórico dotándolo de otra mirada comprensiva. Desde esta sintonía, queda abierta una aproximación de campo que siga poniendo en diálogo la experiencia de vejez y amistad, en la propia voz de los ancianos. También se reconoce que la propuesta que nos hace *la antropología del límite* desde Ricardo Peter, se encamina a una propuesta terapéutica que aborda con hondura otros términos que aquí no pudieron ser escudriñados, y que pudieron haber aportado otros rasgos comprensivos. Uno de estos conceptos es la bina de perfección e imperfección, que también tiene un papel relevante en la propuesta del límite, pero que aquí no fue posible profundizar.

Por último, quisiera ofrecer en estas reflexiones finales, desde el recurso que da la analogía, una puesta en relación de la vejez y la amistad.

En el camino que recorre la persona anciana en su existencia, la amistad se muestra como una vereda acogedora que no nos quita la necesidad de caminar, ni ahorra los peligros o cansancios ante el riesgo de perderse, es decir, no borra el límite de su horizonte, pero sí se abre como posibilidad de ayuda, de panorámicas nuevas (que solo reconoceremos como tal si nos arriesgamos a tomar). La vereda de amistad se vuelve remanso que, ante una larga

travesía como lo evoca la vejez, ofrece otras posibilidades de encuentro, otras luchas y desconciertos propios del camino, pero a pesar de ellos, el caminante frágil, limitado e indigente, el anciano en camino, puede alcanzar su destino, y aun sabiendo que ese lugar no es definitivo ni suficiente, puede tomar fuerza para proseguir su travesía por la bella y compleja vida.

FUENTES DOCUMENTALES

- Agamben, Giorgio, *Qué es un dispositivo*, Adriana Hidalgo Editora, Buenos Aires, 2014.
- Alberoni, Francesco, *La amistad*, Gedisa, Barcelona, 1985.
- Chittister, Joan, *El don de los años. Envejecer con dignidad*, Sal Terrae, Santander, 2015.
- Cicerón, Marco Tulio, *De la amistad*, Porrúa, Ciudad de México, 2016.
- De Beauvoir, Simone, *La vejez*, Hermes, México, 1983.
- Hemingway, Ernest, *El viejo y el mar*, Fontamara, México, 2005.
- Mèlich, Joan-Carles, *Ética de la Compasión*, Herder, Barcelona, 2010.
- Peter, Ricardo, *Honra tu límite. Fundamentos filosóficos de la terapia de la imperfección*, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, 2018.
- Peter, Ricardo, *Una terapia para la persona humana*, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, 1994.
- Peter, Ricardo, *Hermenéutica del asunto humano. Meditaciones sobre la intimidad*, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, 2014.
- Peter, Ricardo, "Visión Humana de la Vejez. Un enfoque desde la antropología del límite" en Nélica Asili, *Vida Plena en la Vejez. Un enfoque multidisciplinario*, Pax México, Ciudad de México, 2004, pp. 246-252.
- Pimentel, Julio, *Diccionario latín-español español-latín*, Porrúa, México, 2017.
- Pitol, Sergio, *El arte de la fuga*, Era, México, 2007.

Fuentes electrónicas:

- Anders, Valentín et al., *Diccionario Etimológico Castellano en Línea*, 2001-2024, <https://etimologias.dechile.net/>
- Cicerón, Marco Tulio, *De la vejez*, Tal-Vez, Madrid, 2005, (Colección Clásicos), <https://omegalfa.es/downloadfile.php?file=libros/de-la-vejez-bilingue.pdf>. Consultado 20/X/2021.
- García, Brittany. "El Minotauro", traducido por Montse de Paz en *World History Encyclopedia*. Última modificación septiembre de 2013. <https://www.worldhistory.org/trans/es/1-423/el-minotauro/> Consultado 4/XI/23.
- Diccionario de la lengua española*, vigesimotercera edición (2014), <https://dle.rae.es/>

Garza del Río, José A., “La terapia de la imperfección de Ricardo Peter: Un aporte latinoamericano” en UPAEP Desarrollo Humano Integral y Misión, Puebla, mayo de 2016, https://issuu.com/upaep_online/docs/la_terapia_de_la_imperfeccion_de_ricardo_peter Consultado 21/X/23

<https://www.milenio.com/cultura/filigrana-tecnica-decoracion-miles-anos-vigente>; Consultado 12/XII/23.

<https://www.boletin.buap.mx/node/1308> Consultado 21/X/23.

Madrigal, Santiago, “Mateo Ricci, la sabiduría universal de la amistad” en *Razón y fe*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid, Tomo 262, diciembre 2010, pp. 355-370. <https://revistas.comillas.edu/index.php/razonyfe/article/view/10207/9607> Consultado 23/XII/23.

Ortega, Ariadna, “En un año, el COVID-19 arrasó con más de 124,000 adultos mayores” en *Expansión política*, <https://politica.expansion.mx/mexico/2021/03/18/en-un-ano-el-covid-19-arraso-con-mas-de-124-000-adultos-mayores#:~:text=A%20un%20a%C3%B1o%20de%20que,a%20causa%20de%20la%20enfermedad>. Consultado 25/XI/23.

Papa Francisco, *Audiencia general miércoles 4 de marzo de 2015*, Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana, https://www.vatican.va/content/francesco/es/audiences/2015/documents/papa-francesco_20150304_udienza-generale.html. Consultado 17/XI/23.

Pérez, Julián *at al.*, 2008-2024, <https://definicion.de/filigrana/> Consultado 12/XII/23.

Reynols, Emma, “El mundo sacrificó a sus ancianos en la carrera por proteger los hospitales. El resultado fue una catástrofe en los asilos” en *CNN*, <https://cnnespanol.cnn.com/2020/05/26/el-mundo-sacrifico-a-sus-ancianos-en-la-carrera-por-proteger-los-hospitales-el-resultado-fue-una-catastrofe-en-los-hogares-de-ancianos/>. Consultado 25/XI/23.

Otras obras consultadas:

Aceves, Jesús, Ayala, José Ramón, López, José Román y Rea, Michel, *La voz de nuestra memoria. Relatos de adultos mayores*, Universidad Iberoamericana León, León, 2011.

Alba, Víctor, *Historia social de la vejez*, Laertes, Barcelona, 1992.

Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2002.

Butler, Judith, *La fuerza de la no violencia*, Planeta, Bogotá, 2020.

- Francia, Alfonso, *Nuestros abuelos*, Ediciones paulinas, Madrid, 1983.
- Jaspers, Karl, *Filosofía de la existencia*, Aguilar, Buenos Aires, 1980.
- Lammoglia, Ernesto, *Ancianidad ¿camino sin retorno?*, Grijalbo, México, 2007.
- Lledó, Emilio, *Amistad y memoria*, Fineo, Monterrey, 2008.
- Nussbaum, Martha y Levmore, Saúl, *Envejecer con sentido: conversaciones sobre el amor, las arrugas y otros pesares*, Paidós, México, 2018.
- Pahl, Ray, *Sobre la amistad*, Siglo veintiuno de España, Madrid, 2003
- Peter, Ricardo, *La fatiga del ser humano*, BUAP, Puebla, 2017.
- Saint-Exupéry, Antoine, *El principito*, Alianza, Madrid, 1971.